

Sophie Saint Rose



*Solo he sido feliz
a tu lado*

Sólo he sido feliz a tu lado

Sophie Saint Rose

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1

Mathew acarició la espalda de Ingrid que sentada en la cama se estaba poniendo las medias. —No pongas esa cara.

—Es pensar lo que opinarán los chicos y me pongo de los nervios. —Le miró de reojo. —Y Aaron. —Gimió llevándose la mano a la frente. —Esto es una locura.

Cogió su barbilla e hizo que levantara su rostro hacia él. Apretó los labios al ver en sus preciosos ojos azules que estaba a punto de echarse atrás y no podía consentirlo. No podía perderla de nuevo. Llevaban diez años separados y por fin habían limado asperezas. Habían conseguido entenderse y no pensaba consentir que nadie se interpusiera en su camino. —Te quiero. Te he querido media vida.

Ingrid sonrió acariciando su rostro. —Y yo a ti, mi amor. Pero tenemos ya una edad...

—¿Edad? Cuando se ama la edad no importa. Y tú estás hecha una jovencita.

—Cariño, que nuestra hija pequeña tiene veintiséis años.

Le guiñó un ojo. —Y es casi tan lista como yo.

Ella agachó la mirada. —Lo pasó muy mal con el divorcio. Era la única que aún vivía conmigo y...

—Eh... es nuestra vida. Samantha lo comprenderá.

Ingrid se mordió el labio inferior porque la conocía muy bien y le iba a sentar como un tiro. No porque no quisiera que fueran felices, sino porque temería que todo se torciera de nuevo y volvieran a perder la pequeña tregua que habían conseguido tras diez años de discusiones. —Sólo prométeme una cosa.

—Lo que quieras.

—Déjame hablar a mí con ella primero. —Mathew apretó los labios como hacía su hija cuando algo no le gustaba demasiado y vio en sus ojos verdes que estaba a punto de protestar. —Si se lo decimos juntos van a saltar fuegos artificiales porque tenéis el mismo carácter.

Él acarició su melena rubia hasta llegar a su cuello y la besó suavemente en los labios. —Muy bien. Habla con ella, pero no dejes que te convenza. —Mathew suspiró levantándose y se pasó las manos por su cabello negro que empezaba a tener canas en las patillas, lo que le hacía más sexy. —Aaron se va a quedar de piedra.

—Seamos francos, no le va a sentar bien a nadie. Por Dios, si nos hemos tirado los trastos a la cabeza diez años —dijo incrédula como si no entendiera cómo habían llegado allí.

—Cielo, eso es porque nos queríamos. Si hubiéramos sido indiferentes a lo que hacía el otro, ni nos hubiéramos hablado y todo nos hubiera dado igual.

—Van a creer que estamos locos.

—Y lo estamos. Estamos locos el uno por el otro y no pienso estar ni un minuto más disimulando. Llevamos así casi un año. Quiero casarme otra vez contigo, preciosa.

Ingrid sonrió ilusionada. Mucho más ilusionada que la primera vez porque estaba más enamorada si eso era posible. —Bueno, pues este fin de semana se lo digo.

Mathew se acercó, cogió sus manos y la levantó para abrazarla por la cintura. —Perfecto. Y en Navidades la boda.

—No, ese sofá no pega ni con cola —dijo a su ayudante descartando ese modelo en la decoración para el salón de los Connelly. Preocupada se pasó la mano por la frente apartando su flequillo rubio—. Dime que me estás tomando el pelo. Quieren algo clásico, Albert.

Él suspiró y se pasó la mano por el puente de la nariz. —Lo siento, Samantha... pero la niña no deja de llorar con los cólicos y casi no pego ojo.

—Vete a casa. —Se sentó en su sillón molesta fulminándole con sus ojos verdes.

—No, no... Me quedo que estoy buscando el aparador del hall que me pediste y...

—Así no me sirves para nada. Vete a casa y descansa. O mejor, vete a dormir a un hotel.

Albert rio por lo bajo. —¿Hablas en serio?

—Mira, tengo que hacer esta presentación el lunes. No quiero que pienses que soy insensible con tu situación, pero si no me gana a estos clientes mi despacho va a durar menos abierto de lo que duraría un caramelo ante la puerta de un colegio. Son gente de pasta que es lo que necesito y conocen a muchísima gente que pueden proporcionar buenos ingresos en el futuro. ¡Así que te aconsejo que si quieres conservar el trabajo y si quieres que esto despegue para asegurarlo, ya puedes ir poniéndote las pilas por mucho que llore tu niña! ¡Ayer no dormí para terminar el diseño del dormitorio y tú solo tenías que buscar un puñetero sofá!

Albert se sonrojó. —Lo siento, Samantha.

Suspiró tirando el lápiz sobre la mesa. —Vete a casa, te veré el lunes. Ya lo terminaré yo.

Su ayudante apretó los labios y salió del despacho en silencio. Samantha juró por lo bajo mirando el sofá que era realmente horrible. Se notaba que lo había buscado sin ninguna gana. Necesitaban exclusividad. Se mordió el labio inferior cogiendo el ratón para pinchar en su página favorita, rezando para que hubieran traído algo nuevo cuando le sonó su móvil. Al ver que era su madre lo cogió distraída. —Mamá, estoy trabajando.

—¿Estás reunida con algún cliente?

—¿Cliente? Eso sería casi un milagro. Estoy con un diseño.

—¿Vienes a cenar a casa?

—Mamá, tengo que terminar esto. Esperan una presentación el lunes y...

—Tenemos que hablar.

La frase fatídica le hizo entrecerrar los ojos. —¿Qué pasa? ¿Es David?

—Tu hermano está bien. Pero me gustaría contarte algo importante.

—¿Cómo de importante?

—¿Vas a venir o no? —preguntó levantando la voz.

Sorprendida miró el teléfono. —Vale. —Su madre suspiró como si estuviera aliviada. —Mamá, ¿estás bien? ¿No estarás enferma? —preguntó preocupada levantándose—. Voy para allá.

—No estoy enferma, cielo —dijo con cariño.

—Menos mal, por un momento me he mosqueado. ¿Por qué no me lo cuentas por teléfono?

—Prefiero decírtelo cara a cara.

—Estás muy misteriosa. —Bufó mirando los diseños desperdigados sobre la mesa. —Está bien, cenaré contigo. —De repente se enderezó. —Esto no será otra encerrona para que conozca a un hombre, ¿no? Mira que si es eso me voy a cabrear.

—No, hija. Nada de encerronas.

—Menos mal, porque ya he pasado cinco veces por eso y esta vez no sería tan amable con todo lo que tengo que hacer.

Su madre se echó a reír. —¿Amable? Cielo, al último le plantaste antes de que llegara el primer plato.

—Es que no hablaba, mamá. Lo decía yo todo —dijo exasperada—. Menudo aburrimiento de vida.

—Pues he tenido que cambiar de dentista porque me miraba con rencor.

—Tú te lo buscaste por meter la nariz donde no te llama nadie. No me busques más citas, te lo he dicho mil veces.

—Te aseguro que después de lo del dentista he aprendido la lección.

—Pues mira, de algo ha servido. Te veo en un par de horas, ¿vale? —Iba a colgar cuando dijo rápidamente —Mamá, ¿tienes bizcocho?

Su madre se echó a reír. —Te haré uno.

Gimió de gusto. —Te quiero. Mi trasero no te lo agradece tanto como mi estómago, pero te quiero.

Ingrid riendo colgó el teléfono y lo dejó sobre la encimera de la cocina mirando los dos bizcochos, las pastas y la lasaña que estaba a punto de meter en el horno. No sabía dónde lo metía, pero si su hija estaba más relajada cuando comía la iba a inflar. —Uy, el pan de ajo...

Vio como devoraba la lasaña como si no hubiera comido en una semana y frunció el ceño. —Hija, ¿te alimentas bien? Estás más delgada.

—Esto está buenísimo —dijo con la boca llena antes de cortar otro pedazo —. Me alimento a base de pizzas congeladas.

La miró con horror. —Hija, tienes que alimentarte mejor. ¿Qué ocurre? ¿El negocio no va bien?

—Eso es decir poco. Me lo gasto casi todo en alquileres. Entre la casa y la oficina casi no llego.

—Si necesitas dinero...

Su orgullosa hija la miró fijamente dejando de masticar. —No necesito nada, mamá.

Suspiró sirviéndole más agua. —Papá podría echarte una mano.

—Pienso hacerlo sola. Ya me habéis ayudado bastante.

—Puede presentarte clientes.

—Claro, voy a tirar de sus amigos para que me contraten por compromiso. Quiero salir adelante por mí misma como los demás.

Ingrid apretó los labios. —Aaron y David lo han tenido más fácil. Han aprendido del mejor.

Gruñó metiéndose el último pedazo de lasaña en la boca y cuando masticó levantó una de sus cejas rubias. —Mamá, estoy encantada con este banquete que has preparado, ¿pero no tenías algo importante que contarme? Llevo aquí una hora y todavía no has soltado palabra. La verdad es que estoy intrigada.

Ingrid se puso nerviosa. —¿No quieres más? Ya lo sé. He hecho tarta de manzana y...

Samantha entrecerró los ojos. —¿Qué pasa, mamá? —Al ver que forzaba una sonrisa y que parecía realmente preocupada se mosqueó. —Mamá, ¿no me habrás mentido? Me dijiste que ese catarro...

—Estoy totalmente curada, cielo.

Suspiró del alivio. —¿Quieres soltarlo de una vez?

Forzó una sonrisa de una manera que parecía una loca peligrosa. —Sabes que hay momentos en la vida que... No, mejor empiezo de otra manera. —Samantha entrecerró los ojos. —La vida puede darte sorpresas. A veces son agradables y a veces no tan agradables. Pero no todas las que en principio parecen desagradables lo son del todo. Solo hay que ver el lado bueno.

—Dios mío, sabía que ese profesor de yoga iba a liarte con sus paranoias.

—Que no, que Fruido no tiene nada que ver en esto.

—¿Seguro?

—¡Sí, seguro!

—¡Mamá, no te explicas! ¿Quieres ir al grano?

Se sonrojó ligeramente. —Lo que quiero decir es que a veces podemos ver que algo está muy negro, pero en realidad no es así. Y es de color de rosa.

Samantha sin entender una palabra parpadeó. —De color de rosa.

Ingrid sonrió. —¡Sí! Nada es tan feo como lo pintan.

—Hay cosas que sí son feas como las pintan, mamá. Que se ven muy negras y son negras por mucho que quieras pintarlas de otro color, como por ejemplo hacienda, mamá. Cuando te llega una carta de hacienda ponte a temblar. No creo que nadie vea nada positivo en eso.

—¿Quieres dejar a hacienda fuera de esto?

—Pero si la has metido tú.

Su madre carraspeó. —Lo que quiero decir es que a veces la vida puede sorprendernos.

—Y a ti te ha sorprendido porque es obvio que no hablas de mí. —Jadeó llevándose la mano al pecho. —¡Te ha tocado la lotería!

Ingrid puso los ojos en blanco. —No, no me ha tocado la lotería.

—No, claro que no. ¿Quién pensaría que hay algo negativo en que te toque la lotería? —Bebió un buen trago de agua. —Además, ¿a quién le toca la lotería? Eso es un timo.

—Hija...

—Aunque luego hay que invertirlo, claro. Debe ser un lío estar forradísima.

—¡Hija!

Sorprendida la miró a los ojos. —¿Si?

Ingrid carraspeó muy nerviosa. —Tengo algo que decirte.

La miró con desconfianza. —Ya...

—¡Tengo novio! —Sonrió aliviada. —¡Lo he dicho!

Samantha la miró como si se hubiera tragado un palo. —¿Perdón? Creo que no te he entendido bien.

Se sonrojó con fuerza. —Tengo novio.

—¡Cómo que novio! —gritó levantándose—. ¡Tú no puedes tener novio!

—Bueno, hija... Soy joven.

—¡Joven soy yo!

Ingrid se puso como un tomate. —Bueno, todavía no soy vieja.

—¿Y? —La fulminó con la mirada antes de entrecerrar los ojos. —Es el profesor de yoga, ¿no? Sabía que ese tío iba a darme problemas.

—¡No, no es él!

—El portero... Ese te hace ojitos —dijo mosqueadísima—. ¿Porque no será ese vecino nuevo? El viudo. Otro que...

—¡Es tu padre!

Se quedó en shock sintiendo que todo su mundo se detenía mirando los ojos azules de su madre. Ingrid gimió pasando la mano por delante de su rostro que no reaccionó. —¿Hija? Hija, ¿estás bien? —Se levantó a toda prisa. —Voy a llamar al doctor Gregory y...

—¿Estás loca? —gritó reaccionando.

—Hija...

—Tienes que estar equivocada. ¡Te han cambiado las pastillas para dormir y has tenido visiones o algo así! ¿Cómo vas a tener una relación con papá si no os soportáis?

—Es que eso ha cambiado.

Entonces lo entendió. —¿Me estás gastando una broma? —Ingrid gimió y Samantha se echó a reír histérica. —Claro que sí, es una broma. —Rio levantándose y saliendo de la cocina.

Su madre volvió a gemir siguiéndola para encontrársela en el salón sirviéndose un coñac doble. —Hija...

—Una broma buenísima. —Se bebió el coñac de golpe. —Porque tiene que ser una broma que después de uno de los divorcios más duros que he visto nunca, decidáis estar juntos de

nuevo.

Se apretó las manos angustiada. —Nos queremos.

—¡Ahora! ¡Os queréis ahora!

—Sí.

—¿Y qué ocurrió cuando os insultabais, cuando os gritabais y cuando luchasteis en los tribunales con uñas y dientes por cada posesión que teníais? —gritó perdiendo los nervios—. ¿Qué ocurrió cuando ni sabía con quién iba a pasar el fin de semana porque nunca os poníais de acuerdo? —Su madre se sonrojó. —¿Qué ocurrió cuando le quemaste el coche después de largarse con otra un fin de semana a los Hamptons? ¿Qué ocurrió cuando él te quitó la pensión justo antes de que me fuera a la universidad? ¡Os odiabais! ¿Eso es lo que ocurría? ¡Vivíais para hacerle la vida imposible al otro y nosotros estábamos en medio!

Ingrid la miró arrepentida. —Sé que lo pasaste mal...

—¿Mal? ¡Tenía una familia, hermanos y unos padres que creía que se querían y de la noche a la mañana pediste el divorcio por una supuesta infidelidad que nunca pudiste demostrar y solo hubo caos a mi alrededor! ¡Os perdí a todos! —gritó sin darse cuenta de que sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Hija no digas eso.

—¿Que no diga eso? Tú no hacías más que llorar y quejarte. A papá casi no le veía y David estaba en la universidad alejado de todo. ¿Y Aaron? —Una lágrima cayó por su mejilla apretando los labios de la rabia. —¡Lo estropeasteis todo!

—Lo siento, lo siento mucho.

Tiró el vaso a la chimenea. —Pues yo sí que lo siento, mamá... Pero no quiero saber nada de esto. —Pasó ante ella y cogió su bolso del taquillón del hall antes de salir de allí dando un portazo. Entró en el ascensor intentando huir de los recuerdos, pero estos llegaron con fuerza y fue imposible retenerlos. Sollozando golpeó los botones intentando olvidar para siempre esos ojos grises que tanto la habían defraudado.

Capítulo 2

Rechazó la llamada de su padre y sonrió a sus clientes mientras apagaba el móvil. —Por supuesto me falta el sofá. Pero para el tamaño del salón quiero algo espectacular como pieza central. Tengo un distribuidor ruso que me hará exactamente lo que quiero en cuanto lo diseñe. Lo mejor de lo mejor y ante todo exclusividad.

Los ojitos azules de la señora Connelly brillaron al oír esa palabra. —Cariño, ¿te gusta?

Su marido que tenía la edad de su padre miraba el móvil aburrido y su esposa puso los ojos en blanco. —En realidad la decisión es mía. —Se levantó y extendió la mano. —Y es exactamente lo que quiero. ¿Cuánto tardará en tenerlo listo? Tenemos que mudarnos en un mes.

—¿Qué le parece un mes?

La preciosa morena se echó a reír cogiendo su Birkin y colgándoselo del brazo. —Perfecto. Si cumple sabré recompensarla.

—Cumpliré.

—Eso es exactamente lo que quiero. —Miró a su marido que ni se había levantado. —¿Carl? Cielo, nos vamos.

—Sí, amor —dijo levantándose. Se detuvo ante ella mientras su esposa salía de su despacho y susurró —¿Una rebaja del diez por ciento?

—Señor Connelly como sabe la exclusividad hay que pagarla. Igual hasta cuesta más.

Gruñó como haría su padre y eso la hizo sonreír, pero cuando salió de su despacho recordó su llamada y suspirando se sentó de nuevo.

Albert entró en el despacho. —¿Qué? ¿Cómo ha ido?

—¡Tenemos trabajo! Acabo de asegurar tres meses más de alquiler por lo menos —dijo ilusionada.

—¡Genial! ¿Y cuándo empezamos?

—Prepárate para no dormir el próximo mes.

—Ya estoy acostumbrado, así que no va a haber problema.

El teléfono del escritorio empezó a sonar y Albert lo cogió para decir resuelto —Diseños Wallace. —Samantha cogió los bocetos y los levantó para observarlos contenta con el resultado. Había trabajado como una maniaca, pero había merecido la pena. Ahora estaba deseando verlo en la vida real. —Lo siento, señor Wallace... —dijo su ayudante tensándola—. Pero está reunida y... —Tapó el auricular. —Tu padre al teléfono.

—Dile que estoy ocupada

—Ya se lo he dicho, pero insiste. Ya ha llamado cuatro veces.

Y otras siete al móvil y eso solo en ese día. Chasqueó la lengua haciendo un gesto con la mano para que le diera el auricular y se lo puso al oído. —Papá no puedo hablar...

—¿Samantha?

Se le cortó el aliento escuchando una voz que en diez años no había podido olvidar y no se lo podía creer. —Samantha, ¿estás ahí? —preguntó molesto.

Se sentó sintiendo que las piernas no le sostenían y mientras su corazón brincaba en su pecho susurró incrédula —¿Aaron?

—Tenemos que vernos. Tengo libre la hora de la comida. ¿Puedes quedar?

No se lo podía creer, la había apartado de su vida hacía diez años y ahora quería verla. —No tengo nada que decirte y lo que puedas decirme tú realmente me importa una mierda. —Colgó el teléfono dejando a Albert con la boca abierta. —No era mi padre. Encárgate de hablar con todos nuestros proveedores para que nos garanticen que nos lo servirán todo cuanto antes. Alquila la

nave de siempre para ir metiendo los muebles. No quiero errores.

—¿Y quién era?

—No seas cotilla, Albert —dijo molesta por dejar que su voz la alterara tanto.

En ese momento sonó su móvil y vio en la pantalla que era su madre. Dios, ¿es que no iban a dejarla en paz?

Albert chasqueó la lengua. —A veces desahogarse es lo mejor. Y yo escucho muy bien.

—¿Eso es lo que te dice tu marido?

—Pues sí. Mi George dice que debería haber sido cura porque escucho muy bien.

Levantó una de sus cejas rubias. —Los proveedores, Albert.

Él gruñó saliendo del despacho y Samantha pensativa giró el sillón. Su mirada fue a parar al cajón del escritorio y lo abrió lentamente para ver la fotografía. Se mordió el labio inferior porque era su familia once años antes. En las últimas Navidades. Todos ante el árbol de Navidad sonreían a la cámara como la familia perfecta cuando todo estaba a punto de explotar. De hecho dos meses después empezaron los problemas. Suspiró viendo a sus padres que abrazados de pie ante el árbol tenían a sus tres hijos sentados en el suelo. Ella en el centro y los que siempre había considerado sus hermanos flanqueándola. Sus ojos pasaron por David tan igual a ella en muchos aspectos excepto en uno, su carácter. Sonrió porque David era muy práctico y poco dado a los dramas, como decía su madre. Todo lo contrario que ella. David jamás le había dado la espalda, siempre se había preocupado por ella y cuando sus padres se separaron a pesar de estar en la universidad la llamaba a menudo para saber cómo estaba. Aunque la distancia fue dura, él hizo lo que pudo. Pero... Su mirada fue hasta el otro extremo de la fotografía para llegar a esos ojos grises que tanto daño le habían hecho. Los ojos de su hermano mayor. Sintió un nudo en la garganta porque aunque le sacaba diez años siempre le había adorado. Aaron lo había sido todo para ella y recordó como siendo niña le seguía por la casa para que le hiciera caso. Observó su cabello negro y sonrió con tristeza por lo mal que lo había pasado cuando se había ido a la universidad. Había llorado lo que no estaba escrito porque ya no le vería todos los días, pero no era nada con lo que había llorado cuando la había alejado de su vida. Recordó el día en que se enteró de que sus padres se iban a divorciar. Llegaba del instituto y escuchó gritar a sus padres en el salón. Lo atravesó para ir a la cocina y ni se dieron cuenta de que ya estaba en casa mientras se gritaban de todo. Cogió un refresco de la nevera.

—¡Estoy harto de ti y de tus reproches! —gritó su padre fuera de sí.

—¡Y yo estoy harta de tus putas y tus salidas! ¡Estoy harta de que llegues a las tantas!

—¡Qué putas! ¡Ingrid estás loca! ¡Estoy trabajando!

—¡Quiero el divorcio! —gritó su madre desgarrada haciendo que se le cortara el aliento dejando caer el refresco al suelo.

—Ingrid, ¿qué dices? —Su padre parecía asombrado.

—¡Quiero el divorcio! ¡No lo soporto más! ¡Vete de esta casa!

Sintiendo que su mundo se tambaleaba empujó la puerta lentamente y vio el rostro de su padre. Pasó de la incredulidad a la furia y gritó —¡Perfecto, a ver si así puedo vivir tranquilo de una maldita vez!

Aterrada escuchó gritar histérica a su madre y vio como estrellaba un jarrón contra la pared. —¡Muérete cabrón!

Impresionada se quedó de piedra cuando su madre le arreó un bofetón a su padre que le volvió la cara. Se llevó la mano al pecho cuando su padre pálido dio un paso atrás para decir con desprecio —Eres una decepción tras otra como mujer y como esposa.

Ingrid lloró mientras el que hasta ese momento era su marido se alejaba y salía de la casa

dando un portazo. Temblando vio como su madre se dejaba caer en el sofá para llorar desgarrada y sin saber qué hacer corrió hacia su habitación. Sacó su móvil y a toda prisa llamó a Aaron.

—Sam ahora no puedo hablar —dijo molesto.

—¡Papá y mamá se van a divorciar! ¡Han tenido una bronca enorme y mamá ha pegado a papá! —gritó histérica. Se hizo el silencio al otro lado de la línea—. ¿Aaron?

—Llevan tiempo mal. Esto se veía venir.

—Pero...

—Mira, tengo muchísimo trabajo y estoy a punto de entrar en una reunión. Es un problema suyo y no pienso meterme. A ver si maduras, Sam. Ya no eres una cría —dijo antes de colgar.

Se quedó helada porque parecía que le importaba un pito. Aunque en realidad parecía que desde hacía unos meses esa familia le importaba muy poco. De hecho casi había asistido a la cena de Navidad obligado porque al parecer tenía una vida social intensa y no había hecho más que reprocharle a su madre que había renunciado a un viaje a Aspen para ir a la cena. Eso había molestado muchísimo a Samantha porque últimamente casi no le veía, pero no había dicho nada porque tenía la sensación de que si se lo recriminaba le vería aún menos. Así que se había mordido la lengua, pero había servido de poco porque desde Navidades no le había visto ni una sola vez. Estaba claro que esa familia ya le importaba muy poco si reaccionaba así a la noticia de que sus padres adoptivos se separaban. Apretó los labios porque ella no le hubiera querido más si fuera su hermano real. De hecho estaba mal decirlo o pensarlo siquiera, pero siempre le había querido mucho más que a David.

Suspiró mirando esos ojos grises. Su padre le había adoptado cuando tenía cinco años. Era hijo de la esposa de su hermano y cuando ambos fallecieron en un accidente de coche solo su padre podía hacerse cargo de él. Y lo hizo y a punto de casarse con su madre le acogieron con los brazos abiertos. Cuando ella llegó al mundo eran una familia y siempre le consideró tan hermano como a David. Discutían, peleaban y reían como una familia, pero de repente todo se detuvo. El dolor de su indiferencia fue tan intenso como saber que su familia se rompía en mil pedazos. Sam no podía entenderlo y durante los días siguientes le llamó como haría cualquier hermano para que fuera a casa porque mamá no dejaba de llorar y ella no sabía qué hacer. Se negó. No quería ponerse del lado de nadie y eso significó alejarse de todos. A pesar de que lloraba suplicándole que necesitaba verle no se acercó por casa y tampoco dejó que fuera a verle al trabajo. De hecho se lo prohibió porque no quería que le montara allí un numerito. Le acababan de hacer socio del bufete de su padre y no quería ninguna interrupción en su vida. Esas fueron sus palabras exactas dejándola helada. Desde aquel día no le volvió a llamar, aunque sabía que hablaba con su madre de vez en cuando. Incluso varias veces quedaron a comer, pero con Samantha cortó todo el contacto y fueron contadas las ocasiones en que volvió a verle. El funeral de su abuela en el que él ni le dirigió la palabra y cuando David se casó tres años antes con su novia de la universidad él fue uno de los testigos y ella una de las damas de honor. Como ninguno de los dos tenían pareja, su cuñada tuvo la brillante idea de ponerles juntos en la mesa. Casi no hablaron rompiéndole el corazón porque esperaba que hubiera un acercamiento, pero él se dedicó a ligar con otra de las damas y en cuanto terminó la cena ni bailó con ella. Jamás en su vida se sintió tan sola como en ese momento y se juró que no iba a volver a pensar en él nunca más que era precisamente lo que estaba haciendo en ese momento. Metió la gastada fotografía en el cajón y lo cerró de golpe. El teléfono volvió a sonar y sonrió al ver la foto de David. Descolgó de inmediato. —Hola hermanito.

—¿Te han llamado? —preguntó cabreadísimo.

—Sí, no sé ni cuantas veces, pero no pienso cogerlo. Si quieren vivir su vida que lo hagan,

pero que a mí me dejen en paz.

—Joder, papá no deja de darme el coñazo con que hable contigo.

—¿No me digas? ¿Ahora quieren una familia unida y feliz? ¿Ahora?

Su hermano suspiró. —Y eso no es todo. Aaron acaba de entrar en mi despacho y te ha puesto verde —dijo con rencor—. Tendrá cara. Al parecer somos unos inmaduros por no entender lo que es la vida.

—¿No me digas? —dijo entre dientes.

—Quiere que quedemos los tres para comer y hablar del asunto.

—No tengo nada que hablar con él. Me dio la espalda cuando le necesitaba y no...

—Lo sé, cielo... Pero tengo un problema gordísimo y necesito su ayuda. Y me ha amenazado con que si no arrimo el hombro en este tema no piensa ayudarme.

Frunció el ceño. —¿Un problema?

—Joder...

—¿David? ¿Qué pasa?

—He metido la pata. Mucho.

—Explícate por favor.

—Le di a mi ayudante unos papeles para que presentara en el juzgado. ¡Ni sé lo que ha pasado! Pero esos papeles han desaparecido y necesito que Aaron hable con el juez, que es amigo suyo, para que haga la vista gorda. ¡Si no me ayuda voy a quedar como un inútil en el bufete!

Sabía lo responsable que era su hermano. Siempre lo había sido y que Aaron aprovechara un error para atacarle le hirvió la sangre. —Así que si no quedamos para comer no piensa ayudarte.

—Cuando me lo dijo no me lo podía creer. Es que te juro que ya ni le reconozco. ¿Hermano? ¡Ja! ¡Es un putito tiburón! ¡Papá está ciego, joder! ¿Sabes que le ha propuesto como su sucesor cuando se jubile? ¡Y los socios están encantados! Ya se frotan las manos con las ganancias. No ha perdido un solo juicio este año y se le acumulan los clientes.

El rencor por él aumentó. —Esto no es la primera vez que pasa, ¿no es cierto?

—No había querido decirte nada porque no quieres oír ni hablar de él, pero te juro que desde la boda está intratable. Ni siquiera vino al bautizo de la niña y me trata como si no nos hubiéramos criado juntos —dijo incrédulo—. Para él soy un empleado más a su servicio. Hace un mes me amenazó con echarme porque consideraba que no estoy dando la talla.

Jadeó indignada. —¿Cómo se atreve? ¿Se lo has dicho a papá?

—¡Claro que sí! ¿Y sabes su respuesta? Que deje de ser un crío. Que si quiero ganarme el respeto de todos, tengo que madurar. Que no estamos en casa y que esto es un trabajo. ¡Qué trabajo duro y obtendré resultados! —A Samantha se le cortó el aliento. —¡Como si fuera un vago cuando trabajo doce horas al día, joder! ¡Si casi ni veo a Molly porque cuando llego a casa mi hija está dormida! ¡Si creen que voy a ser como ellos y perder a mi familia por el putito trabajo lo llevan claro!

—David... —dijo asustada por su hermano.

—Estoy pensando en dejarlo. Esto es mucha presión y no soy como ellos —dijo como si estuviera agotado.

—¡No tienes que ser como ellos! ¡Eres bueno en tu trabajo y muy responsable!

—Shelly quiere que lo deje. En su bufete necesitan un matrimonialista y creo que voy a aceptar el trabajo, aunque no gane tanto. Si no lo he hecho antes es por no darle un disgusto a nuestros padres, pero esto ya es insoportable.

—¡No tienen derecho! —gritó indignada—. ¡Ese bufete lo fundó el padre de mamá!

—Ya, pero mandan ellos y son los que deciden cómo se hacen las cosas. Mamá nunca ha pintado nada y quedó claro en el acuerdo de divorcio. —Su hermano se echó a reír. —¿No es irónico? Y ahora van a casarse. En Navidades.

Se le cortó el aliento. —¿Van a casarse de nuevo?

—¿No te lo han dicho?

Con los ojos como platos ni se lo podía creer. —¡Esto es una locura! ¿Se han olvidado de todo lo que han hecho?

—Al parecer sí. Shelly todavía alucina con la que organizaron en la boda. Si tuvimos que separarles. ¡Por algo no hice cena de ensayo! ¿Y en el bautizo? Duraron media hora sin soltarse reproches. Si el cura les echó de la iglesia.

—Todo esto es surrealista. Pero tú no dejes el trabajo. La casa...

—Otra razón por la que no me he decidido. Compré la casa carísima y ahora tengo una hipoteca enorme. —Parecía desesperado. —Hasta hemos pensado en venderla.

Y ella con esa ruina de trabajo no podía ayudarle. —Lo siento.

—¿Me ayudarás?

Ver a Aaron de nuevo iba a provocarle una úlcera de estómago, pero David nunca le pedía nada y había hecho lo que había podido dadas las circunstancias. No podía negarse. —Claro que sí. Cuenta conmigo.

—Dentro de una hora en el Runa.

Un restaurante de lujo que ella no había pisado nunca. Le daba que no le iba a gustar por muy bueno que fuera. —Allí estaré.

—Gracias.

—No tienes que darlas. Te veo en una hora. —Colgó el teléfono y pensativa lo dejó sobre la mesa. Le daba una pena enorme las circunstancias en las que se encontraba su hermano. Pensó en lo que le había dicho de Aaron y sintió una rabia enorme porque le tratara así. Aunque no sabía de qué se extrañaba después de como la había tratado a ella. Sintió el dolor de nuevo. Un dolor que no sentía desde la boda cuatro años antes. La rabia hizo que se levantara y cogiera su bolso. Salió de su despacho para ver a Albert ante el ordenador. —Vengo en un par de horas, vete a comer.

—Enseguida voy. Tengo que llamar al almacén de azulejos. —Al darse cuenta de que estaba pálida apretó los labios. —Mis padres también se divorciaron, ¿sabes? Entiendo lo que estás pasando.

—¿No me digas? ¿Y tu madre amenazó a tu padre con un cuchillo en la boda de tu hermano?

Dejó caer la mandíbula del asombro. —No.

—¿Le quemó el coche? —Negó con la cabeza. —¿Tu padre ha tenido dos mujeres con las que ha convivido y ha tenido hijos con cada una de ellas? —Negó de nuevo. —¿Y tus padres van a casarse otra vez para asombro de todos?

—No, mi madre...

Apretó los labios. —Lo siento, lo había olvidado.

—¿Van a casarse de nuevo? —preguntó asombrado.

—Pues si te sorprende a ti imagínate a mí. —Miró su reloj de pulsera y suspiró. —Al parecer tengo que disimular que todo esto me parece bien. Eso debe creer mi hermano mayor.

—¿David?

—No, Aaron.

Parpadeó sin salir de su asombro. —¿Quién es Aaron? ¡No me has hablado de él en un año que llevo trabajando aquí!

—Oh, es un hermano postizo que al parecer ahora quiere ejercer de hermano mayor. —Al ver que no entendía nada hizo un gesto con la mano. —Es una larga historia. —Fue hasta el armario y cogió el abrigo beige que se había puesto ese día. Sacó su larga melena y cogió su bolso de nuevo volviéndose. —Te veo luego.

—¿Puedo preguntarte algo? —Se detuvo en la puerta y le miró interrogante. —¿Por qué nunca me hablas? —Se quedó de piedra y levantó la vista para mirar sus ojos castaños. —Trabajamos codo con codo desde hace un año. Pasamos muchas horas juntos y nunca me hablas a no ser que sean cosas de trabajo. Todo de lo que me entero es por llamadas de teléfono y hasta hoy no sabía ni que tus padres estaban divorciados. ¿No te parece raro? Si no estás cómoda conmigo...

Suspiró acercándose y dejando el bolso sobre la mesa. —No es eso, Albert. Nunca hablo de mi vida privada con nadie.

—Pero eso no es normal. No tienes amigas, o al menos nunca las he visto por aquí y es obvio que tampoco te desahogas con tu familia... Tengo la sensación de que estás muy sola. —Al ver el dolor en sus preciosos ojos verdes la miró avergonzado. —Lo siento, no es asunto mío.

Orgullosa levantó la barbilla. —Tienes razón, no es asunto tuyo. Dedícate a tu trabajo que es para lo que se te paga. —Salió de allí dando un portazo y Albert apretó los labios. Había metido la pata hasta el fondo.

Reprimiendo las lágrimas se metió en el ascensor. Su mirada de pena le dio una rabia horrible y reprimió su sollozo intentando mantenerse entera. Respiró hondo y se miró al espejo evaluando su aspecto. Parecía una fría mujer de negocios. Pasó su mano por su impecable flequillo. ¿No hablaba de su vida? ¿Para qué? Había aprendido hace mucho que contar las penas no ayudaba a nadie. ¿Amigas? Sus amigas del instituto la dejaron de lado porque según ellas era un muermo con tanto drama en casa y cuando llegó a la universidad se encontró totalmente descolocada. Alejarse de Nueva York fue un alivio porque ya no tenía que soportar las protestas continuas de su madre por lo que había hecho su padre ese día, así que se sumergió en los estudios aliviada por estar por primera vez en dos años fuera de la zona de guerra. Pero cuando se dio cuenta estaba apartada de las demás que ya habían hecho sus grupitos y la veían como la empollona que no se relacionaba con nadie. Tuvo conocidos, pero nadie con la bastante confianza para volver a contarle sus cosas más íntimas. De hecho ya no lo hacía con nadie y que su hermano no le hubiera dicho que tenía problemas en el trabajo indicaba que su relación se había enfriado a lo largo de los años como para contarle sus cosas a ella. Y lo sintió. Lo sintió muchísimo. Agachó la mirada. Igual debía pedir ayuda. Estaba harta de llegar a una casa vacía y de no hablar con nadie de lo que sentía. Una lágrima corrió por su mejilla y se la limpió a toda prisa. Sí, igual debía buscar ayuda, pero de momento iba ayudar a su hermano porque se negaba a que él sufriera por los caprichos de sus padres y por el cerdo de Aaron.

Capítulo 3

Entró en el restaurante y como había leído en el Times era para dejar con la boca abierta. Había estalactitas y estalagmitas plateadas a su alrededor iluminadas por unas lámparas que salían de sus bases dándole un aspecto de lo más vanguardista. Era realmente impresionante y estaba lleno hasta los topes. Se acercó al maître que sonrió. —Me están esperando. Samantha Wallace.

—Oh, sí. El señor Wallace ya ha llegado. Por favor sígame.

Esperaba que fuera su hermano, pero al ver el cabello negro de un hombre que le daba la espalda y que estaba solo en la mesa a la que se dirigían, supo que no iba a tener esa suerte. Sintió un nudo en la boca del estómago intentando disimular su disgusto. Cuando el maître llegó hasta él, este se volvió y solo dijo —Ya era hora.

—¿Llevas mucho esperando?

—¡Media hora!

—Es que fui a hacerme la manicura. Tenía cita, ¿sabes? Y tiene demasiado trabajo como para que me cambie la cita para cuando a ti te convenga —mintió con descaro como si le importara una mierda que hubiera esperado. —¿Dónde está mi hermano?

—¡Tenía trabajo, que es lo que debería estar haciendo yo! —Suspiró levantándose y la miró asombrado. —¿Qué coño haces?

—He venido hasta aquí, si no quieres hablar, me voy y punto. Te aseguro que me importa una mierda lo que tengas que decirme, ¿no te lo había dicho ya?

—Siéntate, Samantha —siseó antes de mirar a su alrededor.

—Pues deja de montar numeritos —dijo con ironía. Se sentó muy digna y con una fría sonrisa cogió la carta que le ofreció el camarero—. Gracias. —Levantó la vista hacia él y su corazón dio un vuelco porque la observaba fijamente.

—Estás muy cambiada.

—Es lo que tiene no ver a tu hermana en cuatro años, que cambia.

Él apretó los labios. —¿Ahora llegan los reproches? Pareces mamá.

—Ya vamos llegando al tema que nos ha traído aquí. —Unió sus manos sobre la carta. —¿Por qué no me dices lo que quieres y terminamos con esto? Ninguno de los dos quiere estar aquí y es mejor no perder el tiempo.

—Pidamos. —Le hizo un gesto al camarero que se acercó de inmediato. Pidió por los dos, pero a ella le importó poco porque tenía el estómago totalmente cerrado. Le observó hablar con el camarero y sin darse cuenta ni de lo que hacía sus ojos fueron a parar a sus labios, lo que le dejó una sensación extraña en la boca del estómago que no supo comprender. Él la miró a los ojos y Samantha cerró la carta algo avergonzada entregándosela al camarero después. —Los raviolis están deliciosos, te gustarán —dijo Aaron apoyando los codos sobre la mesa.

—Me importan poco los raviolis. ¿Quieres ir al grano de una vez? —La miró fijamente poniéndola nerviosa. —¿Qué?

—Nada, estoy impresionado por tu aspecto, eso es todo. Pareces una mujer de negocios.

Se quedó en silencio y levantó una de sus cejas rubias como si le importara poco lo que pensara. —¿Qué tal va tu empresa de decoración?

—¿Y a ti qué te importa?

—Eres mi hermana. Papá dice que no terminas de despegar.

—Es que todos no podemos trabajar en el bufete del abuelo y llegar a la cima —dijo con ironía.

—Hubiera llegado a la cima igual —dijo muy tenso.

Se mordió la lengua porque probablemente tenía razón. Cuando Aaron se proponía algo siempre lo conseguía. Se hizo un incómodo silencio. Aquella comida iba a ser una auténtica tortura. El camarero se acercó para servirles vino blanco y ella cogió su copa sintiendo su mirada sobre ella. Estaba a punto de gritar.

—Si quieres puedo hablar con unos amigos que piensan en reformar su casa...

—¿Qué coño quieres, Aaron? —le cortó perdiendo los nervios.

La fulminó con la mirada. —Mamá está a punto de dejar a papá y es por tu culpa.

—¿También fue culpa mía que se divorciaran?

Aaron gruñó. —Hicieron cosas mal, pero eso no significa que no se quieran.

—Claro que sí, se querían muchísimo. Solo había que ver lo feliz que era mamá al enterarse del nacimiento de Lucy. Por cierto, ¿la conoces? Porque papá nunca me la presentó. Como a Martin, ¿cuántos años tiene? ¿Cinco? No, ya deben ser seis.

—Samantha...

—¡Mira, no vengas a decirme ahora que se querían muchísimo cuando me pasé dos años escuchando sus llantos cada noche! ¡Sus gritos, sus discusiones! Yo sí que estaba allí mientras mi padre se tiraba a otras y tenía hijos con ellas. ¿Sabes el drama que hubo en casa cuando el día de mi dieciocho cumpleaños llegó una carta diciendo que no iba a pasarle más la pensión? ¡Y sabía de sobra que no podía hacerlo porque es abogado! ¡Creí que no podría ir a la universidad!

—Ahí a papá se le fue la mano —dijo muy tenso.

—¿Se le fue la mano? ¡No le localicé en tres días y tenía las maletas preparadas para ir a la universidad! ¿Acaso pensó en mí cuando escribió esa carta?

—¿Es por eso? ¿Es tu manera de vengarte de ellos por su comportamiento?

Le miró incrédula. —¿Acaso no te das cuenta? Eso no es amor.

—Hay muchos tipos de amor.

Se echó a reír. —Sí, tú sabes mucho de eso. Tú que no nos has querido en la vida.

Él se tensó. —No digas estupideces.

—¿Estupideces? Me diste la espalda —dijo con rabia—. Y a David y a mamá. Te mantuviste al margen, pero bien que le hiciste la pelota a papá para llegar lejos en el bufete. ¿Ahora quieres que papá sea feliz? Vete a la mierda.

—Estás levantando la voz.

—Oh, perdona. Claro, es que a ti no te gustan los dramas ni los numeritos. Pues no sé por qué me has llamado.

—Te he llamado para que aflojes un poco, joder —dijo entre dientes.

—Que yo afloje. Pero si he decidido seguir tu táctica. —La miró sin comprender. —Me voy a mantener al margen. No quiero saber nada. ¿Quieren casarse? Estupendo. ¿Quieren divorciarse? Pues muy bien. Pero a mí que no vuelvan a meterme, que ya estoy muy harta.

—¿Pero quién te crees que eres? No eres el centro del universo. ¡A ver si dejas de ser tan egoísta y piensas en los demás por una vez!

Palideció por su reproche. —¿Que no pienso en los demás?

—Tienen derecho a ser felices después de todo lo que han sufrido.

Ahí se dio cuenta de que él no entendía lo mal que lo había pasado ella ni lo entendería nunca. Para él era una cría que tenía una pataleta ante una situación que no se esperaba. —¿Esto es todo lo que querías contarme? —preguntó fríamente.

—Joder, ya no te reconozco —dijo con desprecio—. ¿Dónde está la Sam para la que la familia era lo primero?

—La dejaste tirada cuando pidió tu ayuda, ¿no lo recuerdas? Se dio cuenta de que eso de la familia es una auténtica mentira. ¡Empezando por un hermano que no me ha llamado en diez años! —Le miró con desprecio. —¿Tú me vas a dar lecciones? ¿Tú? No me hagas reír.

—No lo entiendes.

—¡No! ¡No lo entiendo! Y no lo entenderé nunca. —Se levantó cogiendo su bolso. —No sé cómo tienes el descaro de recriminarme nada. Me das asco —dijo tensándole—. Y por cierto a mí mi familia sí que me importa. Por eso espero que tengas algo de consideración con David. Puede que no sea como tú en el trabajo, pero sí que se lo toma en serio. Tiene una familia que sí quiere y debe mantener. Si aún tienes algo de aprecio por él, que lo dudo porque tú no has querido a nadie en tu vida, deberías protegerle, aunque sea un poco en lugar de machacarle o dejarle en evidencia. Sé que te encanta destacar ante papá, pero piensa por una vez en alguien que no seas tú.

Se iba a alejar, pero él la cogió por la muñeca deteniéndola en seco. —Siéntate.

—Vete a la mierda. —Soltó su mano de mala manera y furiosa se agachó apoyando la mano sobre la mesa mirando esos ojos grises fijamente. —Vuelve a llamarme, vuelve a molestarme mínimamente y hablaré con papá de aquella tarde en las últimas Navidades —dijo fríamente haciéndole palidecer—. ¿La recuerdas? —Sonrió maliciosa. —Sí, creo que la recuerdas.

—Fue un error.

—Sí, claro que sí. Un error con tu hermana de dieciséis años.

—¿Por qué crees que me alejé?

Sintió que se le rompía el corazón y ni se dio cuenta de cómo sus ojos se llenaban de lágrimas. —Eres un cabrón. Tú eras el adulto y te fuiste sin mirar atrás aprovechando una situación horrible que a ti te vino de perlas, ¿no es cierto? Vuelve a molestarme y se lo contaré todo a esa familia que ahora quieres tanto. Y esto también va por David. Déjale en paz.

Se incorporó y sonrió fríamente mirándole con desprecio. —Que disfrutes de la comida, hermanito.

Tenso de la rabia la fulminó con la mirada y Samantha se echó a reír saliendo de allí. Por primera vez en diez años se sintió genial consigo misma.

Sentada en el sofá miraba sin ver la televisión pensando en Aaron y en cómo habían llegado a ese punto cuando le sonó el teléfono. Al ver que era su madre suspiró descolgando. —Mamá, ahora no quiero...

—¿Te acostaste con Aaron? —gritó histérica dejándola helada.

Sintió que se le detenía el corazón. —¿Qué?

—¿Te acostaste con tu propio hermano? —preguntó escandalizada haciéndola palidecer.

—¿Mamá?

—¿Pero cómo es posible? ¿Qué clase de hija he criado?

Sintiendo que el mundo se tambaleaba bajo sus pies negó con la cabeza. —¿Quién te lo ha dicho?

—¡Así que es verdad!

—¿Ha sido Aaron? —gritó desgarrada sintiendo que su alma se resquebrajaba. Muerta de vergüenza dejó caer el teléfono al suelo gritando una y otra vez sin escuchar los gritos de su madre. Se llevó las manos a la cabeza y sin ver miró a su alrededor imaginándose las miradas de horror de su familia. En lo que pensarían de ella y no pudo soportarlo. Corrió hacia el baño y fuera de sí vio su reflejo en el espejo. Gritó sintiendo asco consigo misma y lo golpeó con los puños una y otra vez. Al ver la sangre en el lavabo se detuvo en seco. Su corazón latía a cien por hora y su mano temblorosa cogió el pedazo de espejo. El corte en la muñeca ni lo sintió y se

quedó mirando la sangre que fluía. Sus ojos subieron de nuevo hacia el espejo roto y vio su rostro distorsionado lleno de lágrimas. Era hora de terminar con aquel dolor. Diez años eran suficientes, pensó antes de cortar su otra muñeca. Sollozó dejándose caer al suelo y sintió que se mareaba cayendo sobre las baldosas de espaldas sin entender por qué lo había hecho. —¿Por qué, Aaron?

Sentada en la silla miró muy nerviosa a su psiquiatra que sonrió para tranquilizarla. —No te preocupes. Todo va a ir bien.

—Con mi familia nada va bien nunca —dijo por lo bajo cruzándose de brazos como si quisiera protegerse. La doctora Madison se levantó y le acarició el hombro queriendo reconfortarla antes de ir hacia la puerta. La miró con sus ojos castaños como pidiéndole permiso. Ella no quería, pero sabía que si no pasaba por eso no saldría de allí, así que asintió a regañadientes. La mujer que tenía la edad de su madre más o menos se apartó un mechón de cabello castaño de la sien y sonrió abriendo la puerta—. Señores pueden pasar.

Samantha no miró a ninguna de las personas que entraron en la habitación. Miró al suelo sin comprender muy bien lo que sentía. Sobre todo vergüenza por encontrarse en esa situación.

—Hija... —dijo su madre suavemente provocando que sus ojos se llenaran de lágrimas.

—Por favor, no hable con mi paciente.

—Es su hija. —La voz de Aaron le rompió el alma y con ganas de gritar porque estuviera allí apretó los puños con fuerza.

—Siéntense, yo soy la que dirijo la sesión y yo soy la que decide quien habla. ¿Entendido?

—Ingrid, siéntate cielo —dijo su padre.

Bufó con desprecio dejando el silencio. La doctora carraspeó mientras se sentaban a su alrededor. Se tensó cuando Aaron se sentó a su lado y sintió su mirada sobre ella. Levantó la vista ligeramente para ver a su hermano David en la silla de enfrente. Parecía preocupado. Muy preocupado. Sonrió débilmente y él la miró emocionado haciendo que sus preciosos ojos verdes se llenaran de lágrimas. No quería preocuparle, no quería preocupar a nadie.

—Bien. —Su doctora se sentó a su lado. —Me alegro de que hayan podido venir. Sé por Sam que son personas muy ocupadas.

—Es nuestra niña, ¿cómo no íbamos a venir? —preguntó su madre asombrada.

—Bueno, no sería la primera vez que necesita ayuda y no están para ayudarla, ¿no es cierto?

—¿Pero qué coño es esto? ¿Una caza de brujas o algo así? —preguntó su padre asombrado.

—En absoluto, señor Wallace. Estamos aquí para descubrir qué es lo que a su hija le hace tanto daño que para huir del dolor ha intentado matarse. ¿Le interesa saberlo?

—Sí, por supuesto —dijo algo avergonzado—. Me interesa mucho.

—Pues para eso estamos aquí. —La mujer sonrió mirando a su alrededor. —Al parecer han tenido ciertos problemas que han ido arrastrando a lo largo de los años sin ser capaces de resolverlos, por eso haremos estas sesiones de grupo, para intentar cerrar las heridas que han estado abiertas durante tanto tiempo. Es necesario para continuar.

Nerviosa pasó las manos por sus piernas estirando la tela del pantalón del chándal gris que llevaba. —Esto es una tontería —dijo por lo bajo queriendo huir de la situación.

—Dame el gusto —dijo la doctora antes de mirar a su madre—. ¿Cómo era Sam antes de su divorcio?

—Oh, muy dicharachera —dijo su madre encantada.

—Y muy inteligente —añadió su padre orgulloso—. Unas notas buenísimas. Y tocaba el violín que era una maravilla. Quería ser abogado como yo.

—Tenía muchas amigas y siempre tenía algún plan. Su habitación siempre estaba llena de

gente y hablaba por teléfono a todas horas.

—Y ocupaba el baño todo el tiempo —dijo David divertido—. Me volvía loco con su música a todo volumen.

—Siempre fue muy sociable y era encantadora —dijo Aaron haciendo que se clavara las uñas en las palmas de las manos.

—Así que era sociable, dedicada a sus amistades y a sus estudios. —Miró a Ingrid. —Y todo cambió con el divorcio. ¿Cuándo cree que su familia se fue a la mierda?

Ingrid se sonrojó. —Bueno, a la mierda...

—Se divorció, ¿no es cierto? De repente su familia se desmembró. Algo sucedería para que eso pasara.

Ingrid miró de reojo a su prometido. —Él me fue infiel.

—¡Eso no es cierto! —exclamó su padre indignado.

Sam gimió y llevándose la mano a la frente cerró los ojos queriendo huir porque sabía muy bien lo que venía ahora.

—No se alteren. ¿Por qué cree que él le fue infiel?

—Porque me lo dijo una amiga.

—Menuda amiga, me odiaba.

—Y después empezó a llegar tarde a casa... Fines de semana fuera... Me desatendía continuamente.

—¿Se lo dijo?

—Sí, de mil maneras. Pero él no me hizo caso.

—¡Eran tonterías! ¡Trabajaba como un cabrón!

—No necesitaba que trabajaras tanto. Necesitaba otra cosa.

—Dejemos eso de tus necesidades a un lado de momento —dijo la psiquiatra tuteándola y cortando la discusión—. Ingrid solo te quedaba una hija en casa, ¿no es cierto? ¿Cómo crees que fue su reacción a lo que estaba pasando en ese momento?

—Intentaba apoyarme. —Escuchó como la voz de su madre se emocionaba y la miró de reojo. —Siempre estaba ahí. Me escuchaba...

—¿Y tú la escuchabas a ella?

Su madre se quedó helada. —¿Qué?

—¿Escuchabas cómo se sentía tu hija en ese momento? Ella también estaba sufriendo. Su padre se había ido de casa, sus hermanos no estaban...

Ingrid la miró y esta agachó los ojos haciendo que su melena la cubriera apretando los puños de nuevo. —¿Recuerdas una conversación, solo una en la que ella te dijera cómo se sentía ante lo que estaba ocurriendo?

—Una vez la escuché llorar. Fue un año después del divorcio —dijo entre lágrimas.

—¿Y qué te dijo? ¿Cuál era la razón?

—La razón era que su padre no había ido a recogerla para pasar el fin de semana. Había anulado los planes que tenía con sus amigas porque sino no le vería en un mes. Mi niña prefería pasar el fin de semana con él, así que les dijo a sus amigas que se fueran a los Hamptons sin ella, pero la dejó plantada para irse con su novia a las Bahamas.

—¿Fue ella la que te dijo todo eso? ¿Se desahogó contigo? Porque desde que la conozco tengo que sacarle las palabras con sacacorchos.

Su madre miró confusa a su exmarido y él tenso preguntó —¿Ingrid?

—No me lo dijo. Yo sabía lo que había ocurrido, pero ella no me dijo nada.

—¿Por qué crees que no te dijo nada?

—Para que yo no discutiera con Mathew, supongo. Sucedió a menudo. Si algo la molestaba jamás me lo decía.

—¿Y por qué crees que sucedía eso? Eres su madre. Muchas madres e hijas tienen una relación tan estrecha que se lo cuentan todo.

Su madre sollozó. —Antes del divorcio era así, pero después se encerró en sí misma.

—¿Todos os disteis cuenta?

—Sí —dijo David enfadado—. Cuando regresé en vacaciones me di cuenta de que casi no salía de su habitación si estaba en casa. Hablé con ella, pero intentó no darle importancia. Es más, desvió la conversación hacia mí y mis experiencias de la universidad como si estuviera deseando largarse.

Su madre se echó a llorar y ella la miró de reojo sintiendo un nudo en la garganta, pero no sabía qué decir.

—David, cuéntame algo más sobre tu hermana. En estos años cuántas veces la has llamado para ir a cenar o para hablar.

David se sonrojó. —Bueno, nos vemos en las fiestas y si hay alguna celebración.

La doctora asintió antes de mirar a Aaron que se mantenía callado mirando a Sam de reojo. —¿Y tú?

Él apretó las mandíbulas antes de decir —Yo corté toda relación con ella después de lo que nos ocurrió. Samantha no lo entendía.

—Cuéntame cómo era vuestra relación antes de ese episodio.

—Muy estrecha. Si tenía una duda o un problema yo era la primera persona a la que se lo contaba.

—Quiero irme —dijo sin poder evitarlo haciendo el silencio.

—Y yo quiero un coronel, pero no me quiere él —dijo la psiquiatra como si le importara un pito. Gruñó cruzándose de brazos de nuevo y la psiquiatra sonrió—. Continúa, ¿qué estabas diciendo?

—Nuestra relación era muy estrecha.

Su padre gruñó molesto y creyó que se moría de la vergüenza. —¿Por qué cambió tanto vuestra relación? ¿Cuál fue la causa?

—Me sentí atraído por ella. —A Sam se le cortó el aliento. —No estaba bien.

—Lo sentías algo antinatural.

—Sí. Así que intenté alejarme. Pero Ingrid insistió en que fuera en Navidades.

—¿Y qué sucedió?

—Quiero irme —dijo angustiada.

La doctora le pasó la mano por la espalda acariciándola y Aaron viendo el gesto dijo muy tenso —Ingrid se empeñó en que pasara la noche en casa para que al día siguiente abriéramos los regalos como cuando éramos niños. Recuerdo que ellas estaban haciendo galletas en la cocina y David veía un partido en la televisión. Me levanté para ir a mi habitación para hablar por teléfono y apenas unos minutos después llegó ella con masa de galletas para que la probara. Me molestó.

—Te enfadaste porque invadió tu espacio. La distancia que intentabas poner entre vosotros.

—Sí —dijo muy tenso—, así que intenté echarla, pero ella se rio tirándome la masa a la cara. Quería provocarme para que todo volviera a la normalidad entre nosotros, pero me sentó como un tiro. La cogí del brazo y la saqué de la habitación furioso. —Se quedó en silencio unos segundos y ella le miró de reojo. Estaba sumido en sus pensamientos. —La escuché llorar en su habitación y me sentí un cabrón. Abrí su puerta y estaba tumbada en la cama. Intenté consolarla,

pero ella no entendía porque ahora era así. No entendía mi comportamiento. La abracé diciéndole que me perdonara y antes de darme cuenta nos estábamos besando. —Su corazón dio un vuelco recordando ese momento que había intentado reprimir durante años en su memoria. —Y ocurrió.

—¿Y qué hiciste después?

—Cenar y largarme en cuanto repartimos los regalos a la mañana siguiente. Me llamó varias veces, pero fui cortante con ella.

—Conseguiste lo que querías. Alejarla.

—Sí. Cuando me pidió ayuda con nuestros padres le dije que era una cría.

—¿Hablasteis alguna vez de lo que había ocurrido entre vosotros después de ese episodio?

—No, hasta hace dos semanas no.

—¿Por qué se lo contaste a Ingrid y a Mathew?

Aaron apretó los labios mirándola de reojo. —Creía que ella lo utilizaría para hacerme daño tarde o temprano, así que preferí adelantarme.

—Serás cabrón —dijo David con rencor—. Era una cría.

—¡Por eso me alejé!

Su madre se echó a llorar y Sam no lo soportó más levantándose para ir hacia la puerta. —Samantha siéntate —ordenó su terapeuta.

Se volvió furiosa. —¡Me voy a mi habitación!

—¡Te irás cuando yo lo diga! —dijo con firmeza levantándose—. Siéntate. Es hora de que hables de todo lo que te has estado guardando.

—¡Eso es problema mío!

—¡Y mío si intentas quitarte la vida para no enfrentarte a tus sentimientos!

—¡Esto no va a solucionar nada! —gritó desgarrada—. ¡Solo me humillas con esta charada!
—Les miró uno por uno con rencor. —¡Les da igual!

Su madre perdió todo el color de la cara. —Hija no digas eso.

—¿Por qué? ¡Si es la verdad! ¡Solo te has preocupado por ti y por él desde hace diez años!
¡El resto no tenía importancia!

—No le hables así a tu madre.

Incrédula miró a su padre. —¿Que yo no le hable así? ¡Tú le has hablado mil veces peor en estos años! —Su padre se sonrojó. —Estúpida, descerebrada, loca... ¡Te he escuchado llamar de todo a la mujer que ahora dices que has amado tanto! ¿Tú vas a darme lecciones? ¿Tú? ¿Qué hacéis aquí? —gritó fuera de sí—. ¡Si no os he importado nunca!

—No es cierto. —Ingrid se levantó mirándola angustiada. —Sufría y no era capaz de ver más allá, pero te quiero, cielo.

—¿Me quieres? ¡Si ni siquiera te diste cuenta de que estaba embarazada de tres meses y que aborté en tu cuarto de baño!

Aaron se llevó las manos a la cabeza mientras su madre se tambaleaba de la impresión. Su padre pálido ni supo qué decir y David impresionado se levantó para abrazarla. —Dios mío, Sam... Lo siento.

Sus preciosos ojos verdes se llenaron de lágrimas y se apartó de golpe para salir corriendo de la sala dejando el silencio tras ella. La doctora apretó los labios sentándose de nuevo. —David, ¿puedes cerrar la puerta?

Lo hizo terriblemente preocupado y cuando se volvió la doctora suspiró dejando el block que tenía en la mano sobre la silla que había ocupado Sam.

—¿Mi hija va a recuperarse? —preguntó Mathew muy tenso.

—Por supuesto que sí, pero va a necesitar terapia y mucho interés por su parte en recuperar la

vida que se le rompió con dieciséis años. Todo su mundo se quebró en ese momento y no ha sido capaz de seguir adelante porque dentro de su concha se siente mucho más segura. No hay miedo ni dolor ni decepciones. En su mundo está más cómoda y sobre todo su corazón no sufre.

—Dios mío —dijo Ingrid sin poder dejar de llorar—. Mi niña...

Aaron que miraba el suelo con los codos apoyados en las rodillas susurró —¿Yo puedo hacer algo o me voy?

—¡Sí, lárgate! —gritó David.

—No. Él no se va, al menos de momento. Antes tengo que decir varias cosas. —Aaron la miró sorprendido por su tono. —¿Tienes remordimientos? Eras su hermano, su confidente, su primer amor y le diste la espalda. Se quedó embarazada en medio de un problema familiar que alteró su mundo. No podía ser sincera con nadie y no podía hablar contigo porque te negabas a escucharla. De repente se quedó sola cuando nunca le había faltado quien la escuchara. Si tú hubieras estado a su lado como ella esperaba todo hubiera sido muy distinto. Tú fuiste realmente el problema. Tú eras su apoyo y desapareciste. ¿Te arrepientes?

—¡Sí, joder!

La doctora sonrió con tristeza. —Eso está bien. Estos también se arrepienten, solo hay que verles las caras. Desgraciadamente después de lo que acabo de oír tengo que hacer que salga de esta situación sin vuestra ayuda.

—¿Entonces por qué estamos aquí? —preguntó Mathew alterado.

La doctora sonrió maliciosa. —Porque quería ver vuestra cara cuando os enterarais de lo que le habéis hecho a vuestra hija. —Se levantó importándole muy poco sus caras de asombro. —Os voy a dar un consejo. Si os importa tanto como ahora decís, debéis alejaros de ella todo lo posible. No la llamaréis, no os pondréis en contacto con ella bajo ningún concepto. Haréis lo que habéis hecho hasta ahora, dejarla sola. Si ella quiere acercarse a vosotros será decisión suya. —Aaron apretó los labios levantándose y ella sonrió irónica. —No hace falta que corras tanto.

—¡No somos unos monstruos!

—¿No? —Miró a todos y cada uno de ellos. Señaló a Ingrid. —Una egoísta que solo pensó en sí misma mientras su hija caía en una depresión profunda de la que consiguió salir por sí misma antes de ir a la universidad. —Señaló a Mathew. —Un egocéntrico y un obseso con el trabajo que intentó hacer todo el daño que pudo simplemente por sentirse rechazado en su propia casa. Jamás pensó en ella como demostró en incontables ocasiones. —Hizo una mueca señalando a David que se sonrojó. —Un hermano que estaba muy cómodo en su nueva vida como para implicarse lo suficiente. ¿Monstruos? Puede que no. Solo unos putos egoístas. Como tú. —Dio un paso hacia Aaron que estaba pálido. —El más egoísta de todos que no tuvo los arrestos para estar a su lado.

—¡Yo la quería! —gritó perdiendo los nervios.

—¿Por eso te alejaste?

—¡Sí! ¡Me alejé de mi familia por ella!

—¡No, te alejaste de ella porque no tuviste el valor de enfrentarte a Mathew!

Aaron apretó los labios antes de mirar a su padre adoptivo, que apartó la mirada como si nadie le hubiera defraudado tanto como él. La psiquiatra se echó a reír. —¿Ves cómo no pensaste en ella? Sois penosos, desapareced de mi vista.

Ingrid sollozó. —¿Mi niña cuándo saldrá de aquí? ¿Estará bien?

—Claro que sí. Todo será de color de rosa, vivirá feliz y comerá perdices. —La miró como si fuera tonta sonrojándola con fuerza. —¿Y a ti qué más te da? ¡Vive tu vida como pensabas a hacer!

—¡No le hable así a mi madre! —dijo David ofendido.

—¡Vaya, al parecer tienes arrestos! ¡Deberías utilizarlos para hablarle así a tu padre por no darte tu sitio en el bufete! —David se puso como un tomate mientras su padre le miraba asombrado.

—¿Hijo?

David avergonzado salió de allí a toda prisa. —Sí, toda una familia unida. —Al ver que no se movían levantó una de sus cejas castañas. —¿Todavía estáis aquí?

—Vamos, cielo... —dijo Mathew mirándola con rencor.

—Mathew... —Sollozó dejándose llevar.

—Shusss... no pasa nada. Lo arreglaremos.

Cuando salieron de la consulta ella miró a Aaron que muy tenso ni se había movido. —¿Qué pasa? ¿Quieres una cita?

—Si no supiera que es una de las mejores terapeutas de esta ciudad, pensaría que es una loca peligrosa.

Se echó a reír rodeando su escritorio y sentándose. —Muchos lo piensan, no serías el único.

—¿Se va a poner bien?

Sonrió asintiendo. —Llevará su tiempo, pero sí. Es muy fuerte. Solo tuvo un momento de debilidad al que se vio abocada por el miedo y la vergüenza. Pero ahora todo ha salido a la luz. El dolor y el miedo ya han quedado atrás. Ahora solo queda la vergüenza. Y como todo, pasará al no ver la causa de su vergüenza. Tú. —Aaron apretó los labios y ella entrecerró los ojos. —Pareces decepcionado.

—No, me alegro mucho de que vaya a ponerse bien.

—No me refiero a eso. Pareces decepcionado de no poder acercarte a ella.

Aaron apartó los ojos. —No supondrá ningún problema. Llevo alejado de ella diez años.

—Dios mío... —dijo incrédula—. Estás enamorado de ella.

—No diga estupideces. —Molesto fue hasta la puerta con paso firme.

—¡Aaron! —Él tenso la miró sobre su hombro. —Le daré el alta en una semana. No te acerques a ella.

Asintió antes de salir de la consulta a toda prisa. Bethany apretó los labios reclinando su silla hacia atrás. —Esto sí que ha sido una sorpresa. Al parecer mi chica tiene una vida más complicada de lo que creía... Interesante.

Capítulo 4

Samantha sentada en el jardín detrás de una planta vio como su familia salía de la institución mental donde estaba recluida. Su madre no dejaba de llorar apoyada por su padre y su hermano se subió a su coche furioso dando un portazo. Se mordió el labio inferior sintiendo una pena enorme. Ella tampoco quería aquello. No era responsabilidad de nadie que hubiera perdido un tornillo. Agachó la mirada y se apretó las manos arrepentida por lo que le había dicho a su madre. No fue culpa suya que ella se acostara con Aaron. Ni fue culpa suya que se quedara embarazada. Cómo iba a darse cuenta de lo que le ocurría si ella había disimulado todo lo posible.

En aquella época estaba muerta de miedo por decirles lo que había ocurrido y debía reconocer que cuando empezó a sangrar fue un alivio. Recordó los dolores como si los tuviera en ese momento. Los calambres fueron horribles. Pero lo peor fue el miedo cuando sangró más y creyó que la pillarían. Se abrazó a sí misma y se inclinó hacia delante intentando borrar esos recuerdos. Durante días se sintió como si llevara una letra escarlata en la frente que la delataría. Simuló que estaba enferma para no ir al colegio porque se encontraba fatal y pasó unas horas terribles creyendo que al final tendría que ir al médico. Y fue algo que siempre estuvo ahí hasta que siendo adulta tuvo fuerzas para ir al ginecólogo para que le hiciera un examen completo. Todo estaba bien y podría tener hijos en el futuro. Sonrió con tristeza. Hijos, qué tontería. Si ni siquiera se aguantaba a sí misma, ¿con quién los iba a tener? Sus ojos se llenaron de lágrimas al pensar que siempre estaría sola.

Levantó la vista y se le cortó el aliento al ver a Aaron saliendo del centro. Parecía muy afectado y su corazón saltó en su pecho al pensar que le importaba lo suficiente como para presentarse allí. En el pasado realmente había creído que le importaría muy poco si se muriera, pero al parecer no era así. Vio como subía a su BMW y sin poder evitarlo se levantó. Él estaba arrancando el coche cuando miró a través de la luna delantera y sus ojos se encontraron. Se miraron durante unos segundos y Samantha sintió lo mismo que aquel día tantos años antes. Aaron separó los labios y su corazón saltó en su pecho. Él apartó la vista, giró el volante acelerando para salir de allí como alma que lleva el diablo y sintió de nuevo esa decepción abrumadora que había sentido años antes.

Le tocaron el hombro con suavidad y se volvió sorprendida para encontrar a Bethany que sonrió. —Paseemos. —Lo hizo en silencio a su lado. —Lo has hecho muy bien.

—No es culpa suya. No es justo.

—Son tu familia. Tú eras una cría y sí que es responsabilidad suya. No les excuses.

—Dios, Aaron se ha quedado de piedra.

—Como todos. Pero si no lo supo en su momento es porque te dio la espalda. Él tampoco tiene excusa. Te saca diez años. Él era un hombre y tú una adolescente. Cometió un delito, ¿sabes?

—No me obligó a nada —dijo entre dientes.

—Lo sé. Porque le querías. ¿Pero qué clase de amor le profesabas?

Se puso como un tomate. —¿Tengo que definirlo?

—Me gustaría saberlo. ¿Le amabas?

Caminando sobre las losas pensó en ello y se dijo que tenía que ser sincera. —Sí. Pero desde siempre. Teníamos una conexión que nunca he visto a mi alrededor. En mi trabajo he visto a parejas muy enamoradas, amigas mías se enamoraron de sus novios, pero lo que teníamos nosotros era mucho más grande. Sabía lo que pensaba antes de que se lo dijera y me di cuenta de

que dependía de él siendo muy pequeña. No fue un enamoramiento de adolescente. Cuando me besó fue tan natural como respirar y me sentí suya.

—Por eso cuando se alejó te dolió tanto.

—Fue como si me arrancaran parte de mí. La situación era horrible y no poder estar a su lado, no poder verle... Ya lo había pasado mal cuando estuvo en la universidad, pero era más niña y con mis amigas, con el colegio los años fueron pasando. Todo vino de repente y no lo digerí. Ya ni tenía a mis padres y tampoco a Aaron. David es un hermano increíble, pero nunca hemos tenido la suficiente confianza como para contarnos nuestras cosas. Me quiere, no lo dudo, pero nuestra relación fue distinta a pesar de ser hermanos de sangre.

Bethany se detuvo volviéndose hacia ella. —¿Y cómo llevabas lo de las novias de Aaron? Tú eras una niña y él un adolescente. Debió tener novias.

Se sonrojó con fuerza. —Las odiaba. No podía ni verlas. Solo pensar que las tocara me ponía de los nervios. De hecho a una la saqué a rastras de casa por los pelos.

—¿Y Aaron qué te decía?

—Le parecía divertido.

—Te provocaba.

—No creo que lo hiciera a propósito. No, creo que le divertía. Que fuera posesiva con él había pasado siempre. Era mío y a él le gustaba que fuera así. De niña había muchos chistes en casa al respecto. Si veía algo que no me gustaba me ponía como una furia y tenía rabietas horribles hasta que Aaron me calmaba.

—¿Y nunca se enfadó?

—Empezó a cambiar conmigo antes de las Navidades aquel año. Lo noté de inmediato. Antes hablábamos todas las noches por teléfono.

—¿Todas? —preguntó sorprendida.

—Todas. Nos contábamos el día. Pero de repente dejó de llamar. Si le llamaba yo casi no hablaba nada y cuando llegaron las Navidades noté lo distante que estaba conmigo. Intenté acercarme a él, pero no me lo permitía.

—Debió ser duro. Le quisiste media vida, se acostó contigo y de repente ya no estaba.

Asintió caminando y ella la acompañó. La miró de reojo. —¿Qué te ha dicho?

—Quería saber en qué puede ayudarte. Les he dicho a todos que se alejen.

Sintió un alivio enorme. —¿Y qué te han dicho ellos?

—Lo han aceptado a regañadientes.

—No son malas personas, ¿sabes?

—Seguramente no. Pero son egoístas y ahora tienes que recomponerte tú antes de enfrentarte a ellos. Al menos ahora están todas las cartas sobre la mesa.

—Quiero volver a mi vida.

—¿A qué vida? A esa de soledad que tenías antes de intentar matarte o a la que tenías hace diez años. —Vio el dolor en sus ojos verdes. —¿Cuánto darías por volver a ser aquella niña sin preocupaciones? ¿Por ser aquella muchacha desenvuelta que hablaba con el amor de su vida cada noche?

—Todo. Lo daría todo —dijo emocionada.

—Debes aceptar que aquello terminó, Sam.

Asintió. —Lo sé. Es como perseguir un sueño.

—Exacto. Pero eso no significa que no puedas tener una nueva vida. Debes empezar a confiar en la gente que te rodea. Tu vida no acabó en aquellas Navidades. Has vivido en una burbuja que has construido a tu alrededor para no sufrir más decepciones, pero creo que ya te has

dado cuenta de que las decepciones, el miedo y el dolor pueden llegar en cualquier momento por mucho que te protejas.

—¿Lo conseguiré?

—Eso solo está en tu mano. En las ganas que tengas de disfrutar de la vida.

La miró a los ojos. —Quiero vivir. Quiero disfrutar de la vida como antes. Quiero ser feliz.

Bethany sonrió. —Perfecto, pues lo primero que vas a hacer es irte de vacaciones. —La miró maliciosa. —Tranquila, que yo te busco el viaje.

La madre que la parió. Pensó tirando de la maleta por el aeropuerto con unas ganas de llegar a casa horribles. Menuda mierda de viaje en la que le había metido la loca de su terapeuta. Viaje de solteros en Bostwana. Había que estar pirada para enviar a una suicida a un viaje lleno de tíos desesperados por un polvo, rodeados de animales salvajes en un sitio donde no había ni agua corriente. Era como para pegarse un tiro viendo el panorama. Tenía que haber salido corriendo cuando vio donde se metía, pero pensó en lo que diría Bethany y se quedó para intentar disfrutar de su semanita de relax. ¿Relax? Había estado con ganas de pegar cuatro gritos siete días y tenía los nervios de punta porque no se sintió segura en ningún momento durante el viaje. Ya fuera por las fieras que creía que iban a asaltar su tienda en cualquier momento, ya fuera por los sobones que aprovechaban cualquier ocasión para tocarle el culo. Joder, se moría por una ducha. Se rascó la cabeza y gimió saliendo del aeropuerto. Tenía que comprar algo para los piojos. Porque estaba segura de que tenía piojos. Perfecto para rematar el maravilloso viaje que se había pegado.

Se rascó de nuevo sin cortarse porque aquello ya era una tortura y con los pelos como una loca tiró de su maleta de nuevo hacia la parada de taxis cuando escuchó un silbido. Miró distraída para detenerse en seco al ver a Albert apoyado en un coche. Su ayudante le guiñó un ojo y sonrió sin poder evitarlo. —Pero bueno, ¿qué haces tú aquí?

—Venir a buscar a mi eficiente jefa.

—¿Todavía trabajas para mí? —preguntó divertida—. ¿No me digas que sigo teniendo estudio?

—¿Que si lo tienes? Y gracias a tu ayudante, que es tan brillante que deberías subirle el sueldo, tienes cola.

Dejó caer la mandíbula del asombro. —¿Me estás vacilando?

—Seguí tus instrucciones para la casa de los Connelly y la señora fue una fuente de buena publicidad increíble. Tenemos más de veinte clientes esperando, no te digo más. Les he dado largas con que tienes muchísimo trabajo y están impacientes porque les hagas esos fantásticos diseños.

Se echó a reír encantada y sorprendiéndole le abrazó. Albert sonrió. —Vaya, te ha venido genial el viaje.

Algo preocupada se apartó para mirarle a los ojos perdiendo la sonrisa poco a poco. —Lo sabes, ¿verdad?

Él le guiñó el ojo y cogió su maleta. —Todos cometemos errores. Tu hermano Aaron se puso en contacto conmigo cuando no pude localizarte. Debieron ver mis llamadas perdidas. Dijo que estabas indispueta, pero fui a tu apartamento para verte y una vecina me informó. Cuando te encontraron tu madre no hacía más que pegar gritos respecto a lo que habías hecho, así que lo sabe todo el vecindario.

Sí, ya se había enterado de que todos sus vecinos sabían que convivían con una suicida. Tendría que buscar otro apartamento, pero lo primero era el trabajo si quería recuperar su vida. Estaba algo sorprendida porque hubiera sido Aaron quien se había puesto en contacto con él. Observando su perfil mientras cerraba el portaequipajes susurró —Gracias por dirigir el barco.

—No tienes que darlas. —Abrió la puerta de su coche y vio cómo se rascaba la cabeza de nuevo. —No fastidies. ¿Tienes piojos?

—Regalo del safari. Los he pasado de contrabando. ¿Sabes cómo se quitan?

—Pararé en una farmacia —dijo reprimiendo la risa.

—Sí, por favor. Leche, esto pica muchísimo.

Albert rio por lo bajo mientras se metía en el coche. Su ayudante rodeó el vehículo y cuando se sentó a su lado la miró con desconfianza. —¿No me los habrás pegado?

Hizo una mueca. —Compraremos también para ti por si acaso. Pago yo.

—Genial. Mi marido estará encantado.

—¿Y cómo está?

—De los nervios porque la niña nos ha salido rebelde. Ahora tiene el sueño cambiado y el pobre no puede dormir de día porque vivimos al lado de un batería.

—¿Y por qué no os mudáis?

—¿Con lo que nos cobran de alquiler? Si es un chollo. Esperamos a que se muera, ya tiene sesenta y cinco. Seguro que no le queda mucho. —Rio por lo bajo y él la miró de reojo. —Estás distinta. Más relajada. Te han sentado bien las vacaciones.

—Las próximas a una playa tranquilita.

—¿Te lo has pasado bien?

—Ha sido un infierno de principio a fin. Pero ha sido una experiencia interesante.

—¿Has ligado?

—¡No!

—Venga, algún macizo habría por ahí.

—¿Macizos? Si no había por donde cogerlos.

—Tienes que dejar de ser tan exigente.

—Mira que lo intento, pero... Bueno, ya aparecerá. ¿Cómo sabías que llegaba hoy? Mis vecinos no lo sabían.

Su ayudante hizo una mueca. —Bueno...

—¿Albert?

—Al no localizarte llamé a tu hermano otra vez porque no sabía si estaba sin trabajo y como comprenderás tenía que saberlo con el panorama que tengo en casa con mi marido en paro y una niña de seis meses.

—¿Él sabía que estaba de viaje?

—Sí... —La miró de reojo. —¿No se lo dijiste tú?

Negó con la cabeza. —No nos hablamos.

—Pues parecía estar muy bien informado. Incluso me dijo a qué hora llegabas y me preguntó si vendría a buscarte.

—Solo lo sabía mi terapeuta... —Miró al frente confundida.

—¿Vas a contarme que está pasando con tu familia? Tenéis una relación de lo más rara.

Le miró de reojo. Bethany le había dicho que tenía que abrirse con los demás, pero no sabía cómo se lo tomaría y tampoco quería que la juzgara por su comportamiento. Pero si quería que fueran amigos debía abrirse, ¿no? —¿Tienes tiempo?

—Todo el del mundo —dijo de inmediato.

Albert sentado a su lado con una toalla en la cabeza la miraba con los ojos como platos mientras ella devoraba la hamburguesa que se habían detenido a comprar de camino a su casa. —La leche, es mejor que el culebrón de la tele. —Hizo una mueca sin dejar de masticar. —¿Y ahora qué tienes que hacer? ¿Qué dice tu terapeuta?

—Que tengo que abrirme al mundo. No solo ir al trabajo para luego trabajar horas y horas en mi casa. Debo hacer actividades, conocer gente... Esas cosas —dijo antes de dar un mordisco.

—Por eso el viaje.

—Sí. Y mi familia no puede acercarse a mí.

—Yo no querría ni verlos, a ninguno. —Indignado se metió un montón de patatas en la boca.

—No son mala gente —dijo algo avergonzada por la opinión que tenía de ellos.

—Estaban tan centrados en sí mismos que ninguno pensó en ti —dijo él más suavemente—.

Lo siento mucho.

—Por eso me sorprendió que Aaron supiera lo del viaje. Él no se acercaría a mí ni por todo el oro del mundo y después de enfrentarse a mi padre mucho menos.

—Se lo diría tu terapeuta.

—Supongo que sí. —Se rascó la cabeza por encima de la toalla. —¿Cuánto le queda a esto?

—Media hora todavía.

—Huele fatal. Cuéntame, ¿tenemos algún pez gordo en esa lista de espera?

—Oh, sí. Una heredera que...

El teléfono de Albert empezó a sonar. —Perdona. Debe ser George para pedirme que le lleve algo. —Al sacar su teléfono del abrigo frunció el ceño. —Pues no, no es él. —Distraída con la hamburguesa relamió el ketchup del pulgar y su mirada fue a parar a la fina cicatriz de su muñeca. Apretó los labios pensando en que algo tenía que hacer para cubririrlas.

—Sí...

El tono de su voz le llamó la atención y miró a Albert que de pie ante ella le dio la espalda. —Sí...—La miró de reojo sobre su hombro y forzó una sonrisa. —Mi madre.

¿Pero su madre no había muerto hacía tres años? Sam frunció el ceño. —Sí, mamá. Todo muy bien. La niña está perfecta. —Levantó sus cejas rubias cuando su amigo forzó una sonrisa. —Qué va, tiene muy buen color y come como una lima. Como siempre. Ahora no puedo hablar, si me llamas luego... —Sonrió aliviado. —Perfecto, hablamos luego. —Colgó satisfecho y se sentó de nuevo. Ella le miró interrogante. —Mi madre.

—Tu madre.

—Sí. —Cogió la cola y le dio un buen sorbo a la pajita. —Está chocha con la niña.

—Debes estar encantado de que haya resucitado.

Se detuvo en seco y la miró de reojo. —Ah, que te había dicho que había muerto.

—Sí. Además fuiste muy específico en tus descripciones de las diálisis.

—Vaya, al parecer hablábamos mucho más de lo que creía —dijo intentando escurrir el bulto.

—¿Quién era, Albert?

Bufó exasperado. —Tu madre, ¿vale?

—¿Te llama mi madre?

—¿Tu madre? ¡Me llama toda tu familia! —dijo indignado dejándola de piedra. En ese momento sonó su móvil de nuevo y él lo señaló—. ¿Ves? Este es tu hermano David.

No se lo podía creer. Albert contestó —¿David? Sí, ya ha llegado. La he dejado en casa. ¿Que si estaba bien? Perfecta. Se ha agobiado un poco con tanto bicho y le ha dado el sol. O sea, las vacaciones perfectas. —Le miró asombrada. —Sí, mañana a trabajar. Claro que sí, yo la vigilo.

Colgó el teléfono y ella parpadeó. —Ya está —le escuchó decir.

—¿Pero cómo ha pasado esto?

—Ni idea. Aaron me llamó para avisarme de lo que te dije y él debió avisar a los demás

porque empecé a recibir llamadas. No me contaban nada, claro, porque se suponía que yo no debía saber lo que te había ocurrido, pero me hacían preguntas. Sobre si tenías amigos y cosas así. Como si de repente tu vida les interesara muchísimo y no se atrevieran a preguntarte. Cuando Aaron me preguntó si iría a buscarte al aeropuerto me di cuenta de que estaban deseando que fuera.

Se sonrojó porque debían estar agobiándole. —Lo siento.

—No lo sientas. Pero no sé si estoy haciendo lo correcto. ¿Debo cortar también todo contacto? —preguntó dudoso.

Se miraron y ella no supo qué contestarle. En menudo marrón le estaba metiendo porque su madre no le dejaría en paz. No sabía si los demás se irían olvidando del susto que les había dado, pero su madre no lo dejaría. Eso la hizo sonreír porque puede que en cierto momento de su vida estuviera demasiado centrada en ella para hacerle caso, pero jamás había dudado que la quería.

—La próxima vez que llamen díles que deben respetar mi espacio.

Albert apretó los labios. —¿Estás segura?

—Es lo que me han aconsejado y es lo que voy a hacer.

Su ayudante asintió. —Muy bien. Si crees que es lo mejor se lo diré. Ahora vamos a ver cuántos piojos has colado por la frontera.

Seis meses después

Salió de la tienda cargada de bolsas y se chocó con alguien. Al levantar la vista para pedir disculpas se quedó de piedra al ver a su madre ante ella. —Mamá...

—Te vi entrar hace media hora y no pude evitar acercarme —dijo muy incómoda—. ¿Cómo estás?

Agachó la vista avergonzada y su madre dijo rápidamente —No tenía que haberme acercado, lo siento. —Se alejó a toda prisa y se sintió aún peor.

—¡Mamá!

Ingrid se detuvo y se volvió mirándola arrepentida. Sus ojos se llenaron de lágrimas porque estaba sufriendo y ella era la responsable. —Lo siento.

—Hija, no es culpa tuya. No tenía que haber...

Dio un paso hacia ella. —¿Cómo estás?

Forzó una sonrisa. —Bien. Como siempre. Voy a yoga y a clases de arte.

—Papá...

Negó con la cabeza. —Lo dejamos. Había demasiado a nuestras espaldas como para que funcionara.

—Lo siento mucho. Es culpa mía. —Una lágrima rodó por su mejilla.

—Por Dios, hija... No te echas la culpa más. Fuimos unos inconscientes al pensar que funcionaría después de todo lo que nos habíamos hecho el uno al otro durante años. Tú no eres responsable de nada. Solo de abrirnos los ojos. —Miró a su alrededor. —Allí hay una cafetería. ¿Quieres tomar un café conmigo? Me muero por saber qué tal te va.

Asintió y en silencio cruzaron por el paso de peatones. —¿Mi hermano está bien?

—Están esperando gemelos.

—¿De verdad? —preguntó ilusionada—. Estará como loco de la alegría. ¿Y Molly ha crecido mucho?

—Está preciosa. Hace dos semanas fue su cumpleaños e hicimos una gran fiesta con sus amiguitos. —Su madre abrió la puerta de la cafetería. —Preguntó por su tía.

—¿Qué le habéis dicho?

—Que estás trabajando fuera y que aún tardarás en volver.

Se mordió el labio inferior y se sentó frente a ella. Se miraron a los ojos y su madre sonrió con tristeza. —No sé todavía como he sido tan estúpida.

—Mamá...

—Tenía que haberme dado cuenta enseguida. Eres mi niña.

—Los reproches ya no sirven de nada, ¿no crees?

—No has preguntado por Aaron.

Agachó la mirada y pasó el dedo por la superficie de la mesa. En ese momento llegó la camarera y su madre pidió dos cafés con leche. Cuando se alejó Ingrid apretó los labios. —No debería haberme acercado.

—¿Cómo está?

A Ingrid se le cortó el aliento. —Trabaja como un poseso. Ha dejado el bufete. —Levantó la vista sorprendida y su madre asintió. —Se ha independizado de tu padre y le va muy bien.

—¿Por qué lo ha dejado?

—Porque la relación se había enturbiado lo suficiente para que no fuera cómodo para ninguno de los dos, cielo.

—¿Papá se lo reprochaba?

—Ya conoces a tu padre. Hubo una discusión fuertísima, pero después lo perdonó porque era evidente que entre vosotros había algo especial. Siempre lo hubo, ¿verdad?

—Sí.

—Tuvo que ser difícil para él encontrarse en esa situación. Lo pasó mal al apartarte de tu vida.

—Creía que no le importaba.

—¿Cómo no le ibas a importar, cielo? Te vio crecer. Eras su ojito derecho.

Apretó los labios y dio las gracias a la camarera. Acarició la taza mientras su madre no perdía detalle de cada una de sus reacciones. —Lo del embarazo fue un shock y tuviste que sentirte muy asustada.

—Sí.

Su madre alargó la mano y cogió la suya. —Siento no haber estado a tu lado en ese momento. Haber estado tan centrada en mí...

—Mamá, no te disculpes por favor.

Ingrid casi se echa a llorar cuando su hija apretó su mano. —¿Sabes? Ahora quedamos todos a cenar los viernes en mi casa. —La miró sorprendida. —Y si Mathew tiene a los niños también vienen. Son para comérselos. Estamos yendo a un terapeuta familiar. Nos lo recomendó la doctora Madison y decidimos hacerlo con ella ya que la conocíamos.

—No me ha dicho nada. La veo una vez a la semana.

—¿Quieres venir mañana?

No supo qué decir. No sabía si era capaz de enfrentarse a todos a la vez. —No sé si es buena idea. —Apartó su mano y su madre apretó los labios.

—Sí claro, tienes razón. —Vio como cogía la taza y daba un sorbo. —Te has tatuado.

Miró su muñeca y se lo mostró. En la muñeca derecha tenía escrito “La vida sigue” y en la izquierda “El tiempo lo cura todo”.

—Algo para tener presente siempre.

—Sí. Quería ver algo positivo en lugar de las cicatrices.

—Has hecho muy bien.

La miró maliciosa porque sabía que odiaba los tatuajes. —Me he hecho otro.

—¿No me digas?

—Sí. ¿No vas a pegarme cuatro gritos?

—Como me digas que es un dragón que te cubre media pierna...

Rio por lo bajo. —Mejor me lo reservo.

Ingrid sonrió. —¿Cómo te va en el trabajo?

—Muy bien. Tengo más clientes que nunca. Albert se encarga de revisar las obras mientras yo diseño.

—Es un hombre estupendo.

—Sí. Ha salido algo bueno de esto. Ha demostrado que es un amigo.

—Van a salir muchas cosas buenas de esto, ya verás.

Vio en el reloj de la cafetería que eran las seis. —Mamá tengo que irme.

—Oh...

Vio la decepción en sus ojos y se sintió fatal. —Es que tengo una cita y no puedo dejarle plantado.

La miró como si le hubieran salido cuernos. —¿Cómo una cita?

Se sonrojó ligeramente. —Pues nos conocemos desde hace dos meses y hace dos semanas empezamos a salir. Vamos al mismo gimnasio.

—Ah, así que no es tu primera cita. —Su madre parpadeó como si no se lo esperaba.

Se levantó confundida. —No. ¿Ocurre algo?

—No, claro que no. —Forzó una sonrisa —¿Puedo llamarte?

Sonrió y se acercó para besarla en la mejilla. —Claro que sí, mamá. Puedes llamarme.

Emocionada vio como salía de la cafetería a toda prisa. Parecía que estaba mucho más contenta y eso la alegró muchísimo. Pero eso de la cita... Mordiéndose el labio inferior sacó su móvil del bolso y en cuanto buscó el teléfono se lo puso al oído. —Llama a todos, tenéis que venir a casa esta misma noche.

Capítulo 5

Sentado en el sofá, Aaron pálido se pasó la mano por la nuca. —Así que está saliendo con otro.

—No creerías que te esperaba a ti —dijo David sin poder creérselo.

—No, David... ¡No creía que me esperaba a mí! ¡Pero tampoco esperaba que saliera con nadie! ¡Es muy pronto!

Le miró como si fuera idiota. —Han pasado más de diez años.

—¿Quieres callarte? —preguntó entre dientes con ganas de matarle.

David rio por lo bajo. —Increíble. Si pasabas de ella.

—Hijo... —Su padre le advirtió con la mirada. —Sabes por qué lo hizo.

Apretó los labios. —¡Sí, entiendo por qué lo hizo! ¡Pero todavía no he entendido por que te lo contó a ti después de diez años! ¡Si no se hubiera chivado respecto a que se había acostado con ella nada hubiera pasado!

—Tu hermana era una bomba de relojería. La propia doctora Madison te lo ha explicado. Cuando se diera cuenta de que vivía una mentira hubiera pasado lo mismo. Eso solo fue el detonante. ¿Recuerdas cómo lloró cuando nació Molly? Aquello no era normal, pero ninguno le dimos importancia. Fueron mil cosas que pasamos por alto y una de ellas la podía haber hecho explotar.

—¡Sigo sin enterarme de por qué te lo dijo!

Aaron miró a su padre adoptivo muy tenso. —Te juro que no me queda paciencia para esto.

—Oye... —David se levantó del sofá. —¡Pues te jodes! ¡Tú eres el responsable de todo lo que está ocurriendo!

—¿Crees que no lo sé? —preguntó agresivo levantándose también.

—¡Basta! —gritó Ingrid angustiada—. Discutiendo no vamos a conseguir nada.

Aaron se sentó apoyando los codos sobre las rodillas y se pasó las manos por la cabeza. —Hijo...

—Joder, no me llames así. —Se apretó las manos sin dejar de mirar el suelo. —No tengo ningún derecho.

David apretó los labios al ver como se torturaba y suspiró sentándose en el sillón a su lado. —¿Por qué lo hiciste?

Levantó la vista hasta sus ojos. —Porque no lo soportaba más. Al verla en ese restaurante me di cuenta de lo que le había hecho. No era mi Samantha. Era una persona fría que no se parecía en nada a ella. Como hice en tu boda intenté parecer duro, frío, mantener las distancias. Quería solucionar el tema rápidamente para alejarla de nuevo. Pero lo vi en sus ojos. Cuando me amenazó con contarle ella misma si no la dejaba en paz, vi en sus ojos el dolor. Ni se daba cuenta de que lloraba. Cuando se largó del restaurante fui consciente de todo lo que le había hecho. La había destrozado. ¡Quería arreglarlo, joder! ¡Sabía que si seguía presionándola se lo diría a nuestros padres solo para joderme, así que me adelanté con intención de hablar con ella cuando se calmara!

—Si no la hubiera llamado —dijo Ingrid muy arrepentida.

—Cuando Aaron habló conmigo fue muy claro —dijo Mathew preocupado—. Había intentado mantenerse alejado de ella por respeto a nosotros, pero ya no lo soportaba más. Yo en aquel momento lo vi todo rojo cuando me lo contó y no analicé lo que quería decir más allá de que se había acostado con Sam, pero ahora que hemos llegado a este punto todo está mucho más claro. —Su padre adoptivo le miró fijamente. —¿Estás seguro de esto?

—Es mía —siseó apretándose las manos.

—Pues ella no opina lo mismo —dijo David divertido.

Le fulminó con la mirada. —Estás disfrutando con esto, ¿verdad?

—Eso te pasa por ser un cabrón.

—¡Hijo!

—Es cierto, la dejó tirada. ¡Era una niña que se quedó embarazada y tuvo que enfrentarse a todo sola! ¡Puede que la quiera mucho, pero debió protegerla!

—David tiene razón. Me ha olvidado.

Ingrid angustiada vio como su hijo adoptivo sufría. —¿Cómo va a olvidarte, hijo? —Se sentó a su lado. —¿Recuerdas cuando te persiguió por toda la casa echándote la bronca porque habías llegado la noche anterior con dos cervezas de más? —Mathew sonrió. —Tenía diez años y estaba indignada. —Todos sonrieron. —¿Y cuando te sacaste el carnet? ¿Recuerdas la pancarta que te hizo y que colgó en la terraza para que cuando te acercaras la vieras al llegar? Has estado en su vida y es imposible que te olvide.

—Pero ha cambiado —dijo David haciendo que todos le miraran como si fuera idiota—. ¿Qué? ¡Hasta él acaba de reconocerlo! ¡Es otra mujer! ¡Estos diez últimos años han forjado su carácter y no se parece en nada a la niña de dieciséis que bebía los vientos por él! ¡Aquella Samantha jamás hubiera salido con otro hombre!

Entonces Ingrid les miró sorprendida a todos. David se tensó. —Mamá, ¿qué pasa?

—¿No os dais cuenta? Todos lo sabíamos. ¡Hasta yo misma se lo he dicho esta tarde!

—No entiendo lo que quieres decir.

—Tú mismo lo acabas de decir. Jamás hubiera salido con otro hombre. —David la miró confundido. —¿Por qué has dicho eso?

—No sé, porque...

—Lo ha dicho porque jamás se nos hubiera pasado por la cabeza que saliera con alguien tan pendiente que estaba de Aaron —dijo su padre.

—¿Cuántas veces no reímos de los ataques de celos de la niña por tus novias? ¿Cuántas veces hemos visto cómo te miraba cuando no parecías darte cuenta? ¿Y cuántas veces estabas pendiente de ella, de a donde iba o de a quien había conocido? Algo totalmente ilógico entre hermanos, pero para nosotros era normal.

David asintió. —Es cierto, su relación fue así siempre. Teníamos que haberlo visto venir. Ni sé las veces que les vi abrazados en el sofá viendo la tele.

—Por eso mamá nos ha llamado cuando le dijo que tenía una cita —dijo Mathew preocupado—. Porque se extrañó de que siguiera con su vida.

Aaron se quedó callado durante varios minutos y los tres le miraron. —¿Qué vas a hacer? —preguntó David—. La doctora...

—Sí, ya sé lo que dice la doctora. Tengo que mantenerme alejado. —La miró a los ojos. —¿Cómo la viste?

—Está muy cambiada. Viste con colores más brillantes y antes de verme parecía feliz. Se estaba comprando ropa y me recordó a mi niña cuando salía a comprar sin control.

Aaron sonrió con tristeza. —Me robaba los ahorros.

Todos sonrieron recordando sus discusiones y como ella con descaro se pasaba ante él con los vaqueros o el vestido nuevo y decía que había aprovechado su pasta. —Se ha tatuado las cicatrices. —Aaron separó los labios y su madre chasqueó la lengua. —Y algo más que no ha querido decirme.

—¿Y no le has dicho nada? —preguntó su padre mosqueado.

—¡Sí, como para castigarla está la cosa!

Aaron rio por lo bajo negando con la cabeza. —Ya sé lo que se ha hecho.

—¿Sí? ¿El qué?

—Mejor me lo reservo. —Se levantó sonriendo y los tres le miraron sin comprender. —Cosas nuestras. —Fue hasta su chaqueta y se la puso sonriendo.

—Hijo, ¿qué vas a hacer? —preguntó Mathew preocupado.

—Demostrarle que por mucho que lo intente jamás me olvidará. Y el tatuaje es buena prueba de ello.

Albert abrió la puerta y metió la cabeza. —¿Tienes tiempo?

—Sí claro, pasa —dijo borrando una línea del diseño que estaba haciendo.

—No soy yo el que quiere pasar...

Confundida miró hacia la puerta para ver como la cabeza de su amigo desaparecía antes de que la puerta se abriera y Aaron entrara en su despacho como si nada. Su corazón saltó en su pecho al ver que estaba guapísimo con un traje gris hecho a medida y una corbata azul cobalto. —Hola, nena...

Separó los labios de la impresión viéndole cerrar la puerta. Miró a su alrededor y sonrió. —Siempre has tenido mucho gusto. Bonito, muy bonito.

—¿Qué haces aquí? —preguntó sin salir de su asombro. ¡No tenía que estar allí!

—Pasaba por aquí y me dije voy a hacerle una visita. —Se acercó a su mesa y cogió uno de sus diseños. Hizo una mueca de aprobación. —Impresionante. —Se sentó en una silla ante ella y la miró a los ojos. —Tengo entendido que te va muy bien últimamente.

—Pues sí —dijo molesta levantándose—. Así que si te vas... Están a punto de llegar unos clientes muy importantes.

—Tienes la agenda libre toda la tarde. La acabo de ver sobre la mesa de Albert. —Se abrió la chaqueta del traje poniéndose cómodo. Se sonrojó por su mentira. —Tranquila, entiendo que no quieras verme.

—Pues si lo entiendes...

—Lo entiendo, pero he decidido ignorarlo. ¿Sabes? Me he comprado una casa.

—Felicidades.

—Gracias, nena. Sé que te alegras. —Sin salir de su asombro le vio sonreír como si nada haciendo que su sangre se acelerara en sus venas. —Tiene seis habitaciones y tres baños. Creo que será suficiente.

—¿Suficiente para qué?

—Para nuestra familia, claro.

Se le cortó el aliento. —Perdona, ¿qué has dicho?

—Y tiene habitación de servicio. Espero que te vaya muy bien porque la letra de la hipoteca es enorme. —Parpadeó intentando entender lo que le quería decir. —Supongo que querrás seguir trabajando después de la boda.

—¿Te has tomado algo? —preguntó sin poder creerse lo que había escuchado.

Aaron se echó a reír. —Pues si te digo la verdad un par de copas de vino durante la comida con un cliente.

—Pues te han sentado fatal. —Nerviosa cogió el móvil y después de buscar un teléfono se lo puso al oído. Su padre lo cogió al primer tono. —¿Papá?

—Hija, qué sorpresa. ¿Cómo estás?

—¡Mal! ¡Tienes que venir a buscar a Aaron a mi despacho! ¡Está borracho!

—¿Cómo que borracho?

—Sí, yo también me he quedado de piedra —dijo mirándole de reojo antes de bajar la voz—. Papá, dice cosas muy raras. Se le va la cabeza.

—¿Cosas raras?

—Dice no sé qué de una boda y una casa que se ha comprado.

—Una maravilla, hija te va a encantar.

Se quedó de piedra. —¿Cómo?

—Impresionante, hasta tiene ascensor. Cuando tengáis niños será muy práctico para subir con el carrito y eso. —Miró el teléfono. ¿Se habrían cruzado las líneas? —¿Hija? Tengo que dejarte, me llega un cliente. Te quiero.

Asombrada miró su móvil para ver que le había colgado. —Nena, esto me gusta para el salón.

Levantó la vista para ver que tenía el diseño de los Connelly en las manos. Lo había sacado para mostrarle el estilo a los clientes. Exasperada se estiró para arrebatarlo de las manos. —¿Quieres dejar de tocar mis cosas?

—Fíjate que tenía dudas cuando me dijeron que ibas a estudiar arquitectura y diseño de interiores, pero se te da muy bien. Es una pena que no trabajes con nosotros, pero...

—¡Tú ya no trabajas en el bufete!

—Cierto. Creía que era mejor que corriera un poco el aire entre nosotros. Demasiadas tensiones. ¿Sigues enfadada porque se lo conté a tu padre?

—¡Sí!

Hizo una mueca. —Pues yo me alegro.

Abrió los ojos como platos. Había perdido totalmente la cabeza. —Serás...

—Venga, nena... Reconoce que ha sido una liberación. Ahora no tenemos que escondernos.

—¿No tenemos que esconder qué?

—Nuestra relación —respondió como si fuera lo más evidente del mundo.

Levantó el dedo ignorando como su corazón latía alocado en su pecho. —Espera un momentito.

Él sonrió. —Todo el tiempo que tú quieras, preciosa.

Cogió el teléfono tan aprisa que se le cayó de las manos y él levantó una ceja al ver como hacía malabares para intentar cogerlo. Lo agarró y queriendo gritar se puso el teléfono al oído dándose la vuelta para darle la espalda. Le miró sobre su hombro esperando que lo cogiera y él le guiñó un ojo con descaro poniéndola como un tomate.

—Ahora no puedo hablar —dijo su terapeuta—. Estoy en una sesión.

—Seguro que yo necesito tu ayuda mucho más.

Rio por lo bajo. —Sí, seguro. ¿Qué ocurre?

Se alejó todo lo que pudo casi pegándose a la pared. —¿Se puede ingresar a alguien que ha perdido un tornillo?

—Claro que sí. Si es peligroso para la sociedad o para sí mismo.

—Pues ven a buscar a Aaron porque no deja de decir disparates.

—¿Perdón?

Le miró de reojo y este amplió su sonrisa. —Aaron está en mi despacho y dice que ha comprado una casa para nosotros. Habla de boda y cosas así.

Bethany se echó a reír. —Ya tardaba.

—¿Qué?

—Tendrás que arreglártelas sola. Si no le quieres ahí deshazte de él.

—¡Eso intento, pero no se va! —gritó de los nervios.

—Pásamelo —dijo más seria.

Decidida alargó el brazo y este sin perder la sonrisa cogió su móvil rozando sus dedos. Su piel se erizó en el acto y sin poder evitarlo se miraron a los ojos mientras él llevaba el teléfono al oído. —Doctora, ¿cómo le va? —preguntó con voz ronca haciendo que su respiración se acelerara—. Sí, he decidido cambiar de táctica. La suya no me gustaba demasiado. ¡Sobre todo porque mi mujer está viviendo demasiado su vida para mi gusto! —La miró de arriba abajo como si fuera lo más apetitoso del universo y ella se puso como un tomate. —Sí, la veo bien. —Su mirada volvió a subir por sus curvas hasta llegar a sus ojos haciendo que le hirviera la sangre. —Muy bien. —Colgó el teléfono antes de que pudiera evitarlo y jadeó indignada. —Que si te alteras mucho te tomes una pastillita.

—¿Te ha dicho eso? —preguntó asombrada antes de chillar de la frustración—. ¡Fuera de mi vida!

Él chasqueó la lengua levantándose. —Nena, ¿dónde tienes la pastilla esa?

—¡Largo, imbécil! —gritó señalando la puerta.

La cogió por la cintura pegándola a él y a Sam se le cortó el aliento al sentir su contacto. Fue tal la impresión que se le quedó mirando con los ojos como platos y la boca abierta. Aaron sonrió acariciando su cintura por encima del vestido hasta llegar a su espalda. —Así está mejor. —Su mano bajó lentamente hasta llegar al límite de su trasero pegándola más a él. El olor de su colonia la mareó y su corazón se aceleró tanto que creyó que se le saldría del pecho. Aaron frunció el ceño. —¿Nena? Nena respira, estás muy pálida. —La cogió por las mejillas con una mano levantando su rostro. —Mírame. —Levantó sus ojos hasta los suyos. —Respira profundamente. —Ella lo hizo y aliviado sonrió. —Eso es. Te has puesto nerviosa, pero pasará. Venga, nena... Soy Aaron. —La abrazó a él y Samantha cerró los ojos sin poder creérselo. —Sé que hice las cosas mal, sé que te hice daño, pero creía que era lo mejor. Te juro que si hubiera sabido que sufrías así todo hubiera sido muy distinto. —Los ojos de Sam se llenaron de lágrimas. —Ahora todo será diferente, te lo juro.

—No. —Sintió como él se tensaba y se separó para mirarla a los ojos. Muerta de miedo negó con la cabeza. —No.

—Preciosa...

Reaccionando se apartó de él. —Vete... —Aaron preocupado intentó tocarla. —¡Vete!

—Nena, ¿qué querías que hiciera?

—¡Vete de mi vida!

—¿Qué esperabas que hiciera? ¡Tenías dieciséis años! ¡Podía haber ido a la cárcel!

—Yo te quería —susurró angustiada mientras las lágrimas caían por sus mejillas.

Aaron la miró arrepentido. —Lo sé, preciosa. Pero no podía ser.

Le pegó un bofetón que ni vio venir y furiosa le gritó —¡Lárgate!

Se enderezó suspirando. —¿Crees que no hubiera querido estar contigo?

—¡Demostraste que no! ¡Podías haber estado conmigo como antes! ¡Podíamos haber estado juntos sin que lo supieran hasta que cumpliera los dieciocho!

—¡No podía ni mirarles a la cara, Samantha! ¡Me acogieron en su casa y me acuesto con su hija! ¡Tu familia me dio su apellido y mira cómo se lo he pagado!

—Me dejaste sola.

La miró arrepentido. —Lo sé, pero ya no puedo cambiarlo. Y si me das una oportunidad no va a volver a pasar.

—Tuviste diez años y cuando creí que no podías hacerme más daño decidiste confesar.

—¡Quería arreglarlo! Ahora lo entienden y...

—¡Tuviste diez años para arreglarlo de mil maneras! —gritó fuera de sí. Al ver su dolor él se llevó las manos a la cabeza y le dio la espalda. Samantha sollozó—. Vete de mi vida.

—Sé que no lo comprendes. Sé que fui un cabrón contigo. Que estabas sola y confusa. Que pasaste por situaciones horribles tú sola. Pero te juro por mi vida que pensé que hacía lo correcto, nena.

—Pues te equivocaste.

Se volvió para mirarla fijamente. —No me voy a dar por vencido. ¡Ahora ya no!

—¿No te das cuenta? ¡Ya no te quiero en mi vida! ¡Ahora soy yo la que puedo prescindir de ti!

—No digas eso —dijo angustiado—. Lo que hay entre nosotros es mucho más fuerte que todo lo que haya pasado.

—No, no lo es. Solo verte me revuelve las tripas.

—¡Mientes!

Sin saber de dónde sacaba las fuerzas sonrió. —¿Miento? Después de sacar toda la mierda que tenía dentro me he dado cuenta de que dejé de quererte en el mismo momento en que me desangraba en aquel cuarto de baño. —Aaron palideció. —Lo que quedó solo fue el dolor de todo lo que había podido ser. Y ese dolor desapareció con tu traición al contarles a mis padres lo que había ocurrido. Si siento algo por ti en este momento es asco porque fuiste un cobarde.

—Sí que lo fui. Tenía que haber luchado por ti y no pasarme estos últimos diez años simulando que no me importabas.

—¡No solo eres un cobarde sino también un mentiroso! ¡Jamás te importé!

—En eso estás equivocada, nena... Ni te imaginas lo que ansiaba tener noticias tuyas a través de los tuyos.

Le miró con desprecio. —En la boda de David ni me dirigiste la palabra. ¡Bien que te follaste a la dama de honor! ¡Y si me hablabas eras un déspota conmigo!

—¡Quería demostrarte que no me importabas! ¡Y no me acosté con ella!

—Pero hubo otras, ¿no es cierto?

Arrepentido dio un paso hacia ella. —Nena...

—¡Ni se te ocurra tocarme! —gritó mientras se le retorció el corazón. Sabía que había habido otras, pero que se lo confirmara era como una puñalada y su dolor se reflejó en sus ojos.

Aaron apretó los labios. —Creía que seguías con tu vida. ¡Creía que me habías olvidado!

—Y lo he hecho.

—¡Nena, no me mientas! ¡Me di cuenta de inmediato en aquel restaurante! ¡Eres mía y siempre lo serás! ¡Por eso decidí contar todo lo que había ocurrido!

Pálida le miró a los ojos. —Déjame en paz.

—Eso no pasará jamás. Ahora ya no.

Gritó de la rabia y se tiró sobre él golpeándole en el pecho. Aaron la abrazó con fuerza. Intentó resistirse, quiso hacerle daño para que sintiera parte del dolor que había experimentado ella, pero a pesar de la rabia a pesar de la frustración al cabo de unos minutos las fuerzas empezaron a fallarle. Aaron la pegó a su cuerpo y la besó en la frente haciendo que cerrara los ojos. —Lo siento, preciosa. Te juro que lo siento. —Lloriqueó sobre su pecho y él acarició su espalda posesivo. —¿Recuerdas cuando ibas a cumplir catorce años? Me pediste un regalo.

Sonrió recordando ese momento y la cara que puso. —Una Kawasaki.

Él sonrió. —Casi me da un infarto. Solo pensar que te subieras a una moto me ponía de los nervios. Y estuve de los nervios hasta que hablé con tu padre para asegurarme que ni se le ocurriera darte el gusto.

—Me seguiste varios días por si mis amigos tenían moto.

Su mano acarició su espalda hasta llegar a su nuca y tiró de su cabello delicadamente para mirar su rostro. —¿Crees que toda esa preocupación, crees que todo lo que sentía por ti desapareció de la noche a la mañana? Eso es imposible, cielo.

—Ya no confío en ti.

Aaron asintió. —Lo entiendo.

—No te quiero en mi vida.

—También puedo entenderlo.

—¿Pero?

Él sonrió y acarició su sien apartando un mechón de cabello rubio. —Pero tendrás que acostumbrarte porque ya no te dejaré nunca más.

Sus preciosos ojos verdes brillaron y él se agachó. Se inclinó hacia atrás de golpe. —Ah, no.

—¿No? —Carraspeó sin soltarla. —Nena... que ha pasado mucho tiempo.

—¿No me digas? —preguntó mosqueada.

—Sí, y casi ni me acuerdo. —Se inclinó de nuevo y ella se arqueó más hacia atrás pero su pelvis chocó con su sexo y se le cortó el aliento mientras sentía como crecía poco a poco. Él hizo una mueca. —Te deseo, qué puedo decir...

—Esto no será solo sexo, ¿no?

—Si crees que vamos a tener una relación platónica estás muy equivocada —dijo con voz ronca bajando las manos hasta su trasero. Su estómago dio un vuelco por el placer que la recorrió y sin poder evitarlo se acercó lentamente a su rostro hasta que sus labios se rozaron. Fue tan exquisito que cerró los ojos disfrutando de su aliento sobre la delicada piel de sus labios—. Dios... —susurró él antes de apoderarse de su boca. Se sintió como tantos años antes y le recibió deseando cada una de las sensaciones que le regalaba. Él la besó intensamente y sus piernas temblaron, así que sin poder evitarlo se aferró a sus hombros respondiendo con ganas. Aaron apartó sus labios mirándola intensamente —¿Has practicado?

Se sonrojó con fuerza. —¿Qué?

—Da igual —dijo antes de besarla de nuevo ansioso. Ella gimió en su boca y enterró los dedos en su espeso cabello negro. Aaron la cogió por las nalgas elevándola y la sentó sobre el escritorio. Él apartó sus labios y mirándola a los ojos con la respiración agitada susurró —Joder... quiero hacerte el amor. —Besó su cuello. —Me muero por comerte entera.

—Ah, no...

Él se apartó levantando una ceja y Sam se sonrojó. Se moría por acostarse con él, pero algo en su interior le decía que no se diera tanta prisa. —Mejor lo dejamos.

—Samantha...

Pensó rápidamente. —¿Tienes condón?

Gruñó antes de besar sus labios de nuevo. Se incorporó alejándose. —¿Estás bien? —Asintió pasándose las manos por su cabello intentando arreglarse. —Estás preciosa.

Se sonrojó de gusto, pero agachó la mirada algo avergonzada. Decía que no y se moría por sus besos. Un poco de coherencia, Samantha.

—Nena, ¿estás bien?

Ella forzó una sonrisa antes de mirarle a los ojos. —Sí.

La cogió por la cintura y la dejó en el suelo. —¿Qué te parece si vamos a dar una vuelta para ver la casa?

Confundida no sabía qué hacer. Decía que no le quería en su vida y le besaba. Estaba claro que necesitaba ver a su terapeuta. —Pero...

—Quiero ver tu reacción. Vas a tener mucho trabajo porque necesita algunas obras. Está en Upper West Side, ¿sabes? Y tiene tres plantas. A tus padres les ha encantado.

Le miró a los ojos. —También son tus padres.

Él apretó los labios. —Lo sé, pero me siento raro llamándoles así ahora.

Ahí se dio cuenta de lo difícil que todo aquello debía ser para él y se acercó cortándole el aliento. —No des este paso si no estás seguro.

—Nena, te juro que no he estado tan seguro de algo en la vida.

Sus ojos brillaron de la alegría. —¿Tiene jardín?

Él sonrió y cogió su mano. —Por supuesto. Un jardín trasero que te va a encantar, como querías.

—Te has acordado.

—Nena, me acuerdo de cada cosa que me has contado.

Sintió que su corazón se hinchaba en su pecho de felicidad. —¿Y tiene garaje para la moto?

—Ja, ja. Muy graciosa.

Capítulo 6

Sorprendentemente fue como si no hubiera pasado el tiempo y hablaron principalmente de la casa todo el camino hasta allí. Caminando por el salón sus tacones resonaron sobre el suelo de madera. Él sonrió apoyando el hombro en el marco de la puerta. —¿Qué opinas?

Le miró asombrada. —¿Cómo has encontrado esta casa?

—Tengo mis recursos. —Ella levantó sus cejas y Aaron se echó a reír. —Era de un cliente. Llevé su divorcio y no salió nada mal parado.

—Te ha debido salir por un ojo de la cara.

—¿Por qué crees que te he preguntado si te iba bien en el negocio? —Sonrió de medio lado como a ella la volvía loca. —¿Te gusta?

Se acercó a él. —Es enorme. —Pasó ante él para ir hacia el piso de arriba y miró hacia el techo fascinada por la claraboya que había en el hueco de la escalera. Subió los escalones y uno de ellos crujió.

—Eso hay que arreglarlo.

—Tiene mucho carácter.

Subiendo tras ella miró su trasero. —Ajá...

Miró sobre su hombro y se sonrojó. —¡Aaron!

Levantó la vista hasta sus ojos y sonrió con picardía cuando llegaron al primer piso. —Ven, nena... que voy a enseñarte nuestra habitación.

Se echó a reír y sorprendiéndole corrió intentando meterse en una de las habitaciones, pero él la sujetó por la cintura cogiéndola en brazos. Se sujetó en sus hombros y se echó a reír cuando la besó en el cuello. Cuando sus labios llegaron al lóbulo de su oreja gimió de placer. —Es muy pronto.

—O muy tarde, depende de cómo se mire. —Empujó una puerta y ella dejó caer la mandíbula del asombro porque era dos veces su apartamento y tenía tres ventanales que le daban mucha luz. Al ver una cama con las sábanas revueltas le miró interrogante. —Nena, tengo que ahorrar. Esto me ha salido por un pico. —Besó su cuello de nuevo y Sam suspiró de placer. —Dios, que bien hueles. Este perfume es perfecto para ti. —La dejó tumbada sobre la cama y mirándola intensamente se quitó la chaqueta mostrando sus prisas.

Se asustó un poco sin poder evitarlo al ver su mirada de deseo y recordó aquella tarde tantos años atrás. —¿Aaron?

—Nena, déjate llevar... —Tiró de su corbata y se agachó apoyando las manos en la cama para atrapar sus labios, pero ella se apartó rodando y saltando al otro lado.

Él suspiró levantando la vista hacia ella. —Nena...

—¿Tiene baño? —Casi corrió hacia la puerta y cerró de golpe.

—¿Samantha?

—¡Ahora salgo! —chilló medio histérica. Se llevó las manos a la cabeza apartando su cabello rubio y los tatuajes le robaron el aliento. ¿Pero qué estaba haciendo? ¿Se lo había tragado todo con lo que había sufrido? Diez años, diez malditos años en los que se había sentido sola. En los que él había continuado con su vida sin importarle su sufrimiento. Diez malditos años de lágrimas porque no tenía noticias tuyas, sabiendo que vivía muy cerca pero no podía decirle cómo se sentía. ¿Diez años ignorada por el amor de su vida y en cuanto volvía se tiraba a sus brazos como si nada? Realmente había perdido un tornillo.

—Nena, sé que estás confusa. —Sus ojos se llenaron de lágrimas sin dejar de mirar los tatuajes. —Todo esto te ha pillado por sorpresa, lo entiendo. Pero me conoces, me conoces muy

bien. Sabes que no tengo paciencia, pero intentaré tomármelo con más calma, ¿de acuerdo? Es que eres una tentación que he evitado durante años y ahora no me controlo muy bien, pero te juro que lo intentaré. Te daré todo el tiempo que necesites para que vuelvas a sentirte segura a mi lado. Haré lo que haga falta. —Una lágrima cayó por su mejilla temiendo que no podría confiar en él nunca más porque todo lo que había sufrido no iba a borrarse como si no hubiera pasado. —Nena, por favor... Sal y habla conmigo.

—No puedo —dijo angustiada.

—No pasa nada. Abre y hablaremos de esto. No volveré a tocarte.

Se acercó a la puerta indecisa y giró el pestillo. Abrió la puerta lentamente y se miraron a los ojos. Él parecía muy preocupado e iba a alargar la mano cuando debió darse cuenta de que no podía tocarla. Apretó la mano en un puño y vio en su rostro la impotencia. —Ven, preciosa...

—Quiero irme.

—Te llevaré a casa enseguida, pero creo que deberíamos hablar de esto, ¿no opinas lo mismo?

Caminó hasta la cama y nervioso se pasó la mano por su cabello negro. Incómoda se sentó. Sorprendiéndola arrodilló una pierna ante ella y cogió su mano. —Sé que todo lo que ha pasado no te da ninguna confianza. Empezando porque te he dicho que no iba a tocarte y no puedo evitarlo. —Samantha sonrió mirando sus manos unidas. —Pero es que llevo tanto tiempo sin tocarte que es superior a mis fuerzas. —Ella iba a decir algo. —Lo intentaré, preciosa. Te lo juro. Intentaré no presionarte, pero no te cierres a mí. Deja que te demuestre todo lo que te necesito. Porque te necesito, ¿sabes? —Apretó su mano. —Te he echado muchísimo de menos y sé que no lo entiendes, pero para mí decirle a Mathew la verdad fue una liberación. Sé que te hice daño al confesarlo, que te sentiste avergonzada... —Él miró su mano y la volvió mostrando el tatuaje. —Creí que me volvía loco, preciosa. Cuando papá me llamó para decirme lo que habías hecho, creí que había perdido lo mejor que he tenido en la vida. —Una lágrima rodó por su mejilla y cayó en la palma de su mano. —Intento reparar el daño. Intento que seamos felices. —Limpió la lágrima con el pulgar antes de levantar la vista hacia ella. —Dime que puedo hacerte feliz.

—Sólo he sido feliz a tu lado.

Aaron la abrazó a él. —Gracias, nena.

Se abrazó a él y enterró la cara en su cuello. Él acarició su espalda y susurró —Está claro que tengo que pillarte desprevenida. En el despacho estabas algo más receptiva.

Se echó a reír contra su cuello y se apartó para mirar sus ojos. —Tengo hambre.

—Pues vamos a cenar. Lo celebraremos. Tenemos mucho que celebrar.

Apretó su mano. —Celebrémoslo aquí.

Aaron sonrió. —Muy bien. —Se incorporó para tirar de sus manos. —Ven que te enseñe la cocina.

—¿Vas a hacerme cocinar?

—Nena, no sabes cocinar.

Levantó la barbilla orgullosa. —Claro que sí, solo que no me gusta.

Riendo la cogió por la cintura para besarla en la sien. —Preciosa siempre has mentido fatal.

Sonriendo recordó la maravillosa noche que había pasado. Habían cenado la comida china que Aaron había pedido y no habían dormido tumbados en el colchón hablando durante horas, pero había merecido la pena cada minuto a su lado. Albert dejó un listado ante ella, pero ni se dio cuenta y su amigo sonrió cruzándose de brazos. —Ha debido ser una noche de sexo increíble.

Le miró sorprendida. —¿Qué?

—Se nota que es un hombre que te deja temblando en cuanto te pone una mano encima. —

Samantha se sonrojó. —Uy, ha debido ser la leche. —Se sentó ante ella. —Cuenta, cuenta... Esos detalles morbosos me divierten mucho.

—No pasó nada. —Parpadeó como si no se creyera una palabra. —En serio, solo hablamos.

—¿Estás con un hombre así y no te lo comes vivo? —preguntó escandalizado. Samantha se puso como un tomate—. Y más después de haberlo catado. Madre mía, hija... que aguante tienes.

—Es que no quiero precipitarme.

—Llevas diez años sin sexo. ¿Precipitarte?

—Muy gracioso.

—¿Y qué vas a hacer con Ben?

Gimió porque ni había pensado en él un solo minuto. —Pues tengo que despacharle... —Su amigo carraspeó. —Ha sonado fatal, ¿no?

Albert sonrió malicioso. —¿Y si sales con él esta noche?

—¿Estás loco? A Aaron le da al... —Sonrió divertida. —Entiendo.

—Un poco de competencia no le va a venir nada mal. Lo ha tenido muy fácil. Ayer solo le soltaste cuatro gritos y dos lágrimas. Tiene que sufrir un poco.

—Me sentiría mal. Hablo por Ben.

Su amigo se echó a reír. —Bah, solo sois amigos. ¿Cuatro besos? Eso no es nada. Además después de tantas citas sin llegar a nada no puede esperar que te cases con él.

Se sonrojó ligeramente. —Tienes razón. Por una cita más...

—Esa es mi chica. Hala, ya le estás llamando.

Estaba hablando con un proveedor cuando le sonó el móvil y distraída miró la pantalla para ver un número que no conocía. —Te llamo luego, John. Me llama un cliente.

—Pues vete pensando en cambiar esa tela porque no la hay en stock.

—Sé que no me defraudarás —dijo antes de colgar y coger el móvil a toda prisa—¿Sí?

—Hola nena, ¿me echas de menos?

Sonrió sin poder evitarlo. —¿Me llamas desde el despacho?

—Sí, así que grábalo en la memoria porque a partir de ahora te llamaré mucho desde aquí. Casi ni he podido concentrarme en todo el día y la culpa es toda tuya.

—Pues yo he adelantado mucho trabajo.

—Muy graciosa. Tengo una sorpresa para esta noche.

Su corazón dio un bote en su pecho e hizo una mueca porque se moría por saber lo que era. —¿Esta noche?

Hubo un silencio al otro lado de la línea. —Sí, he reservado mesa en un sitio muy romántico. ¿Ocurre algo?

—Oh, es que Ben tiene entradas para la ópera. Y ya sabes lo que me gusta.

—¿Ben?

—Llevo saliendo con él un tiempo.

—¿Ben? —preguntó más alto haciendo que casi se le escapara la risa.

—Sí, le conocí en el gimnasio. ¿No te había hablado de él? Ah, no que se lo dije a mamá...

Carraspeó al otro lado de la línea y ella apartó el móvil. —Vamos a ver nena... ¿Estamos saliendo?

—¿Lo estamos?

—¡Sí! ¡Lo estamos!

—Ah...

—Si te he comprado una casa —dijo asombrado—. ¡Y te he pedido matrimonio!

—No, eso lo diste por hecho.

—Pues eso.

—Pero no me lo has pedido.

Escuchaba desde allí como le rechinaban los dientes. —Porque esperaba a que estuvieras más receptiva.

—Pues muy bien.

—¡Cómo que muy bien! ¡No puedes salir con otro tío!

—¡No es otro tío, es Ben!

—La madre que me... —Él respiró hondo. —Nena, vamos a casarnos.

—Pero para eso queda mucho. Primero tengo que confiar en ti, puede que después haya algo de sexo...

—¿Cómo que puede? —preguntó de los nervios.

—No me interrumpas. Después si me pides matrimonio y yo te digo que sí entonces habrá algo tangible, pero de momento no lo hay.

—¿Que no hay nada tangible? —preguntó entre dientes—. Espera, nena. ¡Qué voy para allá y hablamos de lo tangible que es nuestra relación!

—No vengas que me tengo que ir. —Miró su reloj. —Prepararme para la ópera lleva su tiempo. Te llamo mañana.

—Nena, ni se te ocurra... —Colgó antes de que le soltara cuatro gritos y Albert sentado frente a ella sonrió.

—¿Qué tal?

—Lo has hecho estupendamente.

Su teléfono volvió a sonar y reprimió la risa cuando vio que era el móvil de Aaron. —No se lo cojas. Que se cocine en sus celos.

—Eso ha sonado muy peliculero. —Descolgó levantándose. —¿Diga?

—¿Todavía estás en el despacho?

—Claro. —Cogió su bolso y le guiñó un ojo a Albert que rio por lo bajo. —Pero ya salgo.

—Espera nena que tengo algo que...

—¿No puede esperar hasta mañana?

—¡No! ¡No puede! —Escuchó como silbaba lo que indicaba que estaba en la calle llamando un taxi. Sí que se había dado prisa.

—Cielo, tengo mucho que hacer... Estoy en el ascensor. —Escuchó las carcajadas de Albert tras ella y le advirtió con la mirada mientras su amigo salía del despacho y cerraba con llave.

—Muy bien, pues te veo en tu casa.

—¿Sabes dónde vivo? Porque esta mañana no me llevaste.

—¡Quisiste irte en taxi! ¿Y cómo no voy a saber dónde vives?

—Como nunca has ido...

Albert asintió pulsando el botón del bajo. —Nena, cómo iba a ir... ¡Pero ahora sí que voy!

—¡Pero si tengo mil cosas que hacer!

Él colgó el teléfono y miró asombrada a Albert. —Que va hacia mi casa.

—¿Sabe que te mudaste después de las vacaciones?

Soltó una risita negando con la cabeza. —No lo sabe ni mi madre...

Albert se echó a reír con ganas. —Se va a llevar una sorpresa.

—Pues sí.

Estaba saliendo de la ducha cuando le sonó el móvil y se puso la toalla alrededor de la cabeza tranquilamente antes de cogerlo. —¿Si?

—Te has mudado...

—Claro. Después de que todo el vecindario se enterara de mi pequeño desliz no tenía ganas de verles la cara.

—¿Y dónde vives ahora, preciosa?

—Mejor no te lo digo. Me da que estás algo enfadado.

—¿Enfadado? —Sus dientes chirriaron. —No, qué va. Es que tenemos mucho que hablar.

—Y ya te he dicho que tengo mucho que hacer —dijo como si fuera muy pesado—. No me agobies.

—¡Así que te agobio!

—Mira, hablamos mañana que no quiero discutir. —Colgó el teléfono y sonriendo encantada fue hasta su habitación para sacar el vestido plateado con la espalda al descubierto que solo se había puesto una vez en una Nochevieja. Era perfecto para la ópera.

Se maquilló mucho más de lo normal, sobre todo los ojos, y cuando terminó parecían mucho más grandes. Su cabello liso como una tabla estaba sobre su hombro y se giró para asegurarse que las tiras de la espalda estaban en su sitio. Menos mal que estaba morenita de los fines de semana que se había ido a la playa. De puntillas para no pisar el vestido fue hasta sus sandalias plateadas y se las puso a toda prisa. Estaba metiendo la barra de labios en el bolso cuando se escuchó el timbre de la puerta. Corrió hacia ella y abrió con una sonrisa en los labios. Se quedó de piedra al ver allí a Aaron con una cara de mala leche que no podía con ella. —¿Cómo te has enterado...?

—¿De dónde vives? —Entró en la casa dando un portazo. —¡Pues llamando al administrador de tu antigua casa! ¡Le diste la nueva dirección para el correo!

Mierda. —Cariño, Ben está a punto de llegar y...

—Y me importa una mierda. —La miró de arriba abajo gruñendo cuando vio las uñas de sus pies pintadas de rojo. —Nena, estás preciosa.

Sonrió radiante. —Gracias. —Se volvió para coger las llaves del bolso que llevaba al trabajo y él al ver su espalda lo vio todo rojo. Ella se volvió y sonrió de oreja a oreja. —¿Cómo te ha ido el día?

Se pasó la mano por el cabello antes de poner los brazos en jarras. —¡Bien hasta que me he enterado de que vas a salir con otro!

—Bueno, salir, salir... Vamos a la ópera.

—Con otro.

—Son entradas de Tosca.

—¡Ahora me quedo más tranquilo!

—¿Estás celoso? —preguntó aparentando asombro.

—No, qué va. —Se acercó a ella. —Vamos a ver, preciosa... —Ella sonrió aún más. —¡No puedes salir con él! —le gritó a la cara.

En ese momento escucharon el timbre de la puerta y él gruñó yendo hacia allí como si fuera a la guerra. Abrió la puerta y Ben guapísimo con su smoking le miró confundido. Aaron la fulminó con la mirada. —¡Es guapo! ¡Y rubio!

—Siempre has dicho que tengo buen gusto. —Sonrió a su cita. —Ben, llegas justo a tiempo.

—¿De veras?

—Mil pavos por las entradas. En efectivo —dijo Aaron dejándola de piedra.

Ben les señaló. —¿Qué está pasando aquí?

—Nada —dijo ella con los ojos como platos todavía.

—Dos mil.

—¡Aaron déjalo ya! —Pasó ante él, pero Aaron la cogió por la muñeca tirando de ella hacia atrás.

—Ah, que eres su hermano. —Ben sonrió alargando la mano.

—¿Le has hablado de mí?

—Bueno, me preguntó si tenía hermanos y... —Se puso como un tomate. —Algo le conté.

—Encantado, Ben Stilton.

—No somos hermanos de sangre —dijo entre dientes mirando su mano extendida como si fuera una cobra.

—Ya, pero eres su hermano adoptivo, ¿no? —preguntó confundido.

—¡Sí! Dos mil quinientos.

—No, si te las regalo. Si tienes tanto interés en ir...

—Soy un apasionado de la ópera —dijo dejándola con la boca abierta. Ben sacó las entradas del bolsillo interno de la chaqueta y él se las arrebató—. Gracias. Eres de lo más amable. No esperes su llamada —dijo antes de cerrarle la puerta en las narices. Se volvió y sonrió de oreja a oreja—. ¿Nos vamos?

—¡No me lo puedo creer!

—¡No esperarías que me quedara de brazos cruzados!

—¡Odias la ópera!

—Qué va. ¡Si me encanta!

Viendo de reojo como Aaron dormía con la boca abierta reprimió la risa. Cuando la soprano soltó un gorgorito se sobresaltó mirando a su alrededor como si no supiera donde estaba. Ella disimuló una risa mirando al frente y le escuchó suspirar. —Nena, ¿queda mucho?

—Shusss... —dijeron a su alrededor.

Aaron cogió su mano y miró hacia el escenario. Cuando acarició con el pulgar el dorso de su mano le miró de reojo y él se acercó para susurrar —Esto me encanta.

—¿De verdad? —dijo en voz muy baja mirando sus ojos.

Se acercó a su rostro y rozó sus labios. —Solo por esto todo merece la pena.

Su corazón se calentó en su pecho y sonrió. —¿Nos vamos?

—Creí que no lo dirías nunca.

Rio por lo bajo y agachados como podían salieron intentando molestar lo menos posible. Al salir del teatro él la cogió por la cintura. —Hubiera aguantado, ¿sabes?

—Cariño, llevábamos allí diez minutos y ya estabas roncando.

La miró indignado haciéndola reír. —¿Diez minutos?

—Y he sido generosa. Todavía estábamos en el primer acto.

—Recuérdame que me ponga eso cuando me cueste dormir.

—Te lo recordaré. —Caminaron por la acera en silencio y le miró de reojo. —Me lo hice, ¿sabes? —Él la miró sin comprender. —El tatuaje...

Se la comió con los ojos. —Y estoy deseando verlo. ¿Sigues tocando?

—No, hace tiempo que no toco. Y no me hice el violín con el pentagrama... Me lo hice en ese sitio, pero no me hice ese.

—¿Y qué te has puesto? —preguntó asombrado.

Sus ojos brillaron. —¿No estabas deseando verlo?

Él silbó levantando el brazo para llamar a un taxi. Riendo se subió al coche con él detrás. En cuanto le dio la dirección al chófer pasó un brazo por sus hombros. —¿Me das una pista?

—Tienen garras.

La miró con horror y se echó a reír a carcajadas. —Nena, ¿eso se borra?

—No voy a borrarlo, me encanta.

—Cada segundo que pasa estoy más impaciente por verlo. —Comiéndosela con los ojos besó sus labios con suavidad antes de profundizar el beso. Ella abrazó su cuello disfrutando de él y se besaron entregándose el uno al otro. Cuando acarició su muslo apasionado suspiró de placer y él se apartó para mirar sus ojos. —Espero que no sea un león o algo así.

—¿Una pantera?

—Eso es mucho más sexy.

Se echó a reír y el taxi llegó en ese momento. Aaron pagó al taxista por la ventanilla mientras ella salía del vehículo. Subieron los escalones de su casa y él abrió la puerta dejándola pasar. Aaron vio unas cartas en el suelo y se agachó recogiéndolas. —Tengo que arreglar este buzón. Nena, ¿cuándo crees que podrás ponerte con la casa? —Como no contestó levantó la vista y dejó caer las cartas al ver su cuerpo desnudo. Solo con las sandalias puestas subió los escalones y la luz de la luna que entraba por la claraboya mostró la bandada de palomas minúsculas que salían de una hoguera que estaba en la parte alta de su muslo. Tragó saliva al ver como los pájaros volaban por su firme trasero. Ella miró sobre su hombro y él cerró de un portazo comiéndosela con los ojos. —¿Te gusta?

Se quitó la chaqueta lentamente. —Una versión interesante del ave Fénix.

Sonrió llegando arriba y dio la vuelta a la esquina yendo hacia la habitación. —Siempre has sido muy listo.

Subió los escalones tras ella. —¿Cuántas palomas hay?

—Diez.

Él levantó una ceja tirando de su corbata. —Preciosa ¿estás segura? Mejor te las cuento... — Su risa desde la habitación le hizo sonreír y cuando entró se le cortó el aliento porque se la encontró tumbada en la cama. La luz de la luna mostraba el contorno de su figura. —Nena, no pensarás que vamos a dormir, ¿verdad? —preguntó con voz ronca.

—Claro que sí. En algún momento. —Se apoyó en su codo y dijo —Desnúdate. Quiero ver el tuyo.

Los ojos de Aaron brillaron. —¿Cómo sabes que tengo uno?

—Porque lo hablamos. Pero no te decidías. —Él se desabrochó la camisa y al quitársela mostró su tatuaje en el brazo izquierdo. A Samantha se le cortó el aliento al ver una niña en un columpio. Tenía la melena sobre la cara como si lo hubiera azotado el viento y sus pies desnudos estaban cruzados. Asombrada levantó la vista hasta sus ojos. —Soy yo.

Tiró la camisa al suelo y llevó sus manos a su cinturón de cuero. —Siempre me gustó esa foto.

—Me la hiciste en la casa de los Hamptons antes de que mamá la vendiera. —Cuando dejó caer sus pantalones al suelo mostrando su masculinidad no sintió ninguna duda y alargó la mano para acariciar la piel que rodeaba su ombligo. Notó como los músculos se tensaban por su contacto y se acercó a ella para agacharse y atrapar sus labios justo antes de tumbarse sobre ella. Su cuerpo chilló de felicidad al sentir su piel contra la suya.

Él apartó su boca y se miraron a los ojos. —Nunca he olvidado aquella vez.

—Ni yo. —Acarició su mejilla hasta llegar a su cuello y elevó su rostro para besar su labio inferior.

—Fue rápido. —Él sonrió con tristeza. —Ni siquiera nos desnudamos del todo.

—Fue perfecto.

Él agachó su rostro para mirar sus pechos. —Nena, los años te han sentado muy bien. —Su mano acarició uno de sus senos y ella gimió de placer cuando su pulgar rozó su pezón

endurecido. Viendo el placer en su rostro se agachó y pasó la lengua por él haciendo que gritara de necesidad. —Esta vez sí que será perfecto, preciosa —dijo con voz ronca antes de meterse el pecho en la boca y chupar con ansias. Ella gritó arqueando su espalda clavando las uñas en sus hombros al intentar aferrarse a algo. Aaron cogió sus muñecas poniéndoselas a ambos lados de su rostro antes de que su boca fuera a su otro pecho para atrapar su pezón entre sus dientes tirando de él suavemente. Fue como si la traspasara un rayo y gritó sintiendo que se quedaba sin aire. Ni supo cuánto tiempo adoró sus pechos antes de que sus labios bajaran hasta su ombligo. Retorciéndose de placer gimoteó cuando su lengua lo rodeó sintiendo que la sangre hervía en sus venas mientras su interior lloraba de necesidad. Totalmente tensa ni se dio cuenta de cómo descendía y la sujetaba por las caderas antes de que su lengua recorriera sus húmedos pliegues. —Uhhh, deliciosa... —susurró mientras ella gritaba de placer intentando alejarse. Él la sujetó con firmeza y sonrió malicioso—. ¿Te ha gustado? Pues acabo de empezar. —Sacó la lengua y lamio de nuevo haciendo que temblara de arriba abajo. Creyendo que su cuerpo se partía en dos solo pudo lloriquear por el placer que la recorría una y otra vez. Era una tortura, pero a la vez necesitaba más, mucho más, así que cuando sintió sus labios rodeando su clítoris fue como si todo a su alrededor explotara liberando su corazón.

Él suspiró tumbándose a su lado y maravillada aún sin recuperarse dejó que la abrazara. Cuando volvió en sí abrió los ojos dándose cuenta de que estaba sobre su pecho. —¿Tú no te has...?

—Nena, solo de ver cómo te corrías no he podido retenerme.

—Ah...

—Como te dije ha pasado mucho tiempo —susurró acariciando su espalda.

Ella levantó la vista hacia él. —¿Y cuánto tardas en recuperarte?

Aaron reprimió la risa y cogió la mano que estaba sobre su pecho para bajarla lentamente por su torso hasta su sexo que revivió por su caricia haciendo que Samantha abriera los ojos como platos. —Mi mano es mágica.

Él se echó a reír. —¿Y qué más puede hacer?

—No sé. Déjame ver... —Se sentó a horcajadas sobre él mirándole a los ojos y a Aaron se le cortó el aliento cuando sintió como cogía su sexo para acariciarlo contra el suyo.

Se tensó con fuerza y la sujetó por las caderas. —Joder...

—¿Te gusta, amor? —Sintiéndose poderosa se lo metió dentro y se dejó caer de golpe. Ambos gritaron de placer y Samantha tuvo que apoyar las manos en su pecho. Se levantó lentamente disfrutando de sentirle y se dejó caer de nuevo. Aaron apretó sus dedos en su cadera gimiendo de placer. En una neblina volvió a elevarse dejándose llevar por su necesidad y poco a poco fue acelerando el ritmo hasta que cada fibra de su ser se tensó. Clavó las uñas en su pecho y Aaron la cogió por los brazos tirando de ella hacia su cuerpo y tumbada sobre él Aaron tuvo que elevar sus caderas. Él movió la pelvis tan fuerte, tan contundente, que Sam gritó de placer hasta quedar sin aliento cuando su ser al fin llegó a la liberación.

Tumbada sobre su pecho sintió su corazón acelerado y Aaron acarició su espalda. —Quiero que me des un hijo. —Se le cortó el aliento abriendo los ojos. —Sé que es muy pronto.

—Lo es.

Él acarició su espalda estremeciéndola. —Nena, te llevo diez años. Siempre has querido ser madre.

—No corras tanto. —Aaron apretó los labios y la volvió tumbándola en la cama para mirar sus ojos. —Dijiste que no me presionarías.

—Y no lo haré. Pero piénsalo, ¿quieres?

—Ni nos hemos casado.

Él sonrió. —¿Me estás pidiendo matrimonio?

Se sonrojó y él se echó a reír. —Muy gracioso. —Acarició su cuello.

—¿Lo que ocurrió te impide tenerlos?

Negó con la cabeza y él suspiró del alivio. —Joder, nena... No sabes cómo lo siento.

—Fue un alivio —dijo algo avergonzada—. Creerás que soy horrible.

—No, preciosa. Era una situación muy difícil y lo entiendo. —Vio en sus ojos el miedo. —
Ahora sería muy distinto. Estamos juntos.

—Nuestros padres...

Él apretó los labios. —Ellos no son nosotros.

—Se querían y se divorciaron.

—¿Crees que va a pasarnos eso?

—Ahora no nos conocemos.

Aaron sonrió y acarició su sien. —Pues creo que te conozco muy bien.

—¿Entonces si me conoces bien por qué lo hiciste?

Él se tensó —Hubieras sido muy buena abogada. —Suspiró tumbándose a su lado. —Ya te lo he explicado. Sería repetir lo mismo una y otra vez. Creí que era lo mejor, para todos. Me equivoqué y no puedo estar disculpándome una y otra vez.

—No pretendo eso —susurró mirando el techo.

—Nena, tenemos otra oportunidad. Está en nuestras manos si funciona o no. Te aseguro que yo pienso hacer lo que sea necesario.

Ella sonrió. —Tener un hijo no va a solucionar nuestros problemas.

—No, pero nos dará mucha felicidad.

—Lo pensaré.

—Pues piénsalo rápido porque no me esperaba que te pusieras a cabalgar y no me he puesto nada. —Se puso como un tomate y él se echó a reír cogiéndola por la cintura para acercarla. —
Así que si lo estás ya es totalmente culpa tuya.

—Muy bonito. —Acarició su pecho. —¿Algún día podré dejar de tocarte?

—Espero que no, nena... porque entonces sí que tendremos un problema.

Capítulo 7

Entró en la casa de su madre y la miró de arriba abajo. Llevaba unas mallas de yoga. —
¿Interrumpo una clase?

—Claro que no. Pasa, pasa —dijo ansiosa cerrando la puerta—. No te esperaba.

—Vengo de la terapia y me animé a venir.

—Eso es estupendo. ¿Y cómo va?

Hizo una mueca. —Bethany está contenta.

—¿Quieres un café?

Asintió y la siguió hasta la cocina. Se sentó a la mesa dejando su bolso a un lado y su madre se puso a preparar el café. —Es estupendo que la doctora crea que vas mejor.

—Estoy con Aaron. —Su madre se volvió para mirarla sorprendida e hizo una mueca. —Lo que le preocupa es que algo salga mal y vuelva a caer en el pozo.

—¿Estás con Aaron de estar con Aaron?

Sonrió porque parecía que le hacía ilusión. —Sí.

—Vaya, ha avanzado mucho. Cuando compró la casa creí que había perdido un tornillo.

—Veo que te alegras.

—Mucho. Si os hace felices es una noticia estupenda.

—¿Pero?

—Pero si la terapeuta teme una recaída...

Apretó los labios. —Al parecer debo confiar en él y en que todo salga bien. Si me pego una leche tengo que aprender a afrontarlo. En la vida no hay garantía de nada.

—Eso es cierto. —Su madre sirvió las tazas de café y se acercó con ellas a la mesa. —Me alegro por vosotros. —Se sentó ante ella. —¿Por qué has venido? ¿Qué es exactamente lo que te inquieta? —preguntó preocupada.

—Venía a disculparme. —La miró sin entender. —Ayer casi no pegué ojo pensando en ello y no tenía derecho a meterme en tu relación con papá.

—Claro que tenías derecho. Estabas en medio de una guerra. Tienes todo el derecho del mundo a decir lo que piensas. Y tenías razón. Teníamos demasiado detrás como para que lo nuestro funcionara.

Agachó la mirada sintiendo que sus ojos se llenaban de lágrimas. —No quería haceros daño.

—Eh... Cielo, lo sabemos. —Alargó la mano y cogió la suya. —Sabemos que nos quieres y que lo que no deseabas era que sufriéramos. No tienes que disculparte por nada.

La miró a los ojos. —¿Eres feliz?

Forzó una sonrisa. —No puedo negar que hubiera dado lo que fuera porque funcionara, pero ambos cometimos demasiados errores como para superarlo. —Agachó la mirada de nuevo. —Temes que lo vuestro no funcione por los errores que ha cometido Aaron, ¿no es cierto?

—No dejo de darle vueltas a que si yo no hubiera intentado suicidarme, él no hubiera movido un dedo por mí.

—Le conté a tu padre lo que había ocurrido en el pasado y creo en sus razones para hacerlo. Y eso fue antes de que decidieras acabar con todo —susurró. Ingrid apretó los labios—. Ya veo, crees que esas no fueron sus razones para confesarlo todo.

—Era tan frío conmigo antes de eso. Me ignoró totalmente hasta que sucedió lo de vuestra relación. Hasta que intentó convencerme para que os apoyara no le importaba.

—Cielo, nunca has dejado de importarle. —La miró sorprendida y su madre sonrió con ternura. —Cuando me llamaba por teléfono solo preguntaba por ti.

Se le cortó el aliento. —No me lo habías dicho.

Su madre suspiró. —Cuando nos divorciamos creí que había tomado partido por Mathew, y te juro que lo entendí. Siempre han sido uña y carne, así que no vi extraño su alejamiento sobre todo porque cuando sucedió el divorcio, él ya no vivía en casa. Me extrañó que se alejara de ti, pero pensaba que la vida que ambos llevabais también influía en vuestro alejamiento. Después te fuiste a la universidad y suponía que era lógico que cada uno tuviera su vida. Así que no me pareció extraño cuando empezó a preguntarme por ti, por cómo te iba. Nunca has dejado de importarle. —Rio por lo bajo. —No veas el cabreo que se pilló cuando le dije que no estudiarías derecho. Creo que quería que trabajaras en el despacho. Al menos así te tendría cerca. En el fondo tenía la esperanza de que todo cambiara si ibas a trabajar allí.

—¿De veras crees eso?

—Totalmente.

—Podía haberme hablado en la boda de David. Podría haberme llamado.

—¿De veras?

—No te entiendo.

—Cielo, tú tampoco le dirigiste la palabra en esa boda. Es más, te mostraste arisca con él. Creía que era porque se había puesto del lado de tu padre, pero había mucho más detrás.

—Estaba enfadada porque no me hablaba.

—¿Qué estás haciendo, cielo?

—No te entiendo.

—¿Sabes por qué quise volver con tu padre? Porque mi corazón vuela a su lado. Es el amor de mi vida y sé que yo soy el suyo. Nos amamos, pero no nos entendemos. ¿Estás buscando una excusa para no entenderte con él?

Se sonrojó. —Estoy loca, ¿no es cierto? —Hizo una mueca. —Al parecer necesito muchas más sesiones con Bethany.

—No cielo, no estás loca. Solo quieres meterte en tu caparazón porque allí estás segura y no sufres. Pero no solo no sufres, tampoco sientes. Y tienes que sentir. Tienes que vivir y experimentar la alegría y el dolor que nos da la vida. Quiero que seas feliz y para eso hay que arriesgarse. Arriesgar sentimientos puede dar vértigo, pero la recompensa puede ser maravillosa. Yo pasé al lado de tu padre los mejores veinte años de mi vida y ese matrimonio nos dio lo mejor que tendré nunca. A vosotros. No todo fue malo. Tú tienes esos años de dolor muy presentes, pero yo pienso a menudo en todos los años de felicidad.

—¿Volverías a intentarlo?

—Una y otra vez si con ello tengo cinco minutos de felicidad a su lado. Porque solo a su lado soy plenamente feliz.

Emocionada se le cortó el aliento. —Eres muy valiente. —Su madre bebió de su taza. —¿Os alejasteis de nuevo por mí? ¿Por lo que hice?

Ingrid dejó la taza sobre la mesa pensando en ello. —No voy a negar que fue un shock lo que ocurrió con Aaron y contigo. Y el resultado de su confesión fue traumático. Pasamos mucho miedo.

—Lo siento —susurró mientras las lágrimas caían por sus mejillas.

—No fue culpa tuya. Fue culpa nuestra por ser unos ciegos egoístas. Tu padre y yo no discutimos, ¿sabes? Decidimos alejarnos un tiempo porque teníamos que digerir lo que habíamos hecho.

—¿Y ahora cómo os va?

—Tenemos una confianza que no habíamos tenido nunca. Quién sabe lo que ocurrirá en el

futuro. Quizás todo esto nos da la relación sana que debimos tener desde el principio en lugar de discutir por tonterías o buscar excusas para enfadarnos porque era la única manera que teníamos de comunicarnos.

—Me estás diciendo que disfrute del momento y no rebusque en el pasado para discutir y alejarme de él.

—Exacto. —Le guiñó un ojo. —¿Te ha pedido ya matrimonio?

Se sonrojó con fuerza. —Lo ha dado por hecho, pero no, no me lo ha pedido de la manera tradicional.

—No tardará mucho.

—No tiene paciencia —dijeron a la vez.

—Me ha pedido que tengamos un hijo.

Los ojos de su madre brillaron de la ilusión. —Por lo que veo está entregándose al cien por cien. ¿Demasiado rápido?

—Sí. Como has dicho da vértigo.

—Solo puedo aconsejarte que disfrutes del momento y si llega un punto en que no os entendéis, tendrás los recuerdos que seguro que serán maravillosos. ¿Quieres perderte esos momentos?

—No.

Ingrid sonrió. —Esa es mi chica. Sabía que con lo valiente que eres no te ibas a dar por vencida. ¿Qué tal un poco de tarta de chocolate?

Gimió de gusto. —Te quiero.

Su madre la miró emocionada porque volvía a ser la de antes. —Y yo a ti, mi niña.

—A la derecha. No, un poco menos. Cariño, no tanto.

Aaron dejó la mesa de centro en el suelo y la miró exasperado. Ella forzó una sonrisa. —¿Demasiado pesada?

—Nena, ¿qué más da que esté ahí o aquí? ¡Son dos centímetros!

—Visualmente dos centímetros son importantes. —Levantó la barbilla orgullosa. —Mi casa debe estar perfecta. —Él se dejó caer en el carísimo sofá que había conseguido a mitad de precio y esta entrecerró los ojos. —¿Me estás provocando, Wallace?

—Ven, nena... Vamos a estrenarlo —dijo mirándola con picardía.

Se echó a reír y corrió hasta él tirándose encima. Aaron gimió. —Nena, ¿pesas más que ayer?

—Diez kilos por lo menos. —Acarició su cuello sentándose a horcajadas sobre él.

—Voy a tener que decirle a la señora Bishop que no haga esas cenas porque te lo comes todo.

—Me haces gastar muchas energías. —Sus ojos brillaron de la alegría. —Ya llevamos un mes.

—Un mes perfecto. —La besó suavemente en los labios. Cuando se apartó se la quedó mirando y ella levantó sus cejas rubias. —¿Esperas algo, preciosa?

—¿Yo? —preguntó haciéndose la tonta, aunque la verdad es que llevaba un mes esperando que se le declarara y nada. Y estaba empezando a impacientarse.

Él reprimió la risa. —La casa está quedando muy bien. —Bufó haciendo que él riera por lo bajo. —Nena, ¿qué te ocurre?

—¡No, qué te ocurre a ti! ¿Dónde está mi anillo? —casi le gritó a la cara perdiendo la paciencia. Aaron se echó a reír a carcajadas y ella gruñó entrecerrando los ojos—. Te lo estás pasando en grande, ¿no?

—Quisiste que fuera despacio.

—No tanto... ¿Lo has comprado siquiera?

—Así que quieres casarte.

Se sonrojó ligeramente. —¿Me lo estás pidiendo?

—Claro que sí, nena.

Emocionada le abrazó. —¡Por fin! Ya puedo decirle a papá que ahorre la pasta para la boda.

Riendo la besó en el cuello antes de alejarla para mirarla a los ojos. Impaciente alargó la mano. —Ah, que quieres el anillo.

—Pues sí —dijo como si fuera lo más evidente del mundo.

—¿Recuerdas todo lo que te gustaba jugar al escondite?

—¿Cuándo tenía cinco años?

—¿Y ahora no te gusta? —Sonrió malicioso. —El día que fui a verte a tu despacho ya lo tenía todo preparado, nena. El anillo ha estado en un lugar de la casa desde hace un mes esperando a que te lo pongas. —Dejó caer la mandíbula del asombro mientras él reprimía la risa. —Todavía no puedo creer que no lo hayas visto. Así que tendrás que buscarlo.

—¿Ha estado en la casa todo el tiempo? —chilló saltando de su regazo.

—Exactamente. En un lugar de la casa. Suerte en tu búsqueda.

Ella pensó en ello. —Esto está chupado —dijo antes de salir corriendo y subir los escalones a toda prisa. Él la siguió para observarla. Cuando la vio revisar la parte de debajo de la cama se echó a reír y más cuando se metió buscándolo. Al salir se sacudió la camiseta—. Hay que decirle a la señora Bishop que pase la mopa. —Corrió hasta el baño, pero salió a los dos minutos mirando a un lado y otro muy concentrada. —No podías creer que no lo hubiera visto todavía, así que paso a menudo a su lado.

Él levantó sus cejas morenas. —¿Quieres una pista?

—¡La cocina!

Corrió escaleras abajo, pero se detuvo en medio para volverse. —La cocina está reformada entera.

—Entonces no estará allí.

Se mordió el labio inferior pensando en ello y acarició la barandilla. Habían pintado y empapelado algunas habitaciones, así que en las paredes no estaba y antes la casa estaba vacía así que no estaba en cajones. Los suelos habían sido pulidos y los techos pintados. —¿No estará en el desván? Ahí no me meto.

Él se echó a reír a carcajadas por su cara de indignación. —Nena, lo tienes tan cerca que te quemaría.

Miró a su alrededor, pero no lo veía por ningún sitio. Se agachó para mirar la barandilla por debajo cuando un brillo le cortó el aliento. Se incorporó acercándose a la barandilla y alargó la mano. De la claraboya colgando de un hilo de pescar estaba su anillo y lo cogió con cuidado como si fuera lo más delicado del mundo para ver emocionada que era un solitario en talla brillante. Perfecto, el anillo que siempre había querido. Él se puso a su lado. —¿Te gusta, nena?

Sus ojos llenos de lágrimas le mostraron que sí y él alargó la mano tirando del hilo. Se echó a reír cuando se lo puso en el dedo y el hilo quedó colgando. —Cásate conmigo, mi amor.

Le miró a los ojos y le abrazó. —¡Sí, sí!

—No puedes hacerme más feliz.

—Claro que sí, espera ocho meses y ya verás como sí.

La apartó para mirarla a los ojos. —¿Estás embarazada?

Sonrió radiante. —¿Quieres niño o niña?

La abrazó a él y cerró los ojos. —Joder nena, me da igual. Solo quiero que estéis bien.

—Estaré bien mientras estés a mi lado.

Albert puso los ojos en blanco cuando la vio comer el pastel de pasas como si se lo fueran a quitar de la mano en cualquier momento mientras miraba vestidos de novia en una revista. —Apúntate una talla más si lo compras por correo.

Le miró indignada. —Estoy embarazada, puedo comer lo que quiera.

—Sí, eso díselo a tus invitados cuando vean una bolita envuelta en tul blanco rodar por el pasillo y arrollar al novio en su prisa por cazarlo.

—Ja, ja. —Soltó una risita. —Serás malo.

Su amigo levantó el periódico y casi se atraganta al ver una foto suya con Aaron. —Sales en el Times —dijo divertido.

—Pero... —Se levantó y le arrebató el periódico. —¡Es el anuncio de la boda! Esto es cosa de mamá, seguro. —Sonrió ilusionada. —Los señores Wallace tienen el orgullo de anunciarles la boda de su hijo adoptivo Aaron Martin Wallace con su maravillosa hija pequeña Samantha Rose Elizabeth Wallace que se celebrará el veintiséis de octubre en la iglesia Saint Thomas a las cinco de la tarde. Les deseamos toda la felicidad del mundo. —Sonrió radiante. —Hemos salido guapos, ¿no?

—No estáis nada mal.

—Envidioso.

Albert se echó a reír. —Por cierto, tienes una cita con la señorita Smith en diez minutos.

—¿La señorita Smith? —Se sentó dejando el periódico a un lado. —Es nueva, ¿no?

—Sí, me ha dicho que tiene una casa que acaba de comprar y que su cocina es un desastre. Quiere asesoramiento.

—Para eso estamos aquí. Por cierto, resérvame el mes de agosto. Nada de citas ni trabajos y habla con los de la obra de los Hastings para que se apuren. No quiero dejar nada pendiente para esa fecha.

—¿Te vas de vacaciones?

—Sí, nos vamos a los Hamptons. Mi chico ha alquilado la casa que teníamos de pequeños para pasar todos juntos el verano. ¿A que es el mejor?

—¿Estás segura de eso? Mira que unas vacaciones toda la familia juntos puede ser un auténtico desastre.

Hizo una mueca. —Hubiera preferido irnos solos, pero Bethany está de acuerdo en estrechar lazos.

—¿Hola?

Escondió el bollo que tenía a la mitad y se limpió las manos a toda prisa levantándose de su silla mientras Albert iba hacia la puerta. —¿Señorita Smith?

—Llego temprano, lo siento.

—No se preocupe, puede pasar.

Una rubia con un traje de firma blanco, que mostraba que tenía muchísima pasta, entró en el despacho con una sonrisa y Samantha rodeó el escritorio para darle la mano. —Gracias por atenderme tan rápido. Sé que está muy ocupada.

—De nada.

La rubia miró su mano estrechándosela y la giró sorprendiéndola. —Bonito tatuaje.

Se sonrojó ligeramente. —Gracias.

—¿Qué pone en el otro?

—El tiempo lo cura todo.

—Eso dicen. —Se sentó en su silla y Sam tuvo la sensación de que esa mujer no iba a

gustarle un pelo. Su sonrisa no llegaba hasta sus ojos.

Se sentó tras su mesa y sonrió. —Me ha dicho mi ayudante que quiere reformar una cocina. ¿Tiene idea de lo que le gusta?

—Sé perfectamente lo que me gusta y lo que quiero en mi vida —dijo mirándola a los ojos.

Incómoda por su actitud miró a Albert que se encogió de hombros. —Eso está muy bien. Si me dice el estilo que prefiere... —Cogió unos catálogos. —Por supuesto Albert irá a medir y le haremos un boceto exacto de como quedaría, pero aquí puede ver algunas ideas sobre...

La mujer miró sobre su hombro. —¿Puede dejarnos solas?

Sam se tensó por su prepotencia y su ayudante la miró sin saber qué hacer. —Albert, ¿por qué no vas a por un café para nuestra cliente? ¿O prefiere agua?

—Agua está bien —dijo como si no quisiera nada.

—Enseguida.

En cuanto salió cerrando la puerta se miraron a los ojos y la mujer sonrió con burla. Empezaba a tener la sensación de que la veía como una rival y eso solo podía significar que Aaron estaba metido en el asunto porque nadie de la competencia en su trabajo se presentaría allí con esa actitud. No, parecía una mujer que quería hacer daño y eso solo lo hacía una mujer despechada.

—Creo que ya te has dado cuenta de que no tengo ninguna cocina que reformar.

Se envaró al darse cuenta de que tenía razón. —¿No me digas? ¿Y se puede saber por qué me haces perder el tiempo?

—Te aseguro que cuando me vaya de aquí no creerás que has perdido el tiempo en absoluto. Es más, creerás que te he hecho un favor.

—Esto se pone interesante.

—¿Te vas a casar con Aaron Wallace?

—Veo que has leído el Times.

Sonrió divertida. —Pues no. Me lo ha dicho él mismo.

—Como a cien mil personas más porque esta tan encantado que se lo dice a cualquiera con el que se encuentra.

Esa frase no le gustó un pelo. —Yo no soy cualquiera.

—Eso crees.

—¡Aaron y yo tenemos una relación desde hace dos años!

La miró fijamente. —¿No me digas? Porque desde que está conmigo no se separa de mi lado a no ser que sea para ir a trabajar.

—¿No me digas? —repitió con burla—. Pero es que su jornada de trabajo es muy larga... ¿Acaso os veis para comer?

—Eso no suena a novia. Suena a polvo en un rato libre —dijo sin cortarse porque esa mujer había tenido el descaro de ir allí.

—Sí, polvos intensos y apasionados en la hora de la comida. —Disimuló como su estómago se retorció solo de pensar que la había tocado. —Y he quedado con él hoy mismo. Dentro de un par de horas nos veremos como siempre.

Se le cortó el aliento. —Perdona, ¿qué has dicho?

Se echó a reír. —¿Acaso crees que de repente y después de diez años sin dirigirte siquiera la palabra iba a querer compartir su vida contigo porque estaba muy enamorado? Un amor muy raro, ¿no? —Perdió todo el color de la cara porque esa mujer supiera tanto de su vida y esta sonrió. —Por supuesto que me lo ha contado. Nos lo contamos todo. Como que perdiste un tornillo y te cortaste las venas. ¿Quieres saber por qué decidió contarle a tu padre que había

habido un affaire entre vosotros cuando eras una cría? —Se echó a reír. —Porque quería dejar el bufete de tu padre. —Se quedó de piedra. —Claro que sí. Uno de sus clientes quería financiar su despacho y no podía irse así como así sin que tu padre le guardara rencor después de todo lo que había hecho por él. Sobre todo porque se llevaría muchos clientes y no es por nada pero aprecia a Mathew. ¿Qué mejor manera de apartarse del bufete que buscando un conflicto familiar? Por eso le dijo lo de vuestra aventurilla. Tú misma le diste la idea en aquella comida. Sabía que eso se lo perdonaría y más si aparentaba haber estado muy enamorado de ti toda su vida. Haría que quería luchar por ti y que no soportaba más vuestro distanciamiento. Pero se le fue de las manos y te cortaste las venas sacando a la luz ese bebé del que nadie sabía nada.

—Estás diciendo disparates.

—¿Disparates? ¡Solo quería una excusa para empezar su despacho sin que Mathew se lo echara en cara! ¡Le quiere como a un padre! ¡Lo demostró cuando se divorció de tu madre! ¿No es cierto? Ni sé las veces que me dijo que tu madre era una histérica que siempre lo estropeaba todo.

—¡Mientes!

—Oh, por Dios... Eres más estúpida de lo que pensaba. ¿Por qué crees que está ahora contigo? ¡Porque intentaste quitarte del medio y se siente responsable! ¡Jamás te ha querido, solo le das pena!

Se levantó sintiendo que todo su mundo temblaba. —Haz el favor de irte.

—¿No quieres saber si te digo la verdad?

—Sé que mientes. ¡Aaron me quiere!

—La que te mientes eres tú, como has hecho desde el principio para atraparle porque no puedes vivir sin él. Pero ha llegado demasiado lejos y no voy a dejar que jodas mi futuro con él por sus remordimientos. —Rio levantándose. —Si quieres saber la verdad... —Abrió su bolso y dejó una tarjeta sobre la mesa. —Estará aquí a la una. Como cada martes y cada jueves. —Fue hasta la puerta y la abrió mirándola sobre su hombro —Si tienes algo de orgullo le dejarás libre para que siga con su vida y si le quieres no dirás nada a tu familia para que no le den la espalda, porque Mathew sí que le importa. Estuvo ahí cuando más le necesitaba y haría lo que fuera por él. Estoy segura de que después de todo lo que ha pasado, si volviera atrás no contaría nada a tu padre y ni se le ocurriría irse del bufete. Pero todavía estáis a tiempo de reparar el daño. Piensa si quieres vivir el tiempo que dure tu matrimonio, que no durará, con un hombre que no te ama. Piensa en si merece la pena.

Sus ojos se llenaron de lágrimas de la rabia y gritó —¡Fuera!

La miró con desprecio antes de largarse y sollozó dejándose caer en el sillón. La foto del anuncio de su boda estaba ante ella y lloró arrugando la hoja. No podía ser cierto. Albert entró en el despacho y preocupado rodeó la mesa. —Miente, ¿cómo va a ser cierta esa locura?

—Lo sabe todo. Cada detalle de nuestra relación. —Se miró el anillo. —¿Y si no miente? Es muy ambicioso, si tenía la oportunidad de poner su propio bufete... —Confusa se pasó las manos por la cara apartando su cabello. —Esa mujer sabe cosas... —Angustiada miró a su alrededor. —Solo ha podido contárselas Aaron.

Albert apretó los labios contemplando su dolor. —Tiene que haber una explicación a todo esto. ¿Cómo va a verla dos veces por semana y que tú no te enteraras?

—El jueves pasado le llamé para comer con él, pero me dijo que tenía una cita con un cliente que no podía eludir.

—Ha quedado con ella, ¿no? Pues llámale a ver si es verdad. —A toda prisa cogió su móvil y tomó aire intentando calmarse. Albert asintió. —Respira hondo y haz que no pasa nada. Procura

parecer feliz.

Se puso el teléfono al oído y esperó. —Hola, nena... —Al escuchar su voz sintió un nudo en la garganta. —¿Samantha?

—Hola, cielo.

—¿Estás bien? Tienes la voz rara. ¿No te estarás acatarrando?

—He estornudado un par de veces, pero es la alergia —dijo a toda prisa—. No es nada.

—Deberíamos ir al médico.

Al escuchar la preocupación en su voz reprimió un sollozo. —¿Puedes quedar a comer?

—Hoy no podrá ser, pero si quieres podemos ir al médico después. A las cuatro estoy libre.

Sintió que el mundo se le caía encima. —No, estoy bien. ¿Tienes una comida con algún cliente?

—Sí, un divorcio. Este me paga la casa —dijo divertido. Ni supo qué decir mientras solo quería gritar de frustración—. ¿Nena?

—No pasa nada. Nos vemos por la tarde.

—Si quieres quedamos a las cuatro y vamos a ver las invitaciones. Mamá me ha enviado un par de direcciones por correo electrónico.

—Te llamo luego, ¿vale? No sé si vendrá un cliente a esa hora. Todavía tiene que confirmarlo.

—Muy bien, hablamos luego.

—Te quiero —susurró deseando oír lo mismo, pero solo escuchó el sonido repetitivo que indicaba que había colgado. Su mano tembló al dejar el teléfono sobre la mesa.

—No puede ser verdad —dijo Albert. Apoyó los codos sobre la mesa y se echó a llorar. —Cielo, no te pongas así. El bebé...

—Dios mío, ¿qué voy a hacer?

—¿Hacer? Vamos a ir a esta dirección a la una, joder. Eso es lo que vamos a hacer. Y si entra aquí es que te la está pegando.

—¿Y si es así?

Albert apretó los labios. —Si es así vas a tener que pensar muy bien lo que vas a hacer, pero para eso aún hay tiempo. No nos pongamos en lo peor. De momento tiene una comida de negocios. Si te miente, entonces ya lo pensaremos.

Miró sus ojos sin disimular su miedo. —No puedo perderle.

—Pues vamos a hacer lo que haga falta para que eso no ocurra.

Capítulo 8

Sentados en la cafetería de la esquina miraban a través del escaparate el portal veinticuatro. Era un edificio de lujo y se notaba que la dueña tenía pasta porque un piso en aquella zona del Soho salía por un ojo de la cara. —La una menos cinco. No viene —dijo Albert satisfecho antes de beber de su café—. Esa zorra solo ha querido hacerte daño. Seguro que es una despechada que solo quería joder.

En silencio no dejó de mirar el portal. Tenía la sensación de que no había mentido y cuando se detuvo un taxi ante el número veinticuatro se le cortó el aliento levantándose. Albert juró por lo bajo poniéndose a su lado. La puerta de atrás se abrió y al ver la cabeza de su prometido sus ojos se llenaron de lágrimas. —No —susurró al ver como daba un billete al taxista antes de ir hacia el portal. El portero le sonrió saludándole y fue evidente que se conocían.

—La hostia —susurró Albert antes de abrazarla por los hombros. Cuando desapareció de su vista las lágrimas corrían por sus mejillas—. Quédate aquí.

Sorprendida vio que salía de la cafetería y su amigo a toda prisa cruzó la calle. Se acercó al portero y Samantha separó los labios impaciente por saber lo que decía aquel hombre. Vio como le daba las gracias y volvía corriendo a la cafetería. Se apretó las manos volviéndose hacia él. —¿Qué te ha dicho?

Albert preocupado susurró dejando diez pavos sobre la mesa —Vámonos.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó impaciente.

—Le pregunté si era el señor Wallace y me dijo que no sabía cómo se llamaba. Sacando veinte pavos le pregunté si visitaba a la señorita Smith a menudo y le mostré la tarjeta. Él sonrió y me guiñó un ojo cómplice antes de coger la pasta.

Sintió que se desmayaba y su amigo la cogió del brazo tirando de ella hacia la puerta. —No sirve de nada que te pongas así.

—Todo era verdad... —dijo sin aliento sintiendo que su corazón se detenía—. Esa mujer no mintió.

Ni se dio cuenta de que la sacaba de la cafetería y que llamaba a un taxi. —Voy a llamar a tu madre —dijo ayudándola a entrar en el coche.

Ni le escuchó sintiendo que toda su vida se resquebrajaba. Apenas habían pasado un mes juntos, pero habían sido las semanas más dichosas de su vida. No podía perderle.

—¡Sí, Ingrid! ¿Estás en casa? —La miró de reojo para ver como sollozaba desgarrada. — Está destrozada. ¡Llama a su psiquiatra!

Al oír esa palabra gimió llevándose una mano al vientre. No podía dejar que pasara de nuevo. No podía dejar que eso la destrozara. Su bebé era lo único importante y no iba a permitir que nada se lo arrebatara.

De pie ante el ventanal su madre se acercó a ella. —La doctora Madison no lo coge, cielo. Su secretaria me ha dicho que está de vacaciones en México.

—Sí, esta semana no podía atenderme —dijo suavemente antes de sonreír—. ¿No es irónico? Está celebrando su aniversario de boda. Veinte años. Yo no llegaré ni a casarme.

Su madre preocupada acarició su cabello. —No digas eso. Tiene que haber alguna explicación.

—La explicación de que todo ha sido mentira.

—No digas eso —dijo Albert.

—Lo has visto como yo. La has escuchado como yo —dijo intentando contener las lágrimas. Vio como la luz se volvía rojiza sobre la ciudad—. Lo sabía todo de mí. Solo imaginármelos

juntos en la cama riéndose de lo que sentía... —Se miró el interior de sus muñecas. —Pero es que soy de risa, ¿verdad? Llorando diez años por un amor perdido. Jamás fui importante para él. Me dio la espalda y solo me dediqué a lloriquear mi mala suerte.

—No hables así —dijo su madre muy nerviosa—. Seguro que esa mujer miente.

—¿Acaso mentía tu amiga? —Se volvió para mirarla a los ojos. —¿Mentía?

—¡No lo sé, pero eso destrozó mi matrimonio! ¡No puedes hacer lo mismo! No cometas mis errores. ¡Tienes que confiar en él! —La cogió por los brazos. —¿Dudas de él?

—¡Lo he visto!

—¿Has visto cómo te era infiel?

—¿Acaso tengo que verlo? ¡Ella me lo contó todo!

—¿Y te fías de una mujer despechada? Puede que sepa algo, ¿pero por qué presentarse precisamente hoy que ha salido el anuncio de tu boda en el periódico? —Le rogó con la mirada. —Jamás he visto una pareja tan enamorada como vosotros. Piensa en lo que ha ocurrido en estas últimas semanas, piensa en todas las conversaciones que habéis tenido. Hasta hace unas horas creías que te amaba, no dudes ahora por lo que diga una mujer que solo quiere hacerte daño.

Miró sus ojos azules y recordó esa misma mañana. La despertó besando su espalda hasta llegar a su tatuaje y le dijo que quería asegurarse de que las diez palomas aún seguían allí. Se sintió amada. Más que nunca en su vida y todo había explotado en apenas unas horas.

—No sé qué debo hacer.

—O disimulas que no sabes nada o te enfrentas a la situación y lo hablas con él —dijo Albert muy serio—. Puede que te mienta y estará en tu mano que le creas o no.

—Me estás diciendo que tengo que elegir entre vivir una mentira o estar sola el resto de mi vida.

Su madre se echó a llorar. —Pues si te sirve de algo mi experiencia preferiría seguir viviendo esa mentira a vivir como lo hago ahora. Pasaste diez años sin él. Ya sabes lo que te espera.

Entrecerró los ojos sintiendo que la rabia la recorría. No pensaba consentirlo. No pensaba volver a pasar por lo mismo que esos últimos diez años. ¿No la quería? Haría lo que fuera para que lo hiciera. Lo conseguiría, tenía que conseguirlo. Aún tenía una oportunidad. Si se alejaba de él no tendría ninguna. Miró a su madre a los ojos. —No digas nada a nadie. Prométemelo.

Ingrid suspiró del alivio. —¿Qué vas a hacer?

—Prométemelo mamá.

—No pienso decir nada a nadie —dijo muy nerviosa—. Si esto se supiera la familia se rompería en mil pedazos.

—¿Vas a fingir? —preguntó su amigo.

—Voy a luchar por él.

Albert asintió. —Si es lo que quieres te apoyaré en todo y si necesitas desahogarte llámame a cualquier hora.

Ingrid asintió. —Eso hija... Tú llámanos.

—Eso no va a volver a ocurrir, mamá —dijo emocionada antes de abrazarla—. No volverá a ocurrir.

—Júramelo.

—Te lo juro por mi hijo.

A su madre se le cortó el aliento antes de apartarse para mirar sus ojos. —¿Estás embarazada?

Sonrió con tristeza. —El viernes en la cena tendrás que hacerte la sorprendida, ¿me lo prometes?

Ingrid la abrazó con fuerza y susurró —Lucha hija... Lucha por lo que quieres y no dejes que nada se interponga en tu felicidad.

—No pienso rendirme.

Encendió las velas y satisfecha repasó la mesa. Corrió hasta el hall y se miró. El vestido negro entallado le quedaba como un guante y su cabello rubio caía en ondas estilo años cincuenta dándole un aspecto muy sexy. Regresó al salón y fue hasta el equipo de alta fidelidad. Puso un CD de las cincuenta canciones más románticas del último siglo y cuando empezó a sonar la canción de Top Gun hizo una mueca. Bueno, a él le había encantado la película. Corrió por el hall para llegar a la cocina y sonrió porque el pescado estaba en su punto.

—¿Nena?

—¡En la cocina! —Algo nerviosa se volvió y le escuchó suspirar mientras sus pasos se acercaban.

En cuanto entró la miró de arriba abajo comiéndosela con los ojos dejando caer el maletín al suelo. —Preciosa, ¿tenemos una cena?

—He pensado que podemos celebrar todo lo que nos está ocurriendo. —Se acercó con una cerveza en la mano y le besó suavemente en los labios. —Bailar un poco...—Le besó de nuevo. —Hacer el amor... Y puede que después te deje cenar.

Él sonrió cogiéndola por la cintura. —Suena perfecto. —Atrapó sus labios y al sentirle sus ojos se llenaron de lágrimas. Aquello tenía que ser real. Aaron se apartó y al mirar su rostro frunció el ceño. —Nena, ¿ocurre algo?

—No. —Forzó una sonrisa. —Cuéntame qué tal el día. ¿Qué tal la comida con ese cliente? —Fue hasta el horno y lo abrió intentando disimular.

—Muy bien. Me ha contratado.

—Eso es estupendo. —Sacó la bandeja y la puso sobre la encimera. —Yo también tengo una nueva clienta. Como no he comido contigo he aprovechado para ver su casa. Tiene un piso precioso en la calle Broome.

Él se iba a meter una zanahoria en la boca y se detuvo en seco. —¿En la calle Broome?

—Ajá... —dijo cogiendo los platos sintiendo ganas de gritar, pero simplemente cortó el pescado para servirlo—. ¿Coges las verduras, cielo?

Aaron carraspeó cogiendo el bol. —Pues es una casualidad que no nos hubiéramos encontrado porque comí en un restaurante en esa misma calle.

Aparentó sorpresa. —¿De veras? Qué casualidad.

Él pareció aliviado y se alejó hacia el salón. Samantha entrecerró los ojos cogiendo los platos y siseó —Serás cabrito...

—¿Qué, nena?

—Que estás muy guapo.

—Tú sí que estás preciosa. —Al llegar al salón levantó una ceja al ver la mesa. —No tenías que haberte tomado tantas molestias.

—Por ti lo que haga falta, mi amor —dijo dejando los platos sobre la mesa.

Aaron apartó su silla para que se sentara. —¿Seguro que estás bien?

—Claro que sí, nunca me he sentido mejor.

Él besó su sien antes de sentarse a su lado. Bebió de su cerveza sin quitarle ojo.

—El jueves que viene tengo la revisión ginecológica. El doctor me ha hecho el favor de que sea al mediodía para que no tengas que perder horas de trabajo. —Sonrió mirándole a los ojos y vio como parpadeaba. —¿Algún problema?

—No, claro que no. ¿El jueves dices? Tengo que mirar mi agenda.

Le fulminó con la mirada. —Es tu hijo. ¿O voy a hacer esto sola?

Confundido respondió —No, cielo... ¿Por qué piensas eso?

—No lo sé. Igual porque en la primera revisión ya me estás dando excusas para no venir.

—Nena, ¿seguro que estás bien?

Uy, uy que ya empezaba a llamarla loca. Típica táctica masculina para ocultar los cuernos. Forzó una sonrisa. —Claro que estoy bien, amor. Solo algo nerviosa.

Él sonrió y cogió su mano. —Todo va a ir bien. Esta vez todo será distinto, ya verás.

Con ganas de clavarle el tenedor en la mano por fullero y por falso sonrió. —Sí, estoy convencida de que sí.

—Hoy me han confirmado el alquiler de la casa de los Hamptons. —Ella empezó a comer sumida en sus pensamientos. —Parece que no te hace ilusión.

Confundida le miró. —¿Qué?

—La casa... Ya está alquilada.

—Que bien. Tengo muchas ganas de irme de la ciudad. —De repente sus ojos brillaron. — ¿Por qué no nos vamos unos días tú y yo solos?

—¿Antes de agosto?

—Sí, una semana. Nunca nos hemos ido de vacaciones solos.

—Nena, ya me he cogido agosto y después viene la boda y la luna de miel. Acabo de abrir el bufete, ¿no te parece demasiado?

—Eso es que no. —Miró su pescado y cortó un pedazo para metérselo en la boca. Le sabía a serrín, pero simuló que estaba delicioso. —La señora Bishop tiene una mano para la cocina...

—Pero podemos irnos el fin de semana.

Le miró ilusionada. —Sí, ¿a dónde?

—Pues no lo sé...

—Tranquilo que algo encontraré. —Más animada comió con ganas y él la observó obviamente aliviado.

—Nena, pareces algo inquieta. Más de lo habitual.

—Es que hoy no he ido al gimnasio —dijo con la boca llena.

—¿Y eso? ¿Ese tío no te estará dando la lata?

Se detuvo en seco y giró la cabeza para mirarle. —¿Hablas de Ben? Pues...

—¡Lo sabía! —exclamó alterándose—. Ya sabía yo que no era buena idea que siguieras yendo al mismo gimnasio. Mañana buscarás otro.

Pensó rápidamente. —No quiero cambiar de entrenador. Phillip sabe lo que tengo que hacer para canalizar la ansiedad. Me lo recomendó Bethany.

Aaron entrecerró los ojos. —Seguro que hay muchos entrenadores que saben hacer lo mismo. Tranquila que ya te busco yo uno.

¿Estaba celoso? Su corazón dio un vuelco observando como refunfuñaba por lo bajo mientras cortaba el pescado de mala manera destrozándolo por completo. Entonces recordó cómo se puso la noche de la ópera y se preguntó si ahí también estaba fingiendo porque el cabreo que tenía en ese momento, aunque intentaba disimularlo, era muy evidente.

—¿Cielo...?

—¿Mmm?

—¿Sabes que tengo otro nuevo cliente?

—¿Si? Eso es estupendo.

—¡Es Robert Mackintosh! —exclamó ilusionada.

Aaron detuvo el tenedor en seco y la miró a los ojos. —¿Quién?

—Sí, es Robert Mackintosh. ¡El actor! Dios, y es mucho más guapo que en la pantalla. — Suspiró cogiendo su copa de agua. —Está para comérselo. A Albert se le cae la baba.

—¿Quién? —preguntó más alto.

—Y es encantador —dijo como si no le hubiera oído—. Hoy ha venido al despacho y hemos hablado mucho. Al parecer lo acaba de dejar con su novia y ha comprado un ático en la quinta. ¡Y después de ver mis trabajos me va a encargar a mí su remodelación! No me lo puedo creer todavía.

Aaron carraspeó revolviéndose incómodo en su asiento. —Nena, ¿y cómo no me lo habías contado antes?

—Oh, es que me pidió confidencialidad. Compréndelo, debía ser discreta. —Soltó una risita. —Pero no he podido contenerme. Es tan... La pantalla no le hace justicia.

La cara de Aaron era un poema. Parecía que le había sentado como un tiro y sonriendo maliciosa se metió el tenedor en la boca. La comida cada vez le sabía mejor.

—Así que habéis hablado.

—Sí, mucho. Es un conquistador nato. Yo creo que lo hace sin darse cuenta, aunque Albert...

—¿Qué dice Albert? —preguntó interesado.

—Cielo, come se te va a enfriar.

—¿Qué dice Albert?

—Oh, tonterías... como que le gusto y eso. —Se echó a reír. —¿Cómo voy a gustarle yo cuando tiene a casi todas las mujeres de los Estados Unidos babeando por él? Eso sin contar a las del resto del mundo. —Hizo un gesto con la mano sin darle importancia. —Tonterías de Albert.

Aaron entrecerró los ojos mirándola tan fijamente que parecía que quería traspasarla. —¿Dónde está tu anillo?

Sorprendida se miró la mano. —Oh... —Con los ojos como platos respondió —He debido dejármelo en el baño del despacho. Como me lo quito para lavarme las manos y no estoy acostumbrada...

—¡Tienes que ponértelo! —dijo alterado.

Ella le miró asombrada. —Está bien. Te he dicho que ha sido un olvido. —Se levantó y cogió la jarra de agua. —¿Te traigo otra cerveza?

Él gruñó antes de que se volviera y sonriera yendo hasta la cocina. Fue hasta el fregadero a toda prisa para coger el anillo que había dejado allí cuando se había lavado las manos y con intención de esconderlo miró a su alrededor. Lo puso dentro de una cajita de porcelana que había sobre la encimera. Contenta regresó con la bebida para que la fulminara con la mirada. —Sobre ese encargo, creo que deberías pensártelo.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Nena, viene la boda, estás embarazada... Igual es mucho estrés que te encargues de algo así en este momento.

—Estoy bien y es una oportunidad buenísima. De momento no puedo decir nada, pero seguro que se hace un reportaje en alguna revista y mi nombre se disparará. No puedo perder esta oportunidad —dijo asombrada—. Si él te pidiera que le llevaras su divorcio lo harías sin dudar, ¿no?

Él gruñó porque ante ese argumento no podía decir nada y ella sonrió sentándose de nuevo. —Tranquilo, que me lo tomaré con calma. Albert me ayudará mucho. —Soltó una risita. —Y encantado que va a estar de hacerlo.

—Si hubieras estudiado derecho... —dijo entre dientes.

—Cariño el diseño también me ha gustado siempre y así os perdía de vista.

Volvió a gruñir como si aquello no le gustara un pelo.

—¡Ya lo sé! —gritó ella sobresaltándole—. ¡Podemos ir a Las Vegas! —Era evidente que no tenía ni idea de lo que estaba hablando. —Para el fin de semana. Será divertido. —Se frotó las manos. —Ya puedo sentir los dados en la palma de mi mano.

La miró horrorizado —¿Las Vegas?

—¡Claro, iremos a ver algún espectáculo! ¿Crees que todavía cantará Cher? —Casi se le escapa la risa porque no podía disimular que no le hacía ninguna ilusión. —¿No quieres, amor?

—Prefiero relajarme. ¿Qué tal la playa?

—Nos vamos a pasar todo agosto en la playa —dijo decepcionada.

Se la quedó mirando unos segundos y de repente sonrió. —Sí, Las Vegas...

Chilló de la alegría y se levantó para abrazarle. —¡Sí, lo vamos a pasar genial! Te quiero.

Él sonrió cogiéndola en brazos y levantándose. La miró como si quisiera devorarla. —Ahora vas a demostrarme cuanto me quieres.

—Haré lo que sea, cielo. Tú pide por esa boquita —dijo con voz ronca antes de atrapar su boca.

Agotada llegó al despacho y Albert al verla levantó una ceja. —Madre mía, que cara. ¿Has discutido con él?

—Qué va. —Dejó su bolso sobre su mesa y se sentó en la silla sin energías. —Me he pasado toda la noche dale que te pego. Le he dejado seco.

—Bueno, eso promete. —Él soltó una risita.

—No le van a quedar energías para mirar a nadie más, eso te lo juro.

Albert se echó a reír. —Y a ti tampoco por lo que veo.

—Búscame dos billetes para este viernes a Las Vegas. Y un hotel de lujo para el fin de semana.

—Veo que quieres distraerle todo lo posible.

—Esta es una guerra que pienso ganar. A esa no vuelve a verla, te lo digo yo. Por cierto, tenemos un cliente nuevo.

—Sí, ¿quién?

—Robert Mackintosh. —Su amigo chilló de la alegría. —¡Es mentira, Albert! —La miró sin entender. —Es solo para darle celos.

—Ah, ¿y ha funcionado?

—Parecía que le habían pisado un callo.

—Eso es que le importas. Qué mono.

—Aaron siempre ha sido muy posesivo.

—Como tú.

—Exacto. Esa bruja no va a volver a verle ni en fotografía —dijo con ganas de sangre—. ¡Porque voy a conseguir no salir de su cabeza para nada!

—Bien dicho, amiga.

—Haz unos diseños de pega para la casa de Robert, voy a llevarlos esta noche y a fingir que trabajo en ellos.

—Tengo varios descartados en el ordenador.

—Perfecto.

—¿Le has pillado? —preguntó con interés.

—Miente como un bellaco. Se debió oler que sé algo cuando le dije que había ido a la calle Broome, porque me ha dicho que fue una casualidad que no nos encontráramos porque había

comido en esa calle.

—Le tienes cogido por los huevos.

—Y no le pienso soltar. Es mío. ¡Todo él! Por cierto, pide una cita al ginecólogo más guapo de Nueva York. Y que sea soltero. Tienes que convencerle para que te dé cita para el jueves a la hora de la comida.

—¿Y cómo voy a hacer eso?

—¿No eres el chico mágico que siempre me lo consigue todo? Consígueme esto, Albert.

Su amigo entrecerró los ojos. —Un amigo de George es tocólogo. Y al parecer es bueno.

—¿Es gay?

—¡No! Es un salido de primera con las mujeres. Creo que escogió esa profesión para tirarse a todo lo que pillaba.

Sonrió de oreja a oreja. —Entonces es perfecto. Haz que me haga un hueco.

Capítulo 9

—No mamá, no podemos ir el viernes. Estoy en plena batalla y tengo que exprimírle un poco más —dijo tumbada en la bañera rodeada de espuma—. Nos vamos a Las Vegas.

—¿De veras? Qué divertido. Así te relajas un poco.

—No puedo relajarme ahora. Tengo que dar todo de mí para que piense en lo nuestro cada minuto del día. ¿Sabes que hoy se ha acercado al gimnasio para que Phillip me de clases privadas en casa?

Su madre soltó una risita. —Pero si no tenéis gimnasio.

—Ahora sí. —Sonrió maliciosa. —Ha comprado de todo. Cuando me llamó la señora Bishop diciendo que estaban metiendo las máquinas en el sótano no me lo podía creer. Ahora tengo un gimnasio de última generación.

Ingrid rio a carcajadas. —Siempre ha sido muy competitivo.

Escuchó un ruido en la habitación. —Mamá te dejo, que acaba de llegar.

—Mantenme informada.

Colgó el teléfono y lo dejó sobre la mesilla a su lado antes de colocar la espuma sobre sus pechos. —Amor, ¿eres tú?

La puerta se abrió y entró su prometido mosqueado con un diseño en la mano que ponía claramente en la esquina Mackintosh. —¡Al parecer has avanzado mucho!

—Estaba inspirada. —Coqueta le guiñó un ojo. —¿Qué tal el día, amor?

—¡Ocupado! —Miró el diseño antes de gruñir como si aquello no le gustara un pelo.

—Sí, ya he visto lo ocupado que has estado. Cielo, ¿no teníamos que ahorrar? Esas máquinas han debido salirte por un ojo de la cara.

—Me las han dejado a mitad de precio. Son de segunda mano.

—¿Un divorcio? —Se echó a reír. —Cielo, eres el rey de las gangas. Hablando de gangas —dijo levantando la pierna para que la espuma recorriera su pantorrilla—. He encontrado una oferta increíble para Las Vegas. Un dos por uno, ¿a que es genial? —Le miró seductora. —Hacemos la pareja perfecta.

Él mirando su pierna dejó caer el diseño a un lado y se acercó sentándose en el borde de la bañera. —Sí que la hacemos —dijo con voz ronca.

Ronroneó como una gatita cuando acarició su pantorrilla. —¿Sabes? Tengo las hormonas disparadas.

—¿No me digas? —Su mano subió por el interior de su muslo.

—Sí, pienso en sexo a todas horas. —Le miró a los ojos. —En lo que me hiciste ayer.

—¿Quieres repetir, nena?

—Quiero hacértelo yo a ti. Quiero saborearte como hiciste conmigo. —A Aaron se le cortó el aliento y se levantó a toda prisa para quitarse la chaqueta del traje tirándola al suelo. Ella alargó la mano. —Ven, cielo. El agua todavía está caliente.

Contenta estaba sentada en la sala de espera. Aaron rellenaba sus datos sin preguntarle nada. Al parecer la conocía tan bien que no lo necesitaba. Reprimió un bostezo. Estaba claro que tenía que empezar a dormir la siesta porque como siguiera a ese ritmo se iba a quedar dormida en cualquier sitio. La enfermera se acercó sonriendo. —¿Señores Wallace?

—Sí, somos nosotros —respondió Aaron levantándose y dándole el formulario.

—Cariño todavía no estamos casados —dijo levantándose—. Pero somos Wallace, los dos.

—Qué casualidad, ¿no? —preguntó la chica—. Creo que esto no me ha pasado nunca.

—Es que somos hermanos adoptivos.

—Y están comprometidos —dijo ella asombrada.

—Pues sí.

La mujer no dijo ni pío mirándoles de reajo. Estaba claro que lo veía muy raro. Aaron carraspeó cogiéndola por la cintura. —¿Pasamos?

—Sí, por supuesto.

La siguieron y Aaron susurró —Nena deja de decir que somos hermanos adoptivos.

—¿Y por qué no si es la verdad?

Él puso los ojos en blanco. En ese momento salió una mujer de una consulta y Samantha se detuvo en seco al ver a la señorita Smith reír alargando la mano. —Gracias doctor.

—Tómate las vitaminas, Meredith.

—Lo haré.

Se volvió y perdió la sonrisa de golpe. Samantha pálida susurró —¿Estás embarazada?

Esta nerviosa miró a su prometido. —¿Aaron?

Aaron forzó una sonrisa. —Meredith, qué sorpresa.

Sam lo vio todo rojo y gritó como una loca tirándose sobre ella para agarrarla de los pelos. La tal Meredith chilló dejando caer el bolso e intentó soltarse, pero Sam ya no controlaba y por mucho que Aaron intentó agarrarla por la cintura solo pensaba en una cosa, cargarse a esa zorra. —¡Es mío! —gritaba una y otra vez—. ¡Te voy a despellejar viva, zorra!

—¡Samantha! ¡Nena, detente!

Que la defendiera la sacó aún más de sus casillas y gritó como si fuera a la guerra dando un tirón en su cabello y quedándose con un mechón en la mano.

—¡Judith llame a la policía! —gritó el médico cogiéndola de una muñeca.

Ella soltó el mechón con asco y agarró al médico por la pechera acercándole. —¡Vuelve a tocarme y acabarás en la morgue!

El hombre pálido asintió soltándola en el acto y Meredith chilló —¡No le toqué un pelo!

—¿Qué hablas de pelos? —Volvió a tirar de su cabellera y esta cayó de rodillas. —¿Qué hablas? ¡Te voy a matar, zorra! ¡Es mío!

—¡Nunca nos liamos!

Esa frase la detuvo en seco y asombrada miró sobre su hombro a Aaron que la agarraba por la cintura. —¿Conoces a esta mujer? —preguntó sin aliento.

—¿Es que has perdido un tornillo? —le gritó a la cara.

—¿La conoces?

—¡Sí! ¡Trabaja en el bufete de tu padre!

Entrecerró los ojos y volvió la cara hacia ella. —Así que la conoces... ¡Estás muerta!

Meredith chilló de nuevo intentando protegerse. De repente apareció un puño que Samantha ni llegó a ver y que le cruzó la cara. Asombrada miró a la enfermera que asintió satisfecha. —¡Soy del Bronx, suelte a mi paciente! —Sam puso los ojos en blanco antes de caer en los brazos de Aaron sin sentido.

Gimió llevándose la mano al ojo y se asustó al ver que lo tenía hinchado. Abrió el otro ojo para ver sobre ella a la enfermera, al doctor y a Aaron que parecía de lo más preocupado. Entonces recordó y de golpe se apoyó en sus antebrazos. —¿Dónde está? —Miró a su alrededor.

—Nena... ¿estás bien?

—Le ha dado un brote, doctor. Deberíamos llamar a ese amigo suyo de psiquiatría. El que trabaja en el hospital.

Fulminó a la enfermera con la mirada. —¡Te voy a demandar!

—¡Suerte tienes de que Meredith no te demande a ti! ¡Ha salido corriendo! —gritó Aron.

—¡Claro, ha huido como la rata que es! —Se sentó con agilidad haciendo que el médico y la enfermera se apartaran como si tuviera la peste, pero ella ni se dio cuenta fulminando a Aaron con la mirada. —¿Tienes un lío con esa mujer? —preguntó a bocajarro.

—¿Pero qué dices? —preguntó asombrado.

—¡Esta embarazada! ¿Vas dejando mujeres preñadas por ahí? —Le señaló con el dedo mirándole como una desquiciada. —Te lo advierto. ¡Cómo sigas acostándote con ella te juro que te la corto!

—Uy, uy, uy... doctor llame a su amigo. Es violenta.

—¡Mi mujer no es violenta! ¡Solo está confusa! —Miró a Samantha respirando hondo como si se estuviera cargando de paciencia. —Nena, vamos a ver que estás perdiendo el norte...

—¡Qué norte ni qué norte! ¡Me lo dijo ella misma! ¡Tuvo el descaro de presentarse en mi despacho para decirme que te casabas conmigo por pena!

—Samantha que se te está yendo la cabeza...

—Y delirios —susurró la enfermera—. También tiene delirios porque él no confirma, doctor.

—Siempre lo niegan—susurró este.

—¡Yo no niego nada!

Se le cortó el aliento. —¡Lo estás confirmando!

—¡No es cierto! —gritó enfureciéndose—. Por Dios, si estuve en su boda.

Samantha frunció el ceño. —No me dijo que estaba casada. Solo que no pensaba dejar que os fastidiara vuestro futuro.

Aaron la miró asombrado. —¿Estás hablando en serio?

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Sí.

Ahora sí que se preocupó. —Nena, te juro por lo más sagrado que jamás le he tocado un pelo a esa mujer.

Sorbió por la nariz. —¿No?

—¿Cómo voy...? —De repente la fulminó con la mirada. —¿Y te lo has creído? —gritó a los cuatro vientos.

—Espere jefe que ahora se cabrea él encima que le pone los cuernos.

—¡Estuviste en su casa!

—¿Cuándo? ¡Cuándo estuve en su casa!

—El martes pasado. A la hora de la comida. Estuve allí. Te vi entrar.

Aaron incrédulo respondió. —Fui a ver a Bethany.

Se le cortó el aliento. —¿Qué?

—¡Voy a terapia, Samantha!

Le miró sin comprender y Aaron se pasó una mano por su cabello negro despeinándolo. —Nena... Todo esto también me sobrepasó un poco. Llevo viéndola varias semanas. Bethany se ofreció y acepté gustoso porque necesitaba desahogarme.

—Pero si estaba de vacaciones... ¡Me lo dijo ella misma! ¡Y yo no voy a esa dirección del Soho para que me trate!

—¡Es su consulta privada! ¡Tú vas a la clínica!

—¿Ve, jefe? —La enfermera giró el dedo sobre su sien. —Le falta un tornillo.

—Oye, maja... ¡Vuelve a decir que estoy loca y te patearé tanto el culo que no podrás sentarte nunca más en tu vida! —gritó perdiendo los nervios.

La enfermera se escondió tras su jefe que carraspeó. —Creo que estos temas privados deberían tratarlos fuera de aquí. Hagan el favor de marcharse.

Ella miró a Aaron y una lágrima rodó por su mejilla. —Al menos merezco que seas sincero

conmigo.

Él se retorció enderezando la espalda. —He sido sincero contigo. ¡El problema lo tienes tú que crees a la primera que llega antes que a mí! ¡Eso si ha hablado contigo que conociéndola lo dudo muchísimo!

Se le retorció el corazón porque seguía mintiendo y bajó las piernas de la camilla antes de mirar a la enfermera como si fuera a cargársela en cualquier momento. —¡Espera la demanda que te voy a meter, burra!

—¿Me ha llamado burra, la loca esta? —preguntó con sus ojos azules como platos.

Dio un paso hacia ella, pero Aaron la cogió por el brazo. —¡Basta, Samantha! —Cogió su bolso y tiró de ella hacia la puerta. —No me puedo creer lo que has hecho —dijo entre dientes. Encima le echaba la bronca—. Tirarte así contra una compañera de trabajo. ¿Cómo Meredith te va a decir que tenemos un lío? Es que es de locos.

Esa frase le dolió muchísimo. Que la considerara una loca y más con sus antecedentes la hizo creer aún más que era cierto todo lo que le había dicho Meredith sobre que le daba pena. Y ese pensamiento la dejó muda. Con ese comentario justo en ese momento demostraba que no la quería porque lo que menos necesitaba era que le recriminara su comportamiento. Necesitaba la verdad y era evidente que él nunca lo reconocería.

En el ascensor Aaron le dio su bolso de mala manera y pulsó el botón molesto antes de fulminarla con la mirada. —¡Qué bochorno! ¡No me puedo creer lo que ha pasado ahí dentro! En cuanto llegemos a casa voy a llamar a Bethany para que te vea de inmediato.

Separó los labios de la impresión porque acababa de confirmar lo que pensaba. —¿Crees que estoy loca? —consiguió preguntar.

—¡Sí! —le gritó a la cara—. ¡Solo dices disparates! ¡Esos celos infundados y ridículos han conseguido que pierdas los papeles!

Sintió como su corazón se rompía en mil pedazos y en sus preciosos ojos verdes se reflejó su dolor. —Así que es cierto...

La miró sin comprender. —¿Y ahora de qué diablos hablas?

Las puertas del ascensor se abrieron y Samantha queriendo huir del dolor salió corriendo. — ¡Sam! —Él corrió tras ella, pero salió a la calle antes de poder evitarlo. Corrió calle abajo escuchando como gritaba su nombre y Samantha casi sin ver por las lágrimas que se deslizaban por sus mejillas bajó las escaleras del metro tan rápido como podía. Cuando Aaron llegó abajo Samantha ya había desaparecido.

Sentada ante la ventana observaba como los niños jugaban en el parque de enfrente de casa de Albert. Su niña, una preciosidad de rizos rubios, tiraba arena a su padre que amablemente había sacado a la niña para que Albert y ella pudieran estar juntos y hablar tranquilamente.

—Toma —dijo Albert dándole una taza de té—. Con dos de azúcar como te gusta.

—Siento haber venido.

—No digas tonterías —susurró sentándose a su lado—. Cuando Aaron llamó a la oficina por si estabas allí ya me había imaginado que había problemas. Fue una alegría que me llamaras.

—¿Porque no me había suicidado? —Hizo una mueca antes de dar un sorbo a su bebida.

—Tienes que entender que después de lo que hiciste a cualquiera puede pasarle ese pensamiento por la cabeza. Así que te aconsejo que llames a alguien de tu familia. Deben estar de los nervios. —Hizo un gesto de dolor. —Y después me dices quién te ha hecho eso para partirle los morros como se merece.

Gimió llevándose la mano al ojo. —Déjame que antes llame a mi madre.

Albert sonrió. —Muy bien. Voy a hacerte algo de comer.

—No te molestes, no tengo hambre.

—Mi jefa siempre tiene hambre. Así que lo comerás sin rechistar. Además no vayas a pensar que voy a esmerarme mucho. Con un sándwich vas que chutas.

Sonrió sin poder evitarlo y Albert le guiñó un ojo. —Así me gusta. Jamás pierdas la sonrisa.

Se alejó y ella cogió el bolso que en ese momento estaba vibrando como desde hacía dos horas. Dos horas en las que había estado llorando sentada sobre el césped en el parque intentando calmarse. Cada vez era más patética. Suspiró viendo en la pantalla del móvil una foto de Aaron y de ella juntos. Se la había sacado su madre en una de sus reuniones de los viernes y su prometido la miraba mientras ella reía. Cualquiera que la viera pensaría que estaba enamorado y ella se lo había llegado a creer. Era extraño sentir tanto dolor por algo que había tenido tan poco tiempo y que en realidad había sido un espejismo.

Colgó el teléfono y llamó a su madre que como esperaba respondió de inmediato —¡Hija! ¿Estás bien?

—Sí, mamá. Estoy bien —dijo todo lo entera que podía—. He discutido con Aaron, eso es todo.

—Ha llamado como loco por si estabas aquí. Ha dicho que te has pegado con una mujer y que...

—Mamá, ahora no quiero hablar de eso. ¿Puedes hacerme un favor?

—Sí, por supuesto. ¿Qué necesitas?

Al escuchar su preocupación reprimió un sollozo. —¿Puedes ir a buscar mi ropa a su casa?

Su madre se quedó en silencio. —¿No piensas hablar con él?

—No tengo nada que hablar y él ya ha dejado bastante clara su postura.

—Pero está muy preocupado y...

—Mamá, en este momento no me encuentro con fuerzas para hablar con él, ¿lo entiendes? — Se hizo el silencio al otro lado de la línea. Suspiró pasándose la mano por la frente porque era evidente que no iba a ayudarla para salir de esa relación con algo de dignidad. —No te preocupes, no pasa nada. Ya la recogeré yo.

—No, si quieres puedo ir —dijo a toda prisa.

—No tenía que haber llamado. Es problema mío no tuyo. Lo siento —dijo con la voz congestionada antes de colgar reprimiendo las lágrimas.

Albert se sentó a su lado y le quitó el teléfono de la mano para ponerlo sobre la mesa de la cocina antes de abrazarla demostrando que lo había escuchado todo. —Cree que hace lo correcto. Piensa que deberíais hablar.

Sollozó sobre su hombro. —¿Por qué nunca puedo contar con ellos?

—No lo sé, cielo. —Acarició su cabello. —Pero si en algo te sirve de consuelo yo siempre estaré a tu lado.

—Gracias. —La abrazó mientras intentaba recomponerse y cuando se calmó un poco le limpió las lágrimas como si fuera una niña. La vibración del teléfono no se detenía y Albert chasqueó la lengua estirando el cuello para ver la pantalla. —No tiene foto así que igual es del trabajo.

—Dios mío, teníamos la cita con los Palmer, ¿no? —preguntó asustada alargando la mano para coger el teléfono.

—Les llamé para aplazar la cita antes de salir de la oficina.

Samantha frunció el ceño mirando el número que no conocía. Tomó aire antes de contestar —¿Diga?

—¿Samantha?

Frunció el ceño. —¿Bethany? —Jadeó llevándose la mano al pecho. —¿Te han molestado en tus vacaciones? Estoy bien, de verdad. Siento...

—Estoy en Nueva York.

Confundida miró a Albert. —¿Y tu aniversario?

—Fue hace tres meses y salimos a cenar.

Se le cortó el aliento. —¿Qué me estás diciendo? —Se levantó de golpe. —¿Me has mentado?

—Cuando llego a un punto de la terapia suelo hacer cosas así a ver cómo les va sin mí. Es una manera de volar solos durante un tiempo. Si no ha habido problemas voy espaciando las visitas. Y por lo que tengo entendido debo verte.

—Estoy perfectamente —dijo muy tensa.

—¿Has agredido a una mujer?

—¡Veo que Aaron te lo ha contado! ¿Y te ha contado que me pone los cuernos con ella? —preguntó de los nervios.

—Te aconsejo que vengas a mi consulta ya.

—No... ¡Claro que no, porque pienso superar esto sin ti! ¡Es más, creo que ya no necesito ninguna terapia, así que muchas gracias! —Colgó el teléfono y Albert asintió. Ella gimió sentándose de nuevo. —Parece que sí he perdido un tornillo.

—No. Estás harta de que te den la espalda cuando más lo necesitas y confiaste de nuevo en alguien a quien has amado con locura y que aún amas. Si mi George me los pusiera le mataba. Tú te has controlado mucho. Es más, has luchado por él hasta que te has dado de bruces contra la realidad. —Albert sonrió malicioso. —¿Pero sabes qué?

—No, ¿qué?

—Esta vez vas a hacer las cosas de manera muy distinta porque... —Se volvió sacando unos billetes de avión. —¡Porque nos vamos a Las Vegas!

Le miró como si el loco fuera él. —No puedo irme a Las Vegas.

—Claro que puedes. Ya está pagado y solo hay que cambiar el nombre del billete de avión. Y de eso me encargo yo. —Le rogó con la mirada. —Por favor, sácame de aquí. Los cólicos de la niña van a desquiciarme en cualquier momento.

Se mordió el labio inferior mirando los billetes. Sí, necesitaba relajarse un poco. Y Albert también. Total, si lloraba por las esquinas por el auténtico desastre que era su vida, daba igual hacerlo en Nueva York que hacerlo en Las Vegas. Y en Las Vegas no estaría a Aaron.

—Mete el bañador en la maleta.

Albert chilló de la alegría abrazándola. —Eres la mejor. Yo saco las entradas para Celine Dion.

Forzó una sonrisa abrazándole. —Perfecto.

Capítulo 10

Tirando de su pequeña trolley donde tenía la poca ropa que había comprado el viernes por la mañana antes de coger el avión, entró en el hotel al lado de su amigo que jadeaba mirándolo todo con los ojos como platos. —Qué maravilla —susurró mirando el gigantesco hall del Caesars Palace.

—Vamos a ver la habitación que venía en esa oferta tan buena —dijo divertida.

Su amigo casi corrió hacia la recepción donde una mujer de unos cuarenta años sonrió — Bienvenidos al Caesars Palace.

—Tenemos una reserva a nombre de Wallace. Samantha Wallace —dijo Albert ansioso—. Aquí hay piscina, ¿verdad?

—Y muy grande.

—Uy, se me ha olvidado el bronceador.

—Tiene una tienda en el hotel donde puede encontrar cualquier cosa que pueda necesitar — dijo tecleando y mirando una pantalla—. Wallace, aquí está. Suite doscientos cuatro. Me dan sus identificaciones, ¿por favor? —En cuanto terminó de tomar sus datos y el número de la tarjeta de crédito le hizo un gesto al botones que se acercó de inmediato. —Lleva a los señores a la suite doscientos cuatro —dijo entregándole al chico unas tarjetas antes de sonreírles—. Que disfruten de su estancia.

—Gracias. —Sonrió a Albert siguiendo al botones que había cogido sus maletas. —Que lujo.

—Me encantan las vacaciones contigo. Con George vamos de camping. —Sus ojos brillaron por la enorme estatua de estilo romano que había en el centro del hall. —Esto es como un museo.

—Un museo con máquinas tragaperras.

—El paraíso.

Se echó a reír asintiendo y se dio cuenta de que su amigo había conseguido que sus pensamientos no fueran exclusivamente dirigidos a Aaron. Sonrió mirándole con cariño. — Gracias.

—Para eso estamos. ¿Qué tal un bañito antes de darnos un garbeo por la ciudad?

—Eso suena estupendamente.

Después de la piscina, una comida en el buffet y una siestecita, estaba en una tienda de segunda mano donde Albert se había empeñado en ir, porque según había visto en internet había una ropa realmente preciosa y de primeras marcas a unos precios estupendos. Cuando su amigo salió del vestuario con una cazadora de cuero llena de tachuelas Sam se acercó evaluándole. Al ver la etiqueta abrió los ojos como platos. —¿Vale esto?

—Es un chollo. ¿No te pruebas nada?

Cinco minutos después tenía un montón de cosas en los brazos. —Se puede quedar con mi ropa —dijo decidida—. Ya no la necesito.

—Claro que sí. —Su amigo sacó un vestido rosa entalladísimo. —Lo que vas a necesitar es una maleta.

Chilló al ver que era un Balmain y se lo puso sobre los brazos. —¿Después de parir también me valdrá?

—Volverás al gimnasio.

Entrecerró los ojos. —Eso. Mira mi madre, está estupenda.

—Eso digo yo. —Sacó un vestido con estampado de leopardo.

—No, ese no.

La miró malicioso. —Dame el gusto.

—¿Qué estás pensando?

—Estamos en Las Vegas. Esta noche quiero que vayas de come-hombres. En cuanto cuatro maromos te tiren los tejos te subirá el ánimo.

—¿Con esto que tengo en la cara?

Su amigo sonrió. —Yo te maquillo.

Miró la etiqueta. —¿Cinco pavos? Vale, me lo pruebo.

La chica le estaba haciendo el ticket de la cantidad indecente de ropa que se había comprado y ella sacó su cartera para pagar. Al buscar su tarjeta de crédito abrió los ojos como platos al encontrar una de las tarjetas de Aaron. Su amigo levantó una ceja al ver el nombre. —Me la dio para pagar un día la comida china y debí meterla en mi cartera en un despiste.

Albert la cogió de su mano y sonrió malicioso a la chica que lo había oído todo. —Si no es suya no puedo...

—Le ha puesto los cuernos y la ha llamado loca. Y no te miento, que la muy zorra fue hasta nuestro despacho para decírselo ella misma.

La chica gruñó cogiendo la tarjeta. —Que se joda. Mi novio me los ha puesto con mi mejor amiga y no pude vengarme.

—Así nos vengaremos las dos. Que al menos lo pague uno de ellos. Cógete lo que quieras.

La chica sonrió maliciosa antes de coger un bolso de cristales de Swarovski que era un horror con la cara de un león y lo registró en la caja.

—Uy, espera —dijo Albert cogiendo la cazadora de tachuelas y varias cosas más.

Satisfechos vieron como pasaban la tarjeta y la chica levantó una ceja cuando pidió el pin. —Cuatro nueves.

La dependienta le devolvió la tarjeta encantada.

—Gracias maja —dijo Albert divertido—. Nos vamos de compras.

—Una amiga mía tiene una tienda aquí cerca que es una maravilla. —Sacó una tarjeta de visita. —Vende trajes de noche de las famosas.

Albert jadeó arrebatándosela de la mano y ellas se echaron a reír. —¿Vamos?

—Por supuesto. A ver si tienen algo de Cher.

Pasaron un día tan divertido que se dio cuenta que la vida era mucho más que Aaron. No pensaba dejar que le jodiera la existencia los próximos diez años. Además, ahora tenía algo muy importante por lo que luchar. Después de darse una ducha se puso una toalla rodeando su cuerpo. Ante el espejo del baño se pasó el cepillo por el cabello húmedo y vio parte del tatuaje sobre la cicatriz de su muñeca. Apretó los labios sin querer pensar en lo estúpida que había sido por amar a un hombre que jamás la amaría.

Albert entró en el baño y sin ningún pudor se quitó el albornoz quedándose en pelotas antes de meterse en la ducha. Samantha abrió los ojos como platos porque aparte de Aaron no había visto otro hombre desnudo. Cuando se volvió jadeó al ver su sexo. —¿Quieres taparte?

—Soy gay, no voy a atacarte. —Se volvió y asombrada miró su duro trasero. —¿A que no estoy mal?

—¡Será posible! ¡No tienes vergüenza!

Su amigo se echó a reír cuando escucharon el timbre de la puerta. —Abre, ¿quieres? He cargado a la tarjeta de tu ex una botella de champán.

—Tampoco abuses. —Él chasqueó la lengua y Sam suspiró dejando el cepillo. —¿A mí me has pedido algo?

—¡Un San Francisco sin alcohol!

Soltó una risita y corrió atravesando el salón. Abrió la puerta y su sonrisa se congeló al ver a

Aaron ante ella. Y estaba furioso. —Aaron...

—¿Te lo estás pasando bien, nena? —preguntó con voz lacerante entrando en la habitación y cerrando de un portazo.

Se tensó con fuerza. Era evidente que no iba a disculparse. Es más, iba con ganas de guerra. —¿A qué has venido, Aaron?

La miró incrédulo. —¡A comprobar si mi mujer está bien! Pero es evidente que sí porque has estado de compras, ¿no es cierto? ¡Con mi dinero! —Al ver su palidez suspiró pasándose la mano por su cabello negro. —Nena, ¿qué estás haciendo? ¿Sabes lo que he pasado?

Samantha no contestó mirando sus ojos totalmente decepcionada. ¿Lo que había pasado? ¿Lo que había pasado él? Es que era el colmo.

En ese momento llamaron a la puerta y Aaron abrió furioso. Cuando vio la botella de champán en la cubitera y el cóctel de frutas se quedó helado. —¿No estás sola?

Escucharon un silbido en el baño y Aaron se volvió de golpe. Caminó como si fuera a la guerra hasta la habitación. Ella chilló corriendo tras él. —¡Quiero que te vayas!

—¿Señorita? —preguntó el camarero confundido.

—¡Déjelo ahí! —Entró en la habitación y vio a Aaron ante la puerta del baño. Escuchó a su amigo tarareando y Aaron se volvió mirándola como si quisiera matarla. —Al parecer has encontrado compañía.

Sin comprender le preguntó —¿Qué?

La miró de pies a cabeza antes de que sus ojos cayeran en la cama que estaba revuelta después de dormir la siesta. Vio como apretaba los puños muy tenso. Por el rabillo del ojo vio que Albert la miraba con una simpática mueca. Sin poder evitarlo le entró la risa, lo que sacó aun más de quicio a Aaron dando un paso hacia ella para llamar su atención. —¿Te ríes? ¿Te hace gracia? —gritó furibundo.

Asombrada le miró a los ojos. —¿Y qué más te da?

—¿Qué más me da? —le gritó a la cara.

—Tío, creo que te estás pasando —dijo Albert saliendo con una toalla cubriendo sus caderas—. Te estás pasando tres pueblos.

El puñetazo que le tiró dentro del baño de nuevo ni lo vio venir y Sam gritó tapándose la boca de la impresión antes de correr hacia él para agacharse a su lado. Le sangraba la nariz y bastante. —¿Estás bien?

—Ay mamita, que me ha matao. —Se llevó la mano a la nariz y chilló como una niña al ver la sangre. —¿Me la ha roto?

Miró a Aaron furiosa. —¡Estás loco!

—¿Ahora el loco soy yo? —preguntó fríamente—. No, nena... Esa es tu especialidad. —Alargó la mano. —Está claro que este compromiso se ha roto, así que devuélveme el anillo, zorra.

Palideció por el insulto y se quitó el anillo del que hasta ese momento no había podido desprenderse para tirárselo a la cara. —¡Métetelo por donde te quepa!

Él la miró con desprecio antes de agacharse y recogerlo del suelo de mármol. —Tendrás noticias mías.

—Oh, no te molestes —dijo con burla levantándose—. Has conseguido lo que querías. Tienes tu bufete y buena relación con mi padre. ¡Era lo que te interesaba de todo esto, así que desaparece de mi vida!

—Con cada palabra que sale de tu boca solo me demuestras que no eres la persona adecuada para criar a mi hijo. —Sam palideció al escuchar la frialdad en su voz. —Tendrás noticias mías.

—¿Qué has querido decir? —preguntó viendo como salía de la habitación. Corrió tras él—. ¿Qué has querido decir? Si crees que vas a quitarme al niño...

Salió de la suite cerrando de un portazo y ella gritó muerta de miedo —¡Si crees que lo vas a conseguir, el loco eres tú! ¿Me oyes? —Abrió la puerta y vio que iba hacia el ascensor. —¿Me oyes, Aaron? ¡Es mío!

Él sonrió irónico pero sus ojos le helaron el alma. —Intenta no matarte en los próximos meses, ¿quieres? —Entró en el ascensor y pulsó el botón. —Después puedes hacer lo que quieras. Es más, me ahorrarás mucho trabajo.

Fue como una cuchillada y sus ojos se nublaron de dolor. En ese momento confirmó totalmente que ella no le importaba nada y cuando las puertas se cerraron sintió que las piernas no la sostenían. Se dejó caer de rodillas mientras un gemido de dolor salía de su garganta. Albert gritó cuando su cuerpo empezó a temblar y la cogió por los brazos antes de perder el sentido.

Rota por dentro giró la cabeza hacia la ventana y suspiró antes de levantarse e ir hacia ella para ver el jardín trasero de la residencia de reposo donde había conocido a Bethany. Dios, sí que estaba loca. Albert al ver su estado llamó inmediatamente a su madre y esta medio histérica le dijo que la metiera en el primera avión a Nueva York. Bethany la esperaba en el aeropuerto y al ver que estaba medio ida por el calmante que le había dado su médico del hotel ordenó su ingreso inmediato. Albert había intentado evitarlo, pero su madre dio el visto bueno y ya no había marcha atrás. Cuando se despertó al día siguiente y fue consciente de lo que estaba pasando explicó lo que había ocurrido horrorizada por estar allí de nuevo, pero su doctora dijo que necesitaba reposo y que allí se quedaría lo que hiciera falta. Y ya llevaba dos semanas. Empezaba a pensar que sí que estaba loca.

La puerta de su habitación se abrió y Bethany al verla sonrió. —¿Cómo te encuentras hoy?

No se volvió sin dejar de mirar por la ventana. Se le secó la boca cuando uno de los enfermeros cogió del brazo a una anciana que no se había peinado en semanas. Ella tampoco se había peinado ese día. Sí, debía estar perdiendo la chaveta.

Bethany la tocó en el hombro y la sobresaltó. Su doctora perdió parte de la sonrisa por el miedo en su rostro. —¿Qué ocurre, Samantha?

—¿Por qué estoy aquí?

—Ya te lo he dicho, necesitas aclarar tus ideas.

—¿Necesito aclararlas o que acepte lo que tú quieres?

Su psiquiatra se sentó en la cama. —¿Qué quieres decir?

—Tengo la sensación de que hasta que no diga lo que tú quieres, hasta que no haga lo que tu deseas, no me dejarás salir. ¡Yo no quiero matarme! ¿Acaso me he hecho daño?

—Sí.

Sorprendida dio un paso hacia ella. —¿Pero qué dices?

—Desde que te conozco te castigas a ti misma de una manera u otra. Lo hacías inconscientemente. Te alejabas de todos y de todo. Creías que tu burbuja era más segura, ¿verdad? O eso creías, pero el dolor estaba ahí y al no continuar con tu vida sufrías. Un círculo vicioso que terminó como terminó, queriendo acabar con todo.

Apretó los labios rabiosa. —No lo volvería a hacer.

Su doctora levantó las cejas. —Lo sé, Samantha.

—¿Lo sabes?

—Claro que lo sé, pero cuando llegaste de Las Vegas y me contaste lo ocurrido con Aaron creí conveniente que te tomaras un descanso.

Ahora sí que no entendía palabra. —¿Cómo que un descanso? ¡Puedo descansar en mi casa!

—No. Porque en cuanto pongas un pie fuera de esta clínica ahí fuera va a haber una guerra. ¿Estás preparada para enfrentarte a ellos? Porque en aquel momento no lo estabas.

Ahora sí que estaba preocupada. —Me va a quitar al niño, ¿verdad? ¡Y esto lo empeorará todo! —Angustiada se apretó las manos. —¡Dirá que estoy loca!

Bethany sonrió con tristeza. —No estás loca.

Sus preciosos ojos verdes se llenaron de lágrimas. —¿De verdad?

Se levantó y la cogió por los hombros. —Solo estás confundida y dolida. Decepcionada por todo lo ocurrido, pero estoy muy orgullosa de ti. No has buscado la salida fácil y sé que no lo vas a hacer. Vas a luchar, pero no quiero que lo hagas por el bebé. Quiero que lo hagas por ti. Por ser feliz, porque te mereces ser feliz. Y si Aaron te hace más mal que bien, es hora de dejarle a un lado.

Una lágrima corrió por su mejilla. —Llegué a creer que me quería.

La doctora apretó los labios. —Algún día harás balance de tu vida y te darás cuenta de una cosa. O de que la has aprovechado intensamente o de que has desperdiciado gran parte de tu vida. Algunos tienen un par de momentos buenos y se dan por satisfechos. Tuviste cuatro semanas buenas a su lado, ¿pero te conformarás con eso? ¿Únicamente con eso?

—No —contestó con rabia.

Bethany sonrió satisfecha. —Muy bien. Eres libre para irte. —Fue hasta la puerta y la abrió. —Por cierto, ahora que te veo mucho más entera, creo que debo decirte que Aaron sí que venía a terapia los martes y los jueves al mediodía. —Dejó caer la mandíbula de la impresión. —Yo que tú hablaría con tu padre al respecto. No me parece un hombre que deje nada al azar. Llámame la semana que viene, ¿quieres? Me muero de curiosidad por enterarme de qué te dice.

Capítulo 11

Pasó ante la secretaria de su padre que la miró atónita por su cara de cabreo y cuando abrió la puerta del despacho iba a decir algo, pero Sam cerró de un portazo dejándola con la palabra en la boca. Su padre se sobresaltó al igual que dos de sus abogados que estaban sentados ante él en mangas de camisa. Con ganas de pegar cuatro gritos dijo —¡Fuera!

Se levantaron en el acto y Mathew apretó los labios asintiendo. —Hija, cómo me alegro de verte.

—¿No me digas? —le soltó irónica mientras sus empleados salían a toda prisa.

Mathew se levantó y rodeó el escritorio para besarla en la mejilla. Ella le miró fríamente y él hizo una mueca. —Tuve mis razones.

—¡Tus razones! ¡Es mi vida!

—No me fiaba de él —dijo como si nada rodeando de nuevo su mesa para sentarse en su sillón de cuero mientras su hija intentaba digerirlo—. Después de lo que hizo no podía consentir esa relación. —Apoyó los codos sobre la mesa. —Puede que antes no te haya protegido, puede que antes no haya estado a tu lado, pero lo que te hiciste a ti misma me abrió los ojos. —Le mostró una de las sillas. —Por favor, siéntate. Creo que es hora de que nos sinceremos el uno con el otro.

Samantha lo hizo sin saber muy bien cómo reaccionar. Estaba enfadada pero también sorprendida porque todas las sospechas que habían agolpado su mente desde que Bethany le había soltado la bomba eran ciertas. —Tú enviaste a esa mujer...

—Una duda. Era todo lo que necesitaba para hacer explotar esa relación. —Sonrió con tristeza. —Lo sabía por propia experiencia.

—Hablas de mamá —dijo en apenas un susurro.

—La amaba y la amo —dijo cortándole el aliento—. Pero una duda lo estropeó todo. Ella se dejó envenenar y ya nada de lo que hacía le parecía bien. Si nuestro matrimonio que era mucho más sólido que vuestra relación había terminado, vosotros no teníais ninguna posibilidad. Y más si la propia amante se presentaba para decírtelo a la cara. Así que escogí a Meredith, porque estaba convencido de que nunca volveríais a coincidir. Es ambiciosa y se prestó a ello encantada porque creyó que sería un problema decirme que estaba embarazada. Ya fue mala suerte que os encontrarais en el mismo ginecólogo. Joder, esto es Nueva York, debe haber ginecólogos a patadas.

—¿Por qué no te fiabas de él?

—Porque le conozco. Es tan hijo mío como tú, cielo. Hace unos meses presencié sin que se dieran cuenta como discutía con tu hermano y como David dio a entender que él dirigiría el bufete en el futuro. Vi como se lo creía totalmente a pesar de ser mi mano derecha. Pero cuando se pensó la oferta de montar su propio despacho ahí me preocupé de veras.

Sorprendida susurró —Lo sabías. Sabías que abandonarías el bufete.

—Claro que lo sabía. En este negocio conozco a las personas necesarias para enterarme de lo que me interesa. Cuando me contó lo que había ocurrido contigo no lo relacioné con el bufete. Me cabréé muchísimo y le dije cosas... Muy hirientes, debo reconocerlo. Y cuando ocurrió lo que ocurrió...

—Intenté matarme, papá. Puedes decirlo, no me voy a romper por eso. He asumido mi cobardía al no querer enfrentarme a vosotros.

Mathew apretó los labios. —Todavía no me lo puedo creer.

—Yo tampoco. Pero ha pasado e ignorarlo no lleva a ningún sitio.

Su padre sonrió. —Tienes razón. —Suspiró apoyando la espalda en el respaldo de su sillón. —Cuando llegamos al hospital él ya estaba allí. Le había llamado tu madre como a mí. Su preocupación era tan evidente que tuve que reconocer que le importabas.

—Pero no lo suficiente —dijo con pena.

—No, para mi hija no. Y en aquel momento aún menos que habíamos estado a punto de perderte. Si te quería, si te había querido tanto, tendría que haber luchado por ti desde el principio. Entonces tú te recuperaste y la terapia familiar sacó mucha mierda. Los celos de tu hermano, la relación con tu madre... Increíblemente eso nos unió de nuevo, pero aun así él se fue del bufete, llevándose a muchos de mis mejores clientes. Y no solo eso, en lugar de mantenerse alejado de ti como le había dicho tu doctora, en cuanto se enteró de que salías con alguien de repente no lo soportó más y quería volver contigo. Y me pregunté cómo una persona que siempre lucha por cada maldito caso con uñas y dientes no luchó por ti mucho antes. —Vio el dolor en los preciosos ojos de su hija. —¿Por qué de repente quería una casa, una familia y no separarse de ti? Y tú enamorada como estabas, por supuesto creías en su arrepentimiento por no haber luchado por vuestro amor. Hubo un momento que dudé porque solo quería que fueras feliz. Os veía felices. Pero ese tema no dejaba de dar vueltas en mi cabeza. Entonces justo antes del anuncio de la boda tu madre me hizo una pregunta sobre el dinero que tenía en determinada cuenta. Que si lo necesitábamos para la boda lo usaría. Y eso fue lo que me abrió los ojos. —Abrió un cajón y dejó una carpeta ante ella. —Esto despejó mis dudas totalmente. Y creo que es momento de que lo veas, ya que todo ha salido a la luz. No quería hacerte daño con esto...

Miró la carpeta fijamente sintiendo un nudo en la garganta. —Debe ser algo muy fuerte para que pienses que me dolerá más que unos cuernos. ¿Qué es?

Su padre hizo una mueca. —El testamento de tu abuelo.

—Papá abrevia, que sabes que si tengo que leer todo eso estaré aquí seis horas hasta comprenderlo. Se lo dejó todo a mamá, ¿no?

Mathew sonrió. —No, cielo. —Le miró sorprendida. —Mamá no era abogado. Le dejó todas sus propiedades como la casa de los Hamptons que después se vendió y las cuentas corrientes, pero el bufete no es suyo en el sentido amplio de la palabra. No puede venderlo, ni tomar ninguna decisión sobre él. Yo soy el que debe dirigirlo, pero será de David y tuyo totalmente cuando ella fallezca. Exclusivamente.

Se le cortó el aliento. —El abuelo no estaba de acuerdo con la adopción de Aaron.

—No, nunca lo estuvo. Así que se aseguró de que él no pudiera heredar nada suyo cuando tu madre falleciera. Ella obtiene beneficios, pero en realidad no es la propietaria. Tiene derecho usufructuario hasta su fallecimiento.

—¿David lo sabe?

—Cuando se enfrentó a Aaron por llamarle la atención en su trabajo y tu hermano le dijo que no dirigiría el negocio simplemente pensé en rivalidad entre hermanos, ni se me pasó por la cabeza que supiera nada del testamento porque como te dije no pensé en ello hasta que hablé con tu madre. Ahora estoy totalmente convencido de que no porque ha intentado irse para trabajar con su mujer en ese bufete de tercera.

—Pero a Aaron le picó la curiosidad.

—Exacto. Sabiéndose mucho mejor abogado y teniendo derecho al bufete como él creía, tenía que haber una razón para que no dirigiera el despacho y la única razón es que David estuviera al mando. Y para que eso sucediera solo podía haber un motivo. Así que leyó el testamento. Me lo han confirmado los registros del despacho. Cualquier expediente se sabe en todo momento qué abogado lo tiene. Es un sistema que implanté en cuanto murió tu abuelo

porque sino era un caos. De ahí...

—Pero ibas a dejarle al mando cuando te jubilaras. Lo habías propuesto. Me lo dijo David — dijo confundida.

—Tu hermano no es mal abogado, pero nunca le llegaría a Aaron ni a las suelas de los zapatos. Quería asegurarme de que el bufete no se hundía. Confiaba que cuando llegara el momento de la herencia, Aaron estuviera tan ligado al negocio y tuviera tanto poder en él, que ese puesto de presidente ya no se lo discutiera nadie, aunque vosotros fuerais los dueños. Además pensaba compensarle en mi testamento, por supuesto. Pero eso él no lo sabe. Jamás hemos hablado de este asunto. Él leyó esto y sacó sus conclusiones, que eran que en el futuro no dirigiría el negocio porque David ocuparía su puesto como dueño de la empresa.

Lo pensó durante unos segundos y su mano tembló al posarla sobre el testamento de su abuelo. —De ahí su interés repentino por mí —dijo intentando no sentir dolor.

—Por eso te llamó cuando mi relación con tu madre se empezó a resentir por tus negativas a aceptar que estábamos juntos de nuevo. Era la excusa que necesitaba para volver a tu vida. Por eso me dijo lo que os había ocurrido.

—Quería que te pusieras de su lado.

—Ahora estoy convencido de ello. Buscó un aliado. Se hizo la víctima intentando que me diera pena que por su respeto hacia mí hubiera perdido al amor de su vida.

—Y cuando intenté suicidarme supo que había metido la pata.

—Eso sin mencionar que tú nos rechazaste. No querías ni verle. Así que ahí decidió irse del bufete.

—¿Y por qué continuar con la farsa? ¿Por qué comprar la casa y todo lo demás?

—Este es uno de los bufetes más importantes de Nueva York, hija. Es la única explicación que se me ocurre. Casado contigo heredaré la mitad.

Ella agachó la mirada y sonrió con tristeza. —Estás equivocado, papá.

—Hija... Sé que estás muy enamorada, pero las pruebas son evidentes.

Levantó la vista hasta sus ojos. —Puede que todo eso influyera en acercarse a mí de nuevo. Puede que su orgullo hiciera que quisiera verme después de tantos años y que te dijera lo que habíamos hecho años atrás, eso no te lo discuto. Pero ahora que sé que no me era infiel, estoy convencida de que sí sentía algo por mí. —Sonrió con tristeza. —Pero como has dicho nuestra relación era mucho más débil que la tuya.

—Solo quiero lo mejor para ti —dijo suavemente—. Si le perdonas después de lo que te dijo en Las Vegas...

—Es evidente que has hablado con Albert —susurró recordando ese momento intentando no mostrar su dolor.

Su padre mostró su rabia. —Jamás pensé que alguien a quien he querido tanto pudiera desearte la muerte. No quiero que vuelva a acercarse a ti. Y me dan igual sus motivos. Solo quiero que se mantenga alejado.

—Y él quiere lo mismo que tú, papá. —Abrió su bolso y sacó un sobre de él. —Esto me lo llevó Albert cuando fue a buscarme a la clínica. Quiere quedarse con el bebé en cuanto dé a luz.

Su padre palideció arrebatándole el sobre de la mano. —¿Que quiere qué? —gritó a los cuatro vientos. Pasó los papeles a toda prisa hasta llegar a un punto y lo leyó totalmente concentrado—. Será hijo de...

—Es hijo tuyo, papá —dijo con ironía levantándose—. Supongo que ya tengo abogado.

—¡Le voy a destrozar! ¡Cuando termine con él no quedará ni su sombra!

Asustada le miró a los ojos. —No consientas que me lo quite, por favor. Confío en ti.

—Esta vez no te fallaré, cielo. Te lo juro.

Entraron en el juzgado y nerviosa se pasó la mano por su pequeño vientre. David a su derecha y su padre a la izquierda seguidos de tres de sus abogados caminaron hacia la sala que les habían asignado. Al dar la vuelta a la esquina vieron a Aaron ante la puerta charlando con una mujer rubia y dejó de hablar siguiéndola con la mirada. Su estómago se encogió, pero no movió un gesto sin dejar de caminar. David abrió la puerta mirando con desprecio a su hermano y este apretó los labios, pero ella estaba segura de que lo que más sentía era que su padre no le había dirigido ni una sola mirada.

Mathew la cogió por el brazo. —Muy bien, hija. Nada de dramas. Es importante que te muestres entera. Sobre todo ante la juez Sullivan.

—Sí, papá.

Se acercaron a la mesa de la derecha. —¿Es aquí?

—Aquella es la de los demandantes.

Asintió sentándose en el centro y su padre se sentó a su izquierda mientras que su hermano lo hizo a su derecha.

Simulando los nervios se pasó las manos por su vientre y sin poder evitarlo miró a su izquierda para ver como Aaron dejaba el maletín sobre la mesa mientras la abogada que le acompañaba se sentaba en el asiento del medio dejando el otro libre porque no llegó nadie para ocuparlo.

—Joder, creo que va a defenderse a sí mismo —dijo David por lo bajo.

Mathew asintió. —Me lo esperaba.

En ese momento la puerta de al lado del estrado se abrió y el alguacil dijo en voz bien alta — ¡En pie!

La juez Sullivan una mujer de unos sesenta años y cara afable sonrió sentándose. —Buenos días.

—Buenos días, juez.

—Wallace contra Wallace. Interesante. —Unió sus manos antes de mirarles fijamente primero a unos y luego a los otros. Cuando sus ojos recayeron en su padre apretó los labios. — Una situación difícil, Mathew.

—No lo sabe bien, señoría. Muy difícil.

Aaron se levantó. —Señoría, debido a la amistad que le une a la parte contraria desde hace más de treinta años, solicito que se inhíba del caso.

—¿Está poniendo en duda todos los veredictos que he sentenciado en mi larga carrera en los que el señor Wallace era parte?

—No, señoría. Solo en este.

—No a lugar.

—Será motivo de apelación, señoría —dijo frustrado demostrando que la juez no le gustaba un pelo.

Ella levantó una de sus cejas castañas antes de quitarse las gafas. —Creo que si de algo puedo estar orgullosa en mi carrera es de mi objetividad, abogado. ¡Ahora siéntese!

Su padre reprimió una sonrisa y le dio una palmadita en el muslo para calmarla. Sin poder evitarlo miró a Aaron y sus ojos coincidieron provocándole un vuelco al corazón. Asustada de sí misma miró al frente de inmediato sin ver como él apretaba los labios.

—Muy bien, al parecer el señor Aaron Wallace que ha tomado la insensata decisión de representarse a sí mismo...

—¡Señoría!

Le miró asombrada. —Relájese joven, es evidente que le queda mucho por aprender.

Aaron entrecerró los ojos y sin poder evitarlo ella estiró el cuello hacia adelante para ver como la mujer rubia le susurraba algo al oído muy seria. —No —dijo él por lo bajo.

—Como decía, el señor Aaron Wallace solicita la custodia total del hijo que tendrá con la señorita Samantha Wallace.

Su padre se levantó. —Son niñas, señoría —dijo orgulloso —Y serán preciosas como su madre.

La juez sonrió. —Eso no lo dudo. —Volvió la vista hacia Aaron perdiendo la sonrisa de golpe. —Espero que tenga pruebas sólidas para demostrar la incapacidad de la madre en este caso, abogado.

Aaron se levantó y la miró de reojo antes de decir —Las tengo, señoría. Muy sólidas.

Se le rompió el corazón porque llegara a ese extremo para perderla de vista. Aunque no sabía ni por qué le dolía, porque le había roto el corazón ya tantas veces que debería estar acostumbrada, pero al parecer al dolor una no se acostumbraba nunca.

—Muy bien, empecemos con los alegatos. ¿Señor Wallace?

—Señoría, a lo largo de este juicio demostraré como Samantha Wallace no es capaz de regir su vida. No lo ha hecho en el pasado ni podrá hacerlo en el futuro por lo que es incapaz de cuidar a nuestras hijas. Es más, la considero un peligro para ellas y solicito la custodia total sin posibilidad de visitas.

No se podía caer más bajo y mirando la superficie de la mesa se preguntó por qué había amado alguna vez a ese hombre.

Su padre se levantó. —Con la venia, señoría.

La mujer sonrió asintiendo.

—Señoría, no sé qué pruebas puede tener mi hijo en este caso —dijo haciendo que la taquígrafa abriera los ojos como platos.

—¿Puede repetir? ¿Ha dicho hijo?

La juez sonrió. —Sí, ha dicho hijo.

—Uy, qué lío... —Se puso como un tomate cuando se dio cuenta que lo habían escuchado. —Perdón.

La juez hizo un gesto sin darle importancia. —Continúa, Mathew.

—Gracias, señoría. Como iba diciendo les conozco muy bien. Ambos son mis hijos, él adoptivo y ella natural. Samantha es una persona que puede que haya cometido errores que pudo pagar muy caros en el pasado, pero es totalmente estable como demostraremos y también demostraremos que jamás haría daño a sus bebés. Las acusaciones de... del señor Wallace son totalmente infundadas y debo decir decepcionantes. Jamás había visto a nadie caer tan bajo.

Aaron palideció apretando los labios y Samantha incomprensiblemente lo sintió por él porque sabía que le quería y que tu padre diga algo así de ti era doloroso.

—Comencemos.

Aaron se levantó. —Llamo a declarar a David Wallace.

Su hermano la miró sorprendido. —¿Yo? —Se levantó de inmediato. —Señoría, no estoy en la lista de testigos.

—Estás aquí, ¿no? —preguntó Aaron irónico—. Sabía que vendrías.

—Señor Wallace suba al estrado.

Su padre gruñó por lo bajo y ella disimuló su miedo por lo que contara. Aunque no sabía de qué se preocupaba porque era evidente que su intento de suicidio era parte esencial de ese juicio y se hablaría de él largo y tendido. Su hermano se sentó en el estrado y el alguacil se puso ante

él. —¿Jura decir la verdad y toda la verdad?

—Lo juro —dijo con la mano levantada.

—Cuenta a la juez cómo era Samantha de adolescente —dijo levantándose y abrochándose la chaqueta de su traje gris antes de acercarse al estrado.

David entrecerró los ojos. —Muy abierta y sociable. Siempre había alguien en casa. Muy buena estudiante. Excelente. Y nos quería con locura. Sobre todo a ti.

—¿Oigo rencor en tus palabras?

—No te guardo rencor por eso. Te guardo rencor por todo lo que vino después. —Miró a su hermana a los ojos. —Siempre ha tenido un corazón enorme y entre todos se lo rompimos. Pero tú se lo rompiste más que nadie.

Aaron levantó una ceja. —¿Recuerdas aquellas últimas Navidades donde se desencadenó todo?

David asintió. —Las recuerdo perfectamente. No volvimos a pasar unas Navidades juntos toda la familia.

—¿Recuerdas lo que me dijiste cuando llegué a casa?

Su hermano agachó la mirada y a Sam se le cortó el aliento. —Te dije que Samantha parecía algo deprimida. Que había cambiado. Hiciste que no me escuchabas alegando que estabas cansado.

Le miró mosqueado por su reproche. —Venía del trabajo, ¿recuerdas? Papá tenía un caso importante e iba a ser su ayudante. Pero te escuché. ¿De qué manera había cambiado?

—Como te dije parecía muy nerviosa por tu llegada y aunque intentaba disimular parecía más callada de lo habitual. Solo contestaba con monosílabos y una sonrisa forzada. Su actitud cambió cuando llegaste. Durante unas horas pareció ser la de siempre, pero eso cambió cuando notó que eras frío con ella. El día en que te fuiste a tu casa antes de tiempo con la excusa de que tenías que estudiar el caso la escuché llorar. —Samantha se mordió el labio inferior porque parecía que ocultaba algo.

—Y tú sabías la razón de esas lágrimas, ¿verdad?

David la miró algo avergonzado. —Sí, lo sabía. —A su padre se le cortó el aliento. —Entré en su habitación porque la llamaba mamá. Me envió a buscarla y os vi haciendo el amor.

Samantha impresionada y avergonzada miró a su padre que no salía de su asombro. —Así que supiste de nuestro encuentro desde un primer momento y no dijiste nada.

—¡Las cosas no iban bien en casa y si contaba algo así destrozaría a la familia! ¡Hice lo que creía mejor!

—Y cuando yo me alejé de ella por el mismo motivo, para proteger a la familia, tú sabías la razón de sobra, ¿no es cierto? ¡Me comprendiste!

Le miró con rencor. —Te odié por lo que le hiciste a mi hermana. Vi durante años cómo anhelaba noticias tuyas y tú le diste de lado como si no valiera nada.

—Pero tú también hiciste la vista gorda a lo que había pasado y no la ayudaste, ¿no es cierto? ¡Te mantuviste al margen!

—¡Serás cabrón! ¡Ahora échame a mí la culpa! ¡Tú la abandonaste embarazada!

La juez no salía de su asombro y ella gimió por dentro intentando reprimir las lágrimas. Su padre cogió sus manos que estaba apretando con fuerza.

—No sabía que estaba pasando por eso —siseó Aaron—. Creía que hacía lo mejor para todos.

—¡Eso dices tú! ¡Pero lo único que te importaba eras tú mismo! Ni siquiera la llamaste para saber el resultado de vuestro encuentro. ¡Te dio igual!

—Como a ti, ¿no es cierto? ¿O acaso se lo preguntaste tú? —preguntó fríamente. —Eras su hermano. ¡Sabías lo que había ocurrido y lo único que hiciste fue salir corriendo para seguir con tu vida!

—Señor Wallace, ¿qué tiene que ver todo eso con el tema que estamos tratando ahora? —preguntó la jueza obviamente incómoda—. Además, no sé por qué quiere ahondar en ese tema cuando es obvio que la señorita Wallace era menor y usted era un adulto.

—Samantha tenía dieciséis años y tuve su consentimiento, señorita. He hablado con la fiscalía y no piensan presentar cargos. Más aún porque después de diez años Samantha ha vuelto a tener una relación conmigo. Lo que estamos contando es la clave del cambio de carácter de la demandada —dijo muy tenso.

—Muy bien, continúe.

Aaron miró a David de nuevo. —Hace un año revelé ese episodio a la familia yo mismo. ¿Por qué disimulaste que no sabías nada de lo que había ocurrido entre nosotros? Me pareció que se había abierto la puerta y siempre supuse que habías sido tú. Pero cuando fuimos a la terapia familiar después de que Samantha intentara suicidarse debido a que se había descubierto todo, tú no dijiste nada.

Su hermano miró a su padre avergonzado. —Porque me sentí como un canalla.

—Así que tú te sentiste como un canalla.

—¡Sí! ¡La había abandonado! ¡Y cuando intentó matarse hace un año me di cuenta de todo lo que podía haber hecho! ¡Cómo desenmascararte, cerdo egoísta! ¡Tenía que haberlo contado todo para dejarte al descubierto! ¡Por Dios, si abortó sola en nuestra casa! ¡Sola por la vergüenza que la recorría después de que la abandonaras! ¡Después de esas Navidades jamás volvió a ser la misma!

Samantha gimió porque Aaron acababa de conseguir demostrar por su propio hermano que ahora era inestable.

—Papá... —susurró por lo bajo.

—Espera, hija. Esto no ha acabado. —Apretó sus manos dándole ánimos.

—¿En qué cambió su carácter? —preguntó Aaron fríamente.

David pálido la miró. —Se volvió más dura. Tenía peor humor. Era mucho menos sociable y casi ya no contaba nada de ella misma. Desde que se fue a la universidad nuestro contacto era mucho menor. No sé. En aquella época ocurrieron muchas cosas, porque también fueron unos años muy difíciles con la separación de mis padres. Fue muy duro. Eso la afectó como es evidente. De repente se quedó sola con mamá que estaba de los nervios. Eso unido a lo que había pasado...

—Ya, pero de ese tema tú no dijiste nada. —Su hermano agachó la mirada. —No hay más preguntas, señorita.

La jueza miró a su padre. —Mathew...

—Volvamos a ese día en Navidades. En el momento en que mamá te envió a llamar a tu hermana. —Su hermano asintió. —¿Cómo te sentiste en ese momento?

—Había visto su comportamiento juntos y aunque me sorprendió, no lo hizo tanto como debería. Su relación era especial.

—¿Más como novios que como hermanos?

—Sí. Tenían una relación tan estrecha que se entendían con una mirada. Vosotros lo veáis normal. Incluso yo lo veía normal, pero cuando vi la imagen la verdad fue impactante.

Samantha se moría de la vergüenza y nerviosa se pasó la mano por la frente.

—¿Qué ocurrió en esa cena de Navidad? —preguntó su padre.

—Aaron estaba muy callado, pero Samantha estaba feliz. De hecho parecía encantada. Tu relación con mamá ya era muy tensa. Recuerdo que Samantha no dejaba de hablar y de reír. Hasta que al día siguiente se levantó y se enteró de que Aaron se iba después de entregar los regalos. Ni esperó a la comida de Navidad. La escuché llorar en su habitación esa tarde.

—Era una chica enamorada que había sido rechazada. Que durante el divorcio de sus padres abortó a su hijo en su propia casa sin decir nada a nadie. Un trauma terrible para una adolescente. Algo que obviamente cambiaría su carácter en un momento clave de la formación de su personalidad. ¿Pero has creído alguna vez que tu hermana era una desequilibrada?

Aaron se levantó. —Señoría no es especialista en salud mental.

—Ha subido al estrado a mi hijo para que fuera testigo sobre su cambio de carácter —dijo su padre simulando asombro—. Solo estoy preguntando si cree que ese carácter se había deteriorado hasta ese punto. Él ha iniciado este interrogatorio, señoría.

—No a lugar la protesta.

—¡No! —dijo su hermano con firmeza—. ¡Si hubiera creído que mi hermana intentaría lo que hizo hace un año no me hubiera separado de su lado! ¡Y todo fue culpa suya, señoría! ¡Si él no hubiera revelado diez años después lo que había ocurrido ese día no hubiera pasado nada! ¡Lo descubrió ante todos por puro egoísmo y provocó un sufrimiento del que ella intentó escapar!

—No hay más preguntas.

Su padre satisfecho volvió a su sitio y se sentó a su lado. David se levantó furioso antes de que la juez dijera que podía hacerlo, pero esta lo pasó por alto. Cuando se sentó a su lado Samantha vio que parecía angustiado y esta cogió su mano por encima de la mesa. La miró sorprendido y esta sonrió. —Lo has hecho muy bien —susurró.

—Lo que siento es no poder ayudar más.

—Lo sé.

—Llamo a declarar a Ingrid Wallace —dijo Aaron muy tenso.

El alguacil salió de la sala llamando a su madre y Samantha miró hacia atrás. Ingrid entró y por su cara pálida demostraba la angustia que la recorría por estar entre dos de sus hijos. Su padre se tensó a su lado. —Está muy nerviosa.

—Lo hará bien —dijo su hermano al otro lado.

Su madre se sentó en el estrado y juró como lo había hecho su hermano. Aaron se acercó hasta ella. —Ingrid, ¿por qué no cuentas como te enteraste de la relación que mantuvimos Samantha y yo?

—¿Ya no me llamas mamá? —preguntó con dolor.

Aaron se tensó. —Creo que dadas las circunstancias es mejor que no lo haga.

El rostro de su madre expresó dolor, pero no replicó.

—Conteste a la pregunta —dijo la juez con una dulce sonrisa para que se calmara.

Su madre quiso sonreír, pero solo le salió una mueca antes de decirle a la juez —Me enteré por su padre. —Miró a Aaron. —Él me llamó desde el despacho diciéndome que le habías confesado que habías mantenido relaciones con la niña hacía años. Estaba furioso. Yo no me lo podía creer. —Reprimió un sollozo. —Después me puse furiosa, sobre todo con Sam porque no me había dicho nada. La llamé fuera de mí y se lo pregunté a bocajarro. —Su madre la miró arrepentida con lágrimas en los ojos. —Lo siento muchísimo, hija. No pensé en ese momento en lo que hacía y solo cuando escuché tus gritos de dolor fui consciente de lo que había hecho.

Sonrió negando con la cabeza antes de susurrar —Te quiero.

—¿Qué ocurrió en ese momento? En el de los gritos.

—Me asusté muchísimo y cuando escuché golpes llamé a la policía. Creí que llegarían

primero que yo. Y lo hicieron. Cuando llegué ya la metían en la ambulancia. No me lo podía creer. Sam siempre ha aparentado ser muy fuerte. Podía hablar con ella de cualquier cosa.

—Pero en realidad no era así.

Su madre negó con la cabeza. —No, supongo que no. Fue culpa mía. Ni me di cuenta de lo que le ocurría a mi hija siendo una adolescente. Entre eso y mi traumático divorcio en el que siempre estábamos tirándonos los trastos a la cabeza con ella en medio... Debí protegerla.

—Está claro que ninguno nos comportamos como debíamos con ella —dijo Aaron muy tenso—. Y que con eso cambió su carácter. ¿Estás de acuerdo con mis palabras?

Su madre apretó los labios antes de asentir.

—¿Has tenido miedo por tu hija en el último año? ¿Por su bienestar? ¿Porque volviera a intentar lo que hizo hace un año?

Miró asustada a su hija y se apretó las manos. —Sí, cuando ocurre algo así te crea un miedo en tu interior que no se quita fácilmente.

Aaron se acercó a la mesa y cogió unos papeles. —De hecho estabas tan preocupada por su bienestar que el cinco de junio la ingresaste de nuevo en una clínica de reposo, ¿no es cierto?

Su madre parecía a punto de llorar. —No hizo nada. Solo estaba disgustada porque habíais roto vuestra relación, pero lo superó muy bien.

—¿Porque la ingresaste! —Miró al juez. —No hay más preguntas.

—Pero... —Su madre miró a la juez. —No hizo nada, se lo juro.

—Tranquilícese, ahora le toca el turno a su marido.

Ingrid miró a Mathew ansiosa. Él sonrió desde su asiento. —Puedes contestar más extensamente, Ingrid. ¿Qué querías decir al respecto al segundo y último ingreso de nuestra hija?

Pareció aliviada. —Ella no quería ingresarse. Decía que estaba bien, pero mi miedo me hizo dar mi consentimiento. ¡Su doctora dijo que le haría un seguimiento y aconsejó su ingreso! ¡Me dejé guiar!

—E hiciste bien. El abogado se ha encargado de contar el resultado, pero no cuenta la razón para que Samantha fuera ingresada por segunda vez. ¿Por qué no se lo cuentas tú a la jueza? Mejor todavía, cuenta cómo iniciaron de nuevo su relación sorprendiéndonos a todos después de lo que había ocurrido.

Ingrid miró a la mujer y empezó a relatar como había comenzado su relación de nuevo y como al principio era feliz hasta que descubrió su infidelidad. Al ver como su madre miraba a Aaron como si quisiera pegarle en el trasero, Sam miró de reojo a su padre que observaba a su mujer como si nada. —¿No le has dicho nada de Meredith?

—¿Quieres que me mate por meter la nariz donde nadie me llama como diría ella?

Asombrada se giró hacia su hermano que hizo un gesto sin darle importancia.

—¡Eso es mentira, señorita! ¡Jamás le fui infiel! ¡Eso son invenciones de Samantha y lo demostraré! —exclamó Aaron.

Samantha chasqueó la lengua y acarició su vientre de cinco meses. Es que era para pegarle de collejas hasta Brooklyn.

—¡Tú sí que mientes! —gritó su madre—. Se presentó en el despacho de la niña y le dijo que únicamente sentías pena. ¡Albert es testigo!

—¿Te lo dijo su amante? ¡No me hagas reír! Menuda fuente.

La juez carraspeó y la rubia le dijo algo por lo bajo molesta, pero Aaron gruñó antes de mirarla de reojo.

—Es verdad, señorita. Me creía a Albert totalmente cuando me lo contó todo. ¡Y también me lo contó la niña! Él le fue infiel. ¡Y está embarazada como mi niña!

—¡Mamá no digas locuras! ¡Jamás me acosté con Meredith!

—Ah, que esa mujer existe de verdad —dijo la jueza de lo más interesada.

Su padre gimió por lo bajo. —Mierda, ha dicho su nombre.

—¿En serio pensabas que no se descubriría? —preguntó atónita.

—Pues sí, la verdad.

—¡Claro que existe! ¡Trabaja en el bufete de mi padre! —gritó Aaron.

Mathew carraspeó levantándose. —Señoría, ¿quiere que la convoque como testigo?

Los ojos de la juez brillaron. —Sí, por supuesto. Que nos aclare este asunto. Y el otro amante... ese tal Albert también.

—Ese ya está citado, señoría.

—Perfecto, Mathew. Siempre tan eficiente. —Sonrió encantada.

Ingrid entrecerró los ojos empezando a mosquearse mirando a la jueza y su padre carraspeó llamando su atención mientras Sam y David gemían por lo bajo. Tenía la misma cara que cuando provocaba un numerito de los suyos. —Continúa Ingrid.

—¿Por dónde iba?

—Por la infidelidad de Aaron.

—Ah, sí. Bueno, la niña se enteró, pero aun así intentó luchar por él. También yo tuve algo que ver en eso porque le dije que si no estaba segura no debía destrozarse su relación como yo hice con la mía —dijo mirando a los ojos a su marido—. Porque no había nada de lo que me arrepintiera tanto como de ello. La vida de todos hubiera sido muy distinta.

—¿Qué ocurrió para que la ingresaras de nuevo?

—De repente recibo una llamada de Aaron preguntando inquieto si mi hija estaba en mi casa. Yo por supuesto le dije que no y le interrogué para enterarme de por qué lo preguntaba. Me contó que mi hija solo decía disparates, que había agredido a una mujer y que empezaba a pensar que se inventaba cosas. Que su actitud había sido violenta y que al reprenderla por su comportamiento había salido corriendo.

—Como te callas lo que te interesa —dijo por lo bajo sin poder evitarlo. Aaron la miró de reojo antes de ignorar su comentario.

—Reten a tu cliente, Mathew —ordenó la juez.

—Por supuesto, señoría. Ya tendrá oportunidad de declarar.

—Espero que sí, esto está de lo más interesante —dijo la mujer dejándoles a todos con la boca abierta pues miró a su madre y preguntó —¿Qué más? ¿Qué más?

—Pues verá... Mi hija me llamó para que fuera a buscar su ropa a la casa en la que vivían juntos, pero yo quise negarme para que intentaran arreglar las cosas. Fue evidente que ella lo sintió como si yo no estuviera a su lado de nuevo.

La juez entrecerró los ojos. —Entiendo.

—Cuando intenté llamarla de nuevo ya no me lo cogía y lo siguiente que supe es que Albert me llama por teléfono pidiendo que fuera al aeropuerto con la psiquiatra de mi hija porque había tenido una crisis. Al ver su estado al bajar del avión me asusté de veras. ¡Pero yo no sabía que el médico del hotel le había dado un sedante muy fuerte, se lo juro! Creí que estaba así por... No sé por qué. Pero no imaginaba que era porque estaba drogada. La doctora recomendó el ingreso y creí que hacía lo mejor, pero ahora él lo aprovecha para intentar quitarle a las niñas. —Miró a Aaron. —¡Y no hizo nada!

—Mamá tranquilízate —dijo Samantha sorprendiéndola porque parecía preocupada.

Ingrid forzó una sonrisa. —Estoy bien, hija. ¿Ve? Señoría, mi niña sigue ahí —dijo emocionada—. La persona que tiene un corazón enorme, que nos perdonó a todos para seguir

adelante y que le dio otra oportunidad a la persona que amaba está ahí. La que a pesar de creer que le era infiel siguió amándolo por encima de todo y luchó por él. ¿Acaso no tiene derecho a decepcionarse porque le ha fallado una vez más hasta el punto de decirle que no le importaba si intentaba suicidarse de nuevo?

La juez se tensó enderezando la espalda. —¿Le dijo eso?

—Me lo contó Albert que lo oyó todo. Se lo dijo en Las Vegas, señorita. Antes de regresar y que yo la ingresara de nuevo.

Aaron se levantó para decir algo y la juez hizo un gesto con la mano para que se detuviera. —Que venga ese tal Albert. Me da la sensación de que es clave en este caso. Puede retirarse, señora Wallace.

Samantha vio por el rabillo del ojo como él molesto se sentaba de nuevo. La abogada le dijo algo por lo bajo y él asintió.

—Va a dejar de defenderse —susurró su hermano—. Se ha dado cuenta de que está fallando estrepitosamente.

Su padre asintió dándole la razón a su hijo. Albert pasó al lado de su mesa y le guiñó un ojo provocando que ella sonriera en toda aquella locura.

Se sentó y juró sobre la biblia. La mujer se levantó. —Sara Parker, señorita. El señor Wallace ha tomado la decisión de que yo continúe con el proceso.

—Debe ser la decisión más acertada que ha tomado en los últimos tiempos —dijo la juez con mala leche—. Comience el interrogatorio.

—Usted es el ayudante de la señorita Wallace, ¿no es cierto?

—Su ayudante, su mano derecha, su mejor amigo... —Fulminó a Aaron con la mirada. — Amigo gay, imbécil.

La rubia sonrió. —Cierto, amigo gay. Tengo entendido que está casado y con un hijo.

—Hija. —Miró a la juez. —Una preciosidad de ricitos rubios que nos tiene locos.

—¿Entonces nos puede explicar a todos por qué mi cliente les encontró en un hotel de Las Vegas desnudos en la misma habitación y con la cama deshecha?

Albert la miró como si fuera idiota. —¿Será porque no quería desaprovechar la oportunidad de animar a mi amiga después de que su novio fuera un cerdo con ella? ¡Vamos, eran Las Vegas, y él nos jodió el viaje! Viaje que había preparado para irse con él, por cierto. Tuvo que presentarse allí para hundirla aún más después de haberla llamado loca por expresar sus dudas por su infidelidad. ¡Y me rompió la nariz! —Miró a Aaron con rencor. —¿Debería haberte demandado!

—¿Le rompió la nariz?

—¡Sí, estaba celoso!

—Si estaba celoso sería por algo, ¿no? ¡Usted y su prometida estaban desnudos en una habitación de hotel! ¡Había indicios!

—Por supuesto que sí —dijo con burla—. ¡Indicios de que el enfermo es él!

La rubia se sonrojó. —¡Reconoce que estaba celoso!

—Eso pareció.

—¡Y en un ataque de celos, en el que usted reconoce que fuera de sí le rompe la nariz, pudo haber dicho muchas cosas que no sentía!

Albert apretó los labios. —Hay que ser muy cabrón para desear la muerte de la madre de tus hijas —dijo mirándole con odio.

Aaron agachó la mirada como si no lo resistiera y a Samantha se le retorció el corazón. ¿Qué se estaban haciendo?

—¿Qué ocurrió después?

—¿Qué iba a ocurrir? Sam estaba hecha polvo y no dejaba de temblar y de llorar. Llamé al médico. Le dio un sedante porque yo tenía que irme al hospital a que me arreglaran la nariz. Cuando volví a la habitación estaba totalmente dormida. Regresamos en el primer avión que conseguí. Todavía ni se le había pasado el efecto del sedante y antes de darme cuenta su psiquiatra se la llevaba sin que yo pudiera hacer nada.

—Pero si acaba de decir que temblaba y no dejaba de llorar. No estaba bien psiquiátricamente hablando y que llamara a su doctora indica que tenía miedo por ella. ¡Y que la doctora se la llevara lo confirmaba!

Albert ante eso no pudo decir nada. —¿Cuál era la pregunta?

Samantha soltó una risita sin poder evitarlo y todos la miraron asombrados. —Perdón. —Se tapó la boca y volvió a reír.

Su padre forzó una sonrisa. —Son los nervios, señorita. Discúlpela.

La rubia la miraba atónita. —¿Ve, señorita? No está bien.

Jadeó asombrada y su padre se levantó. —¿Cómo se atreve mi colega a hablar así de mi hija, señorita?

—Ese comentario ha estado totalmente fuera de lugar. Limítese a su trabajo —dijo la juez mirando a la abogada como si fuera idiota—. ¿Ha terminado con el testigo?

—No, claro que no. —Miró a Albert. —¿Ha presenciado otros episodios que le hayan asustado o en que haya pensado que Samantha Wallace no es estable?

—He presenciado como de ser mi jefa se ha convertido en mi mejor amiga. He presenciado que amaba a ese hombre más que a sí misma. ¡He presenciado como volvían a hacerle daño y en lugar de meterse en su caparazón de nuevo por otros diez años intentaba animarse yendo conmigo a Las Vegas! ¡He presenciado muchas cosas, pero eso no! ¡Es una persona muy cuerda!

La rubia sonrió con maldad. —¿Seguro? Su estado en Las Vegas debió alterarle mucho para hacer esto.

Se volvió y cogió algo que tenía sobre el escritorio y de repente se escuchó la voz de Albert. —¡Eres un cabrón sin sentimientos! —gritaba furioso su voz grabada—. ¡Cómo te coja te voy a romper las piernas, cabrón! —Albert se sonrojó con fuerza. —¿Está loca de dolor y deseas su muerte? No vas a tener donde esconderte, maldito hijo de...

La grabación se interrumpió y su padre no dijo ni pío. —Papá, ¿no tienes que protestar o algo?

—No, estoy encantado con el amigo que tienes.

La juez reprimió la risa antes de mirar a Albert. —¿Esa es su voz?

—No sé... ¿puedo volver a oírla?

—¡Señorita! —protestó su abogada.

—Esta mujer necesita que le saquen el palo del culo —dijo su amigo por lo bajo.

La abogada gruñó antes de continuar —Loca de dolor, señorita. ¡Esas han sido sus palabras en la llamada que le hizo a mi cliente! Y le dijo muchas cosas más que pienso ahorrarles porque son...

—Es un decir, mujer. —La miró de arriba abajo. —Esos zapatos no te pegan con el vestido. ¿Traje rosa y zapato marrón? No.

Exasperada miró a la juez que chasqueó la lengua. —Aunque tenga razón intente contestar exclusivamente a la pregunta.

—¿Qué pregunta?

—¡No hay más preguntas!

Albert sonrió radiante mientras iba hacia su mesa y hablaba en voz baja con Aaron que tampoco estaba muy contento. —Estupendo.

Mathew rio por lo bajo levantándose. —No sabes cómo me alegro de verte.

—Gracias, majete.

Todos sonrieron sin poder evitarlo. Todos menos Aaron que la fulminó con la mirada. —La acusación se ha olvidado de preguntar algo clave en este caso, así que voy a hacerlo yo para ahorrarnos proceso. Háblanos de esa tal Meredith.

—Menuda bruja —dijo él haciendo que Sam entrecerrara los ojos—. Una bruja de cuidado. Se presentó en su despacho y le echó en cara una relación con Aaron de dos años. —Sin poder creérselo escuchó cada palabra que había salido de Meredith cuando su amigo sabía de sobra que ella no había sido amante de Aaron. Y lo sabía de sobra porque se lo había dicho ella misma. ¿Qué estaba pasando allí? Entonces lo entendió. Querían hacer entre todos que Aaron pareciera infiel ante la juez. Preocupada miró a su hermano que al ver su reacción negó imperceptiblemente con la cabeza.

—Ni se te ocurra.

—Pero...

—Piensa en las niñas. Ni se te ocurra llevarle la contraria a papá en esto.

Miró de reojo a Aaron y vio que estaba muy concentrado en lo que Albert estaba diciendo. Es más se enderezó acercándose a la mesa sin perder palabra y cuando frunció el ceño como si algo no le cuadrara Samantha se dio cuenta de que se le había quedado mirando y volvió la vista al frente. Se sonrojó con fuerza porque la juez la observaba atentamente y agachó la mirada porque la había pillado.

—Así que le dijo todo eso —dijo su padre.

—Claro que sí. ¡Y le pillamos entrando en el portal justo a la hora que ella había dicho! ¡Por eso me la llevé a Las Vegas! ¡Tenía que animarla!

Aaron se levantó. —¡Y para animarla te acostaste con ella! ¡No parecía nada disgustada cuando os encontré! ¡Habían pedido champán, señoría! ¡Y tuvieron la desfachatez de cargarlo a mi cuenta en una burla absurda!

La juez levantó una ceja. —Típica venganza femenina.

—Fue cosa mía, juez —dijo Albert satisfecho.

—Sí que es gay.

—¡Claro que lo soy! ¡El único que no lo piensa es ese!

Aaron levantó las manos exasperado antes de sentarse de nuevo.

—¿Quieres callarte? ¿Se puede saber que rayos estás haciendo...?

Esa frase le hizo girar la cabeza como un resorte y fulminar a la abogada con la mirada. ¿Había oído mal? ¿Al final le había llamado cielo? Uy, uy... Vio cómo se acercaba a su oído y le susurraba algo. Ver como esos labios rojos estaban tan cerca de su oreja le hizo hervir la sangre por dentro. ¿Estaría con esa mujer? ¿Y a ella qué le importaba? Ya no estaba en su vida. Pero incomprensiblemente aun después de todo lo que le había hecho, no podía dejar de desear gritarle a esa mujer que se apartara de él. No despegó los ojos de ellos ni un instante. Aaron pareció pensar lo que le había dicho antes de mirarla a los ojos y asentir mientras su padre decía regresando a la mesa —He terminado, señoría.

—Puede retirarse.

—¿Puedo decir algo más? —La juez iba a negarse, pero su amigo dijo —Cuando esto termine y usted vea la luz... ¿Puede meterle un paquete a ese gilipollas por subnormal?

La mujer retuvo la risa. —Esa no es mi función.

—Señoría, esto es indignante. ¡Ha insultado a mi cliente varias veces! —dijo aquella rubia con mala leche.

A Samantha empezaba hasta molestarla el sonido de su voz y eso no le pasaba mucho. La miró fijamente mientras la juez le decía algo que ni llegó a escuchar. Vio como se sentaba de nuevo y la escuchó gruñir.

—¿Siguiente testigo?

Eso le hizo mirar hacia el estrado. Albert se acercó ante su mesa y se agachó para darle un beso en los labios. —¿Ha visto eso, señoría? —preguntó Aaron casi saltando de la silla—. ¡Nos están tomando el pelo!

La juez puso los ojos en blanco mientras Albert salía riendo de la sala. —Hijo, ¿estás bien?

Aaron la miró confuso. —¡Claro que sí, señoría!

—Pues parece... celoso y no entiendo por qué cuando has dejado clara tu postura respecto a tus sentimientos hacia Samantha.

Su padre se levantó de nuevo sorprendiéndola. —¿Ve, señoría? ¡No se aclara! Pero ya verá, ya... ¡Que todavía le queda mucho por oír!

Aaron le miró sorprendido como si no supiera de que hablaba y ella gimió por dentro. Iba a ser un día larguísimo.

Capítulo 12

—¿Siguiente testigo?

—Solicito a la sala una evaluación psiquiátrica de la demandada, señoría —dijo la rubia mirando unos papeles.

—¿Por qué no se solicitó en su momento? ¡Eso nos hace perder el tiempo!

—Iba a venir su psiquiatra, pero ayer mismo a última hora se ha escudado en el secreto profesional y nos amenaza con una demanda.

La juez entrecerró los ojos. —Pues eso significa que la demandante no es peligrosa ni para sí misma ni para la sociedad, ¿no creen? ¡Eso es de primero de derecho!

—Ha sido una encerrona para dejarnos con las manos atadas, señoría. Solicito a la sala que la demandante sea examinada por un profesional.

Su padre se levantó. —Puesto que no tenemos nada que ocultar podemos solicitar a la doctora Madison que se presente, señoría. Si tiene el consentimiento de su paciente seguro que colabora.

La juez sonrió. —Perfecto. —Miró a la abogada como si fuera idiota. —¿Ve? No tienen nada que ocultar.

—¡Pues ya podían haberle dado el consentimiento antes!

—No fue solicitado, señoría. Como la doctora Madison era testigo del demandante pensábamos que estaría aquí —dijo como si fuera lo más obvio del mundo—. Es más, nos conviene su testimonio. —Malicioso sonrió a su colega.

—Al parecer tiene que llamar a mucha gente, así que haremos un receso para comer. —La juez cogió la maza. —Se levanta la sesión hasta dentro de dos horas. —Golpeó la maza y se levantó. —Qué familia más interesante... Menudo lío —dijo por lo bajo sonrojándola.

—Vamos —dijo su hermano levantándose y cogiéndola del brazo con cuidado para ayudarla. Al volverse vio que Aaron miraba su vientre antes de que esos ojos grises subieran hasta los suyos. Se detuvo en seco porque durante un segundo vio anhelo en ellos antes de que furioso saliera de la sala con su abogada casi corriendo tras él.

—¿Habéis visto eso? —preguntó David.

—Sí, hijo... Sorprendente.

Ella pasó entre ellos y susurró —Tengo que ir al lavabo.

Observaron como Samantha iba hacia la puerta y su madre la esperaba. Ingrid le dijo algo en voz baja y ambas desaparecieron de su vista. Padre e hijo se miraron. —Te va a delatar, padre. En cuanto la subas al estrado contará lo de Meredith. No podrá evitarlo. No sabe mentir.

Mathew asintió. —Lo sé, hijo. —Le dio una palmada en el hombro. —Y precisamente por eso sé que ganaré este proceso.

Cuando regresaron a la sala después de haber ido a comer, estaba muy inquieta. Tenía la sensación de que esa tarde sería crucial en el juicio. Cuando llegaron a la sala Aaron estaba solo en su mesa y ella miró a su alrededor. ¿Dónde estaba la rubia? Confundida se sentó en su sitio. Su madre como ya había testificado lo hizo tras ellos al igual que Albert que había intentado animarla en las últimas horas sin ningún resultado. Se levantaron cuando la juez entró en la sala y la mujer sonrió. —Muy bien, continuemos. ¿Señor Wallace?

—No hay más testigos, señoría —dijo como si le diera todo igual.

Asombrada le miró. ¿Había bebido? Asustada le observó atentamente.

—Joder —dijo David por lo bajo.

Ingrid se levantó en silencio y se puso tras él para decirle algo. Preocupada le cogió por el

hombro al ver que no le hacía caso y Aaron sonrió con desprecio dejándoles helados.

—Papá...

—Hija ya no puedo detener esto.

—Va a destrozar su reputación. Tenemos que hacer algo. —Miró a la jueza que parecía distraída con su móvil y de repente Samantha gimió cogiéndose el vientre.

La mujer la miró. —¿Está bien, querida?

—Me duele —dijo asustada.

Su padre y su hermano se levantaron de inmediato. —¡Una ambulancia! —gritó su padre.

—Es la tensión, tranquilícense —dijo la juez antes de gritar—. ¡Una ambulancia!

Antes de darse cuenta Aaron estaba pálido ante ella y se acuclilló. —Nena, ¿estás bien?

Sin aliento miró sus torturados ojos grises y sin darse cuenta los suyos se llenaron de lágrimas. Él pareció no soportarlo y se levantó saliendo de la sala a toda prisa. Su padre se agachó a su lado. —Muy bien hija, pero quéjate un poco más, la juez nos mira.

—Ay...

La juez se levantó. —Eso son contracciones.

—Pero es muy pronto —dijo su madre angustiada sin enterarse de nada.

David la cogió en brazos y salió con ella a toda prisa de la sala. Todos corrieron tras ellos, doctora Madison y Meredith incluida. Al ver a Aaron gritándole al teléfono estiró el brazo y le arrebató el móvil de la mano. —Nena, devuélvemelo que estaba llamando a una ambulancia —dijo ya despejado del todo del susto.

No le hizo ni caso y susurró a su hermano —Corre, corre.

—Hago lo que puedo. Has subido de peso.

—Muy gracioso. —Se acarició el vientre.

Sorprendentemente cuando salieron del juzgado llegaba una ambulancia en ese momento y David la llevó hasta allí. —Ahora disimula porque si no nos meteremos en un lío de primera.

Se volvió a quejar y su hermano con ayuda de un sanitario la subió a la camilla. Entonces su familia se quedó fuera y cerraron las puertas. Con los ojos como platos miró las puertas cerradas. ¿Y ahora qué hacía?

—¿Tienes contracciones? —preguntó un chico que se puso a su lado.

—Me duele. Mucho. Pero igual no es nada. Estoy pasando un momento algo tenso, ¿sabes? Igual ya se me ha pasado —dijo nerviosa—. Sí, creo que se me ha pasado.

Al escuchar la sirena y como la ambulancia se movía gimió. Buena la había hecho ahora. El doctor dijo —Ponle una vía. ¿Tu nombre?

—Samantha.

—Muy bien, Samantha. Enseguida llegaremos y averiguaremos qué ocurre. Tú no te preocupes. Tómale la tensión.

Una chica con un chaleco amarillo como el de él le puso el tensiómetro en el brazo y preguntó —¿De cuánto estás?

—Casi de veinte semanas. Son gemelas.

La chica le guiñó un ojo. —Tensión noventa sesenta, doctor.

—Eso es algo baja, ¿no?

El doctor asintió. —¿Te mareas?

—Me encuentro muy bien. Algo nerviosa...

—¿Has comido?

—Un poco —dijo empezando asustarse.

—No te preocupes, seguro que todo va bien. Pero es mejor hacerte un repaso. ¿Ahora te

duele?

—No, desde que salí del juzgado no.

—Ya estamos llegando.

Se dio cuenta de que la habían llevado al Presbyterian y sorprendida vio que había varios taxis y que su familia salía de ellos a toda prisa. —¡Mamá!

Ingrid se acercó corriendo. —¿Estás bien?

—Tiene la tensión algo baja. No se preocupe, señora. Vamos a hacerle una eco. —El médico habló con un hombre con bata que salió en ese momento.

—¿La tensión baja? —preguntó su hermano.

Le miró a los ojos asustada y se acarició el vientre. Albert sonrió. —No te preocupes, ¿vale? Estamos aquí.

—Todos —dijo David.

Emocionada miró a su alrededor. Hasta Meredith y su psiquiatra sonrieron. Y sus ojos se encontraron con los de Aaron. Estaba allí y por lo que veía muy asustado. Empujaron su camilla y ella miró hacia atrás. Su familia. Emocionada miró al frente.

—Mucha gente se preocupa por ti, ¿verdad? —dijo el hombre de la bata. Vio en su chapa que ponía doctor Roberts—. Vamos a ver cómo está todo para tranquilizarles.

Se pasaron cuatro horas haciéndole pruebas y eso sí que la puso nerviosa porque nadie le decía nada. Estaba tumbada sobre la camilla con una bata de hospital puesta y una vía en el brazo, aunque no le habían puesto ninguna medicación. Sintió que una de sus hijas se movía. Se acarició el vientre sonriendo aliviada. —Me habíais asustado. No lo hagáis más. —Su hija se movió bajo su mano y sonrió cuando escuchó voces. Frunció el ceño al oír que alguien decía muy alto que como no se fueran llamaban a seguridad.

—¡Déjeme pasar! ¡Soy el padre de las niñas!

Se sentó de golpe y a toda prisa se bajó de la camilla. Descalza abrió la cortina para sacar la cabeza. Los gritos aumentaron. —¡Soy su psiquiatra! Soy sanitario y puedo verla. ¡Déjeme pasar! ¡Tengo que comprobar su estado!

—¡Y una leche! ¡Pasaré mi mujer o yo! ¡Es nuestra hija!

Asombrada vio como discutían enfervorecidos por llegar hasta ella mientras varias enfermeras intentaban contenerles en la puerta. —¡Cómo no esperen en la sala llamaré a seguridad para que les echen del hospital!

Sonrió porque por sus caras no se daban por vencidos y de repente empezaron a discutir de nuevo todos a la vez. Abrió del todo la cortina y salió acariciándose el vientre. Su familia la vio llegar y sonrió. Las enfermeras se volvieron. —Señora vuelva a su camilla. ¡Y está descalza! ¡Una silla de ruedas!

De repente alguien la cogió en brazos y se le cortó el aliento al ver que era Aaron. Se sonrojó de gusto y avergonzada miró sobre su hombro para decir —Estoy bien. No os preocupéis.

Aaron la metió en el box y la tumbó sobre la camilla. Sin mirarla preguntó —¿Estás bien?

—Sí —respondió comiéndoselo con los ojos—. Fingí.

Él asintió. —Ya me lo ha contado tu padre, aunque parece que la cosa se ha complicado un poco.

—También es tu padre.

—No, nena... Ya no. —Parecía avergonzado y ella quiso que le mirara a los ojos.

—No digas eso, le dolería mucho escuchar algo así. Siempre será tu padre por mucho que pase.

—Hay cosas que no se perdonan. —Se pasó la mano por la nuca como si estuviera agotado.

—Voy a retirar la demanda.

Su corazón dio un vuelco en su pecho. —Veo que habéis hablado.

—Después de escuchar a Albert en la sala decidí hablar con Meredith. —Sonrió con tristeza. —Tenía que haberlo hecho desde el principio, joder. Está muy arrepentida porque se enteró de todo lo que está ocurriendo y cuando supo que tenía que declarar se asustó porque te quitaran a las niñas. Va a ser madre y entiende por lo que estás pasando. Así que ha dejado con el culo al aire a tu padre en medio de la sala de espera.

—Se ha debido montar una buena.

—Tu madre casi se tira sobre Meredith para arrancarle los pelos. Esa no vuelve por el bufete. Le ha dicho que como la vuelva a ver la raja. Se ha ido corriendo, aunque quería hablar contigo para disculparse.

—Fue cosa de papá. Puedo entender que se prestara a ello. Puede ser muy persuasivo cuando le conviene.

Él asintió apretando los labios antes de mirar hacia la cortina como si estuviera incómodo. Le miró fijamente.

—Tu padre tiene razón, ¿sabes? Hice que tu hermano te llamara para quedar en aquella comida por el bufete.

Sonrió con tristeza acariciándose el vientre. —Me lo imaginé cuando mi padre habló conmigo del testamento del abuelo. Me habías ignorado diez años. Aprovechaste ese momento para reencontrarte conmigo y tantearme.

—Y te negabas a mí totalmente.

—Por eso confesaste y simulaste estar enamorado —susurró esperando ver esos ojos, pero parecía tan avergonzado...

—No, nena. —Se pasó una mano por la nuca y suspiró mirando inquieto la cortina como si temiera que le echaran en cualquier momento.

—¿Aaron?

—Será mejor que pase tu madre.

Iba a volverse y ella le cogió por el brazo para detenerle. —Dime la verdad, creo que me lo merezco.

La miró a los ojos. —¿La verdad? La verdad es que me sentí un miserable cuando tenías dieciséis años y me alejé todo lo posible. Me moría de remordimientos pensando en lo que opinarían tus padres. ¡Debía ser tu hermano!

—Ya tenía un hermano.

—Tenía la sensación de que no te olvidaría nunca. ¡No salías de mi cabeza! ¡Te aseguro que fue un alivio que dejaras de llamarme! Joder, ¿tenemos que volver a hablar de esto?

—Puedes saltar diez años. Estoy impaciente por saber tus razones para decirle a mi padre lo que había ocurrido en esas Navidades.

—Nena, no tengo excusa.

—No quiero excusas, quiero la verdad —le rogó—. Tengo derecho a saber la verdad.

—La verdad es que vi como todo por lo que había trabajado se me escapaba de entre los dedos y en un arrebato de venganza hacia él y hacia a ti por tu desprecio aquel día en el restaurante, le dije la verdad.

—Solo querías vengarte por no heredar el bufete —susurró sin darse cuenta de que sus ojos se llenaban de lágrimas—. ¿Simulaste que me querías y todo se te fue de las manos?

—No, nena —dijo angustiado—. Cuando me llamó tu madre y me contó que estabas crítica fue cuando me di cuenta de que no solo era un cabrón sin sentimientos, también me di cuenta de

lo importante que siempre habías sido para mí. El terror me invadió. Pero aun así cuando te recuperaste no hice nada. No tenía ningún derecho. Solo mi egoísmo te había llevado a esa situación. Intenté continuar con mi vida alejándome del bufete, que era la razón por la que te había hecho daño. Pero enterarme por tu madre que estabas saliendo con otro... ¡Eres mía!

Se le cortó el aliento y una lágrima rodó por su mejilla. —Entonces por qué no me creíste cuando te conté lo de Meredith. ¿Si soy tuya por qué creíste que tenía algo con Albert? ¿Por qué deseaste mi muerte! ¿Qué clase de amor es el tuyo?

Pálido negó con la cabeza. —Esto no tiene sentido. Solo te hago daño.

Se alejó saliendo del box como si le persiguiera el diablo, pero ella saltó de la camilla. Empujó la cortina furiosa y gritó —¿Por qué? ¿Por qué no me creíste?

Aaron se detuvo ante la puerta y se volvió mirándola arrepentido. —Porque no había pasado, nena. Yo sabía que no te había sido infiel y era imposible para mí que Meredith hubiera hecho eso. Así que la única que estabas perdiendo la cabeza tenías que ser tú porque...

—Había intentado suicidarme en el pasado. —Asintió muy tensa sin darse cuenta de que estaba llorando.

—¡Lo siento! —gritó torturado—. ¡Estaba asustado!

Se le cortó el aliento. —Por si había perdido la cabeza.

—¡Sí, porque todo lo que habíamos construido se derrumbaría!

Sollozó dando un paso atrás. —Y lo de Albert te lo confirmé, ¿verdad? Tu Sam no hubiera hecho algo así jamás. ¡Estaría rogándote que la perdonaras como cuando era una niña! ¡No te cuadraba que estuviera en Las Vegas pasándoselo bien! —gritó fuera de sí—. ¡No, tu Sam tenía que estar destrozada por discutir contigo y dolida por lo que le habías dicho!

Aaron apretó los labios, pero no la rebatió lo que le indicó que tenía razón. —¿Lo sentiste? ¿Sentiste haberme dicho que te importaba poco que me muriera? ¿Que así te ahorraría trabajo?

Él palideció dando un paso hacia ella. —Nena...

—¿Sentiste llevarme al juzgado? Porque esta mañana no parecías arrepentido en absoluto.

—¡Aún no sabía la verdad!

Le miró con desprecio. —Claro, todavía creías que estaba loca. Pues tienes toda la razón, tengo que estar loca para haberte querido tanto. —Sollozó volviéndose. —Más que a mi vida. Pero lograré olvidarte. Lograré ser feliz sin ti —dijo antes de desaparecer de su vista.

Aaron cerró los ojos en un gesto de dolor antes de taparse el rostro con las manos y volverse para abrir las puertas de golpe. Su familia observó como salía del hospital con la angustia y el arrepentimiento reflejado en el rostro.

Bethany cruzada de brazos ante ellos dio dos golpecitos en el suelo con el pie mirándoles como la directora de una escuela. —Escuchadme bien... ¡Me he dejado la piel para que esa relación funcionara y no hacéis más que meter la pata! ¡A partir de ahora nadie y digo nadie, moverá un dedo sin mi consentimiento! ¿Me habéis entendido? ¡Y nada de secretos!

Su padre y David tuvieron la decencia de sonrojarse.

—¿Y ahora qué tenemos que hacer? —preguntó Albert.

—¡Dejadme a mí como teníais que haber hecho desde el principio! ¡Y esto también va por ti!

—¿Nada de ir a Las Vegas?

—Nada de nada. —Se quedó en silencio pensando en ello. —Dejadme a mí, algo se me ocurrirá.

Todos sonrieron satisfechos confiando en su criterio, aunque ella no estaba tan segura de que pudiera arreglar ese desastre. Tenía que pensarlo y mucho.

Caminó por la cocina revisando el resultado. Abrió uno de los cajones y dejó que se cerrara

solo. Asintió satisfecha mirando el color gris claro de los azulejos estilo metro. —Ha quedado muy bien.

—El cliente está encantado con las fotografías que le he enviado. ¿Le entrego las llaves esta tarde?

Ella revisó el brillante suelo y frunció el ceño al ver un poco de cemento en las juntas. —No, que vengan a limpiar de nuevo. Y quiero la cocina como un espejo, ¿me has entendido?

—Sí, jefa.

Caminó hasta su bolso que estaba sobre una de las encimeras. —Me voy que tengo terapia. ¿Tengo citas por la tarde? —preguntó distraída sacando su móvil.

—Viernes libre. Y deberías tener menos clientes. Estás embarazada.

—¿No escuchaste al médico? Estoy perfecta. Uy, qué hambre. A ver si me compro algo de camino.

—¿Algo sano?

—No fastidies, que soy joven y tengo excusa para comer lo que me plazca.

—Siempre comes lo que te place —dijo su amigo apagando la luz.

—¿Qué tal la niña?

—Ha dormido de un tirón. Se ha producido el milagro.

—Felicidades. Hay que celebrarlo. ¿Mañana salimos de compras? Tengo que empezar a mirar lo de los bebés.

—No puedo. Tengo fin de semana en la casa de los suegros.

Ella hizo una mueca. —Vale. Tómate la tarde libre.

—Eres la mejor. —Al entrar en el ascensor la miró de reojo. —No has querido hablar de ello. Sonrió con tristeza. —Solo me confirmó lo que ya creía.

—Te ama.

—Sí —susurró con tristeza—. Pero no lo suficiente como para luchar a mi lado en lo bueno y en lo malo. Sobre todo en lo malo.

A eso su amigo no pudo decir nada. —¿Qué vas a hacer el fin de semana?

—Supongo que llamaré a mi madre para ir de compras. —Le guiñó un ojo saliendo del ascensor.

—Estará encantada. Mi suegra disfrutaba muchísimo con esas cosas. —Cruzaron el hall del edificio de apartamentos que estaban decorando en la Quinta avenida y al salir se encontraron de frente con la juez Sullivan.

—Vaya, vaya... —Miró su vientre. —Me alegro de verte tan bien, Samantha.

—Juez Sullivan.

—Lláname Dorothy. —Sonrió a su amigo. —Arthur...

—Está más guapa sin sotana.

La juez se echó a reír. —Se llama toga.

—Eso.

—¿Al final no fue nada?

—Seguramente fueron los nervios del juicio —dijo incómoda.

—Me alegró mucho saber que Aaron había retirado la demanda.

—Sí, fue una sorpresa.

—Me sorprendió mucho su actitud durante el juicio. Sobre todo porque tiene fama de buen abogado y no hacía más que meter la pata quedando en evidencia con cada testimonio. —Sam entrecerró los ojos. —Y esa mujer que llevó a la sala... Una abogada de tercera que nunca llegará a nada. Wallace tiene fama de ser duro y despiadado. De no perder un juicio y sus

argumentos eran bastante pobres frente a lo que nos tiene acostumbrados. Sobre todo teniendo en cuenta lo que se jugaba.

—¿Qué quiere decir?

La juez se encogió de hombros. —No lo sé. Un mal día lo tiene cualquiera, pero Aaron Wallace no. Puede que se arrepintiera y quisiera salir de eso con el orgullo intacto en lugar de dar el brazo a torcer como hizo después. ¿Tú qué opinas, Samantha? —Sonrió agradablemente. —Me ha gustado veros —dijo antes de alejarse calle abajo.

Caminaron en silencio en dirección contraria. —¿Por qué se presentó al juicio si no quería ganar? —preguntó su amigo confundido.

Su corazón se aceleró en su pecho y una idea se le pasó por la cabeza, pero la apartó de su mente por absurda. —No lo sé y lo que es peor, no me importa.

Capítulo 13

—Quería verme, como aquel día en el restaurante —dijo sentada ante Bethany que tomaba una taza de té. Miró a su alrededor—. Esta consulta me gusta más que la de la clínica. Es menos fría. —Acarició el tapizado de la butaca. —Aunque yo te la hubiera decorado mejor.

—¿Estás cambiando de tema? —preguntó divertida.

Chasqueó la lengua. —¿Tienes algo de comer?

—Tienes galletas en la cocina.

Suspiró levantándose y abrió la pequeña puerta para encontrar un baño. Pero al lado había otra puerta que abrió dando a una pequeña cocina. Abrió los armarios y encontró una bolsa de patatas fritas. Regresó metiéndose un puñado en la boca y Bethany puso los ojos en blanco.

—¿Qué? Tengo hambre. Siempre tengo hambre —dijo con la boca llena.

—Seguro que las niñas agradecerían otro tipo de comida.

—Qué va. Las patatas les encantan a los niños. ¿No lo sabías?

Divertida observó cómo se sentaba devorando patatas y cuando Bethany se quedó en silencio gruñó porque aún esperaba una respuesta. —Es solo una locura que se me ha pasado por la cabeza. Una de tantas.

—¿Por qué crees que es una locura? Tu padre me ha dicho que estaba sorprendido por cómo llevó el proceso. Cometió errores garrafales cuando solo tenía que mostrar los informes médicos sobre tus ingresos sin entrar en detalles escabrosos. No tenía que hacer nada más y sin embargo llamó de testigos a personas que solo podían dejarle mal una y otra vez.

Se encogió de hombros metiéndose más patatas en la boca para disimular sus nervios. Bethany reprimió una sonrisa. —¿Estás intentando huir, Samantha?

La miró con ganas de pegar cuatro gritos. —¿Y qué si quiero huir? ¡Estoy harta! ¡No haces más que decir que tengo que enfrentarme a las cosas y eso solo me lleva a la caja de clínex!

Bethany se echó a reír. —¿Has oído eso de la verdad nos hará libres?

—Quien dijo eso no tenía a Aaron en su vida. O a mis padres. —Dejó la bolsa de patatas a un lado. —¿Sabes que han vuelto a salir?

—Sí, también vienen a terapia.

—Te estás forrando con nosotros, ¿no?

Su psiquiatra se partía de la risa. —Me dais trabajo.

Hizo una mueca. —Mamá estaba feliz cuando me llamó por teléfono.

—¿Qué sientes al respecto? ¿Sigues enfadada porque lo intenten de nuevo?

Pensó en ello y susurró —No, les admiro. Se quieren y quieren estar juntos.

—Parece que les envidias.

—Envidia su tenacidad. Después de tanta estupidez es admirable que lo intenten de nuevo.

—¿Tú lo intentarías?

—¡Quiso quitarme a las niñas! ¡Me llamó loca y con sus palabras demostró que le importaba una mierda! Si hubiera estado loca como él creía podría...

—¿Haberte quitado del medio?

—No puedo comprender como alguien que ama puede hacer tanto daño.

—A ti se te cruzó un cable en un momento dado. ¿Hay que ser comprensivo contigo y con él no? No sabía dónde estabas y tu estado después de ser cruel contigo. Cuando llegó a Las Vegas encontró una situación que le sobrepasó. Eso no le dejó ver las cosas claras y reaccionó mal. Reaccionó muy mal.

—¿Estás intentando justificarle? —preguntó asombrada.

Bethany suspiró y se levantó dejando la taza en la mesilla que tenía al lado. Fue hasta su mesa y cogió un pen drive. —Aquí tienes la última sesión de Aaron. —Se le cortó el aliento levantándose de inmediato sin quitarle la vista de encima a la memoria entre sus dedos. —Ayer estuvo aquí y creo que deberías escucharla. No por ti sino por él. No lo está pasando bien, ¿sabes? Te pido que la escuches y si después de oírle no quieres saber nada más de él lo entenderé. Es una sesión dura, no te voy a mentir.

—¿Aaron sabe esto?

Bethany negó con la cabeza. —Y no le gustaría enterarse de que te la doy, así que te pido discreción, por favor. Me juego mi licencia.

Asintió cogiendo la memoria de su mano. —Te la devolveré.

—Gracias. —Bethany sonrió y la cogió por la barbilla para que la mirara a los ojos. —Reconoce muchas cosas. Algunas realmente dolorosas, así que ten esa caja de clínex a tu lado.

—De acuerdo —susurró algo asustada por lo que podía llegar a oír, pero lo que realmente la asustaba era escuchar que jamás la había querido. Ese sería un auténtico mazazo porque eso solo demostraría que todo había sido mentira de principio a fin.

—Pero eres fuerte y podrás con esto.

Asintió y cogió su bolso colgándoselo al hombro. —Te llamaré.

—Hazlo.

Sentada en el sofá ante su ordenador portátil pinchó sobre el archivo y vio que era de video. Tomó aire dudando, pero las palabras de Bethany diciendo que lo estaba pasando mal hicieron que le diera al play.

En la imagen vio la espalda de Bethany y como Aaron se abría la chaqueta antes de sentarse en el mismo asiento en el que se había sentado ella esa misma tarde. Le escuchó suspirar y vio como apoyaba los codos sobre las rodillas antes de pasarse las manos por la cara.

—Pareces agotado.

—No duermo muy bien —dijo provocándole un vuelco al corazón. Al levantar su rostro se impresionó porque tenía ojeras y parecía enfermo. Nerviosa se acarició el vientre. —Las pastillas que me recetaste hace meses no sirven para nada.

—Probaremos con otras. Hace días que no te veo. Desde el hospital. Te fuiste rápidamente.

—No quería escuchar más reproches. Fueron cuatro horas en los que ya escuché bastante.

—No te quedaste para esperar los resultados.

—Mi madre me llamó en cuanto salieron del hospital.

—¿Fue un alivio saber que estaba bien?

—Sí. Ni te imaginas cuánto. —Miró sus manos y las apretó. —¿La has visto?

Samantha se enderezó cuando preguntó por ella.

—Sí. Ayer comimos juntas y vendrá mañana. Parece muy entera.

Él asintió. —Bien.

—¿Cómo te sentiste al darte cuenta de que tus planes en el bufete habían quedado al descubierto?

—¿Cómo me sentí? Como un cabrón porque ella lo supiera.

—No me lo habías contado. ¿No confías en mí? ¿Creías que se lo diría?

—Es algo que intenté olvidar por el bien de todos.

—Entiendo, si no lo recuerdas no existe.

—Algo así. Solo quería ser feliz. —Levantó la vista hacia Bethany. —¿Eso es malo?

—No, no tiene nada de malo. En nuestras sesiones anteriores a vuestra separación parecías feliz. ¿Lo eras realmente?

—Sí, lo era. La había recuperado y nunca he sido más feliz que en ese momento. —Los ojos de Samantha se llenaron de lágrimas por el dolor que reflejaba su rostro. —Pero tuve que joderlo como siempre.

—¿Qué hubieras hecho distinto? ¿Si tuvieras la oportunidad de empezar de nuevo qué harías distinto?

—Aquel día de Navidad no me hubiera ido. Hubiera hablado con ella.

—Era una adolescente. ¿Crees que hubiera funcionado?

—Ahora sí. Siempre nos hemos entendido.

—Pareces muy seguro.

—Si no la hubiera dañado su vida hubiera sido muy distinta a mi lado. Pero fui un cobarde y fue ella quien pagó las consecuencias. —Sam cogió el ordenador para verle mejor sin darse cuenta de que lloraba. Aaron se pasó una mano por la frente. —En realidad hubiera hecho mil cosas de manera diferente, pero ahora ya no importa.

—Claro que importa, estás arrepentido.

—Eso es inútil, la he perdido.

—¿Por qué la utilizaste para hacerte con el bufete? —Él desvió la mirada. —¿Aaron? Contéstame, por favor.

—La vi.

—Perdón, no te entiendo.

—Dos días antes la vi saliendo de su oficina. Yo pasaba en un taxi y ella hablaba por teléfono. Por el semáforo en rojo el taxi se detuvo justo ante ella y ni sé lo que sentí. No pude dejar de pensar en ella y...

—Te buscaste una excusa para recuperarla.

—No era una excusa, lo pensé y lo hice. Quería el bufete y si podía tenerla a ella mejor. Creía que mi plan era perfecto. Ya éramos mayores para hacer con nuestras vidas lo que nos viniera en gana sin recriminaciones o malas miradas. —Samantha separó los labios impresionada. —Pero en cuanto se sentó ante mí en la mesa me di cuenta de que estaba distinta. La esperaba distante y enfadada, pero estaba realmente nerviosa como si me temiera. Después se puso a la defensiva y me habló con desprecio hasta que llegó su amenaza.

—Amenaza que tú aprovechaste para vengarte.

—Llegué al despacho frustrado y mi padre me llamó. Cuando me reuní con él me recriminó que había retraso en uno de mis casos. Ni sé lo que me pasó por la cabeza. Era el mejor en su bufete y siempre me estaba exigiendo cuando no iba a heredar nada. Cuando decía que era un hijo como los demás. —Miró al vacío. —Desvié la conversación a su relación con Ingrid y le solté que Sam no quería escucharme. Mi padre es listo y aprovechó la ocasión para recriminarme que me hubiera alejado tanto de ella. Ahí decidí sincerarme.

—Sabías que a Sam le harías daño con ello. Y a tu padre.

—Estaba furioso, frustrado...—dijo impotente retorciéndole el corazón.

—Ya me has contado que cuando te enteraste de lo que Sam había hecho quisiste morirte, ¿eso era cierto?

—Sí.

—¿Y qué sentiste cuando te enteraste de que tu padre había interferido en tu relación con Sam? Cuando te dijo ante todos a gritos que no se había fiado de tu relación con ella desde el principio.

—Lo entendí. De hecho me sorprendió que me apoyara al principio aunque supuse que al vernos felices lo había aceptado. Al igual que David.

—Tampoco mencionaste en otras sesiones que David os había sorprendido aquella tarde.

—No estaba seguro.

—Y aprovechaste que estaba bajo juramento para echárselo en cara. —Vio como Bethany suspiraba cuando él miró al vacío. —¿Qué querías conseguir con eso, Aaron?

La miró a los ojos torturado. —¿Sabes lo que es que el amor de tu vida haya intentado matarse por el daño que le has provocado? ¿Sabes lo que se siente al saber que le has fallado una y otra vez? Intentaba sentirme mejor. Que las culpas se repartieran un poco. —Sam sollozó por su dolor. —Pero no sentí nada, solo frustración porque mi mujer casi ni quería mirarme. —Apoyó los codos sobre las rodillas de nuevo y se pasó las manos por su rostro una y otra vez. —No dejo de verla en aquel pasillo del hotel. Sabía que le estaba haciendo daño con mis palabras y continúe y continúe para sacar el veneno que tenía dentro. La llamé zorra. —Rio sin ganas mirando el suelo. —Era Albert, por el amor de Dios.

—No habías dormido la noche anterior buscándola por toda la ciudad. Creías que le había pasado algo y descubres que está en Las Vegas disfrutando de tu tarjeta de crédito y ves un hombre desnudo en su ducha. —Sam se llevó la mano al pecho porque había estado realmente preocupado por ella. —A veces cuando se discute se hace daño. Tienes que dejar de fustigarte por tus errores. Ella también los cometió. Tenía que haber confiado más en ti y tranquilamente hablar sobre lo que ocurrió con Meredith. Si hubierais hablado, si tú le hubieras sido sincero respecto a nuestras sesiones nada de esto hubiera ocurrido. No fuisteis sinceros el uno con el otro.

—Ella lo hizo por recuperarme, yo le mentí desde el principio.

Bethany se quedó en silencio observándole. —¿Qué piensas hacer?

—¿Hacer? —Se apretó las manos. —Ya no sé qué hacer. —Sam sollozó al ver que estaba desesperado. —La he perdido. ¿Cómo va a perdonar que le haya intentado quitar a las niñas?

—Tú no querías quitarle a las niñas. Si hubiera sido así me hubieras citado por mandamiento judicial y no hubiera podido negarme a asistir. ¿Por qué no eres sincero y me dices que te morías por verla?

Su corazón saltó en su pecho viendo como Aaron levantaba la cabeza sonriendo con tristeza. —No se puede ser más cabrón, ¿verdad? Hice que pasara por eso solo para verla.

—Igual tenías que haber buscado otro método, la verdad. Igual tienes que empezar a pensar en ella antes de querer salirte con la tuya. ¿Cuándo la vas a anteponer su bienestar al tuyo, Aaron?

La miró fijamente. —Ahora, ahora pienso hacerlo. Por eso no voy a acercarme a ella.

Sam sollozó por el sufrimiento de sus ojos.

—Como hace diez años —dijo su doctora apenada.

—¡Eso fue distinto!

—¡La abandonaste, le hiciste daño con tu desprecio y la ignoraste embarazada! ¿En qué se diferencia?

Torturado apartó la mirada. —Tienes razón, no se diferencia en nada.

—Antes me has dicho que si pudieras cambiar algo sería el momento de aquel día de Navidad. No te habrías separado de su lado. Y sin embargo ahora quieres mantenerte alejado.

—¡Por su bien!

—Para no hacerle daño de nuevo.

—¡No sé qué hacer! ¡Siempre la hiero de un modo u otro!

—¿Por qué reaccionaste de esa manera cuando atacó a Meredith?

—Tuve miedo. —Sonrió con tristeza. —Creía que se inventaba cosas. Que había perdido la

cabeza. ¿No es irónico? Yo que no he dejado de mentir desde que nos reencontramos...

—¿Tenías miedo por ella? ¿Porque le pasara algo por la cabeza que destrozara vuestra relación?

—Jamás he pasado tanto miedo como en la noche en que desapareció.

—Conoces a tu padre muy bien. Diría que mucho mejor que Samantha porque has trabajado a su lado años. ¿No te pareció raro que Samantha pensara precisamente que Meredith era tu amante?

Miró sus ojos sorprendido. —¿A dónde quieres llegar? ¿Que busqué una excusa para enfadarme con ella? ¡Yo la quería!

—¿Hablas en pasado?

Aaron palideció. —Es que no tengo derecho a amarla. Jamás se lo he demostrado.

Bethany sonrió. —Claro que se lo has demostrado. Durante esas semanas juntos lo hiciste continuamente y la hiciste feliz. Más feliz que nunca simplemente por estar a tu lado. Y tú fuiste feliz con ella. Pero las mentiras y los malentendidos os han superado. A los dos. Te lo voy a volver a preguntar. ¿Qué piensas hacer?

—¿Cuántas veces piensas hacerme esa pregunta? —gritó furioso.

—¡Hasta que me contestes lo que quiero oír!

Aaron pareció derrotado. —No sé qué hacer. —La imagen se congeló y la desesperación en sus ojos la hizo sollozar de nuevo. Acarició su rostro en la pantalla intentando borrar su sufrimiento. Dejó el portátil sobre la mesa y cogió su teléfono. Marcó y se lo puso al oído. —¿Qué opinas? —preguntó Bethany yendo al grano.

—Dejas la pelota en mi campo, muy lista. —Sorbió por la nariz antes de coger un pañuelo de la caja.

—Esto no es un juego.

—¿A mí me lo vas a contar? ¿Cuándo tienes que volver a verle?

—El martes que viene.

—Pues te aseguro que esa sesión va a ser muy distinta —dijo decidida antes de colgar el teléfono.

Escuchó como se abría la puerta y como suspiraba tirando las llaves en el cuenco que ella había elegido antes de cerrar. Sus pasos indicaban que iba hacia el despacho a dejar su maletín como siempre.

Ella cogió un montón de sus zapatos y los tiró al suelo. Los pasos subiendo por la escalera la hicieron continuar con su trabajo y cuando Aaron apareció ante el vestidor la miró con los ojos como platos subida a una escalera para coger una maleta. —¿Qué haces? ¡Bájate de ahí!

Le tiró la maleta encima y se apartó por un pelo. La miró asombrado. —Casi me das.

—Qué pena. —Bajó ágilmente los escalones. —He venido a por mis cosas.

—¡Eso ya lo veo! —Tomó aire intentando calmarse. —¿Cómo estás?

—Muy bien, gracias. —Levantó la barbilla y se agachó para abrir la maleta. —¿Vas a ayudarme o piensas quedarte de brazos cruzados?

—¡No! ¡No pienso ayudarte!

—Tan caballero como siempre.

Frustrado se pasó la mano por su cabello negro antes de agacharse para meter los zapatos en la maleta. Al coger unos de tacón de aguja la miró como si hubiera perdido un tornillo. —¿Para qué quieres esto?

—No siempre voy a tener este bombo ni estos tobillos, ¿sabes? —Le arrebató el zapato. —Algún día volverá todo a su sitio. —Se levantó y cogió una pila de jerséis tirándolos dentro de la

maleta de mala manera.

Aaron apretó los labios incorporándose. —No tienes que hacer esto. Te lo enviaré todo.

—Como no lo has hecho en estos meses y mi madre no quería venir, he tenido que venir yo.

—Nena, deja eso...

Al coger unas camisetas le miró de reajo. —Pareces agotado.

—Estoy bien. La señora Bishop lo recogerá todo y te lo enviaré a tu nueva dirección, ¿de acuerdo?

Parecía realmente incómodo porque estuviera allí. —¿Has quedado con alguien?

—¿Qué?

—¿Molesto? ¿Es un incordio que haya venido? —preguntó más alto.

Pareció sorprendido. —No, claro que no.

—Pues entonces prefiero hacerlo ahora.

Al ver que cogía un montón de perchas todas juntas Aaron perdió la paciencia. —He dicho que dejes eso. ¡No puedes coger peso! —Se acercó arrebatándoselas de las manos y colgándolas de nuevo.

—¿Por qué has vuelto a colgarlas?

Alargó la mano para cogerlas otra vez, pero él la atrapó cortándole el aliento y se quedaron así varios segundos sin moverse. Aaron acarició el dorso de su mano y su corazón lloró por él. —No lo hagas —susurró él con desesperación—. Por favor, no lo hagas.

Le miró a los ojos. —¿Que no haga el qué?

—No te vayas de mi vida. Por favor... Sé que me lo merezco, pero no me dejes.

Emocionada sonrió. —Jamás me iría si tú no me apartaras. Solo he sido feliz a tu lado.

Aaron la abrazó a él como si necesitara tocarla. —Lo siento, nena. Sé que te he hecho daño, pero...

—Shusss. ¿No íbamos a dejar atrás el pasado?

Él cerró los ojos disfrutando de tenerla en sus brazos mientras decía una y otra vez —Te amo, te amo tanto... —Le abrazó sabiendo que era lo que necesitaba y pasados varios minutos se apartó para mirar su rostro y acarició su mejilla haciendo que abriera sus ojos, que empañados en lágrimas mostraban todo lo que la quería. —Te amo, preciosa.

—Siento haber dudado de ti.

—Y yo siento haber dudado de ti. No sabes cómo lo siento.

Se miraron a los ojos y él se acercó lentamente como si temiera su rechazo para besar sus labios. Su roce fue la mejor sensación del mundo porque en ese momento no tuvo ninguna duda de que la amaba. Él se apartó y acarició su espalda. —Estás preciosa.

Se sonrojó de gusto. —Tú no.

Él se echó a reír y antes de darse cuenta la había cogido en brazos. —¿Pero me quieres igual?

Se abrazó a su cuello radiante de felicidad. —Te amo más que nunca.

Sus ojos grises brillaron y la besó apasionadamente como si necesitara sentirla. Cuando apartó sus labios su aliento la volvió loca y aún más cuando dijo —Y yo a ti, mi vida. Te amo más que nunca.

La tumbó sobre la cama y apoyando la rodilla y los brazos a cada lado de su cuerpo se agachó para besar sus labios adorándolos como si los hubiera echado tanto de menos que tuviera que detenerse en ellos. Mareada de placer se abrazó a su cuello elevándose para entrar en su boca y él gimió en ella cogiendo el bajo de su jersey para tirar hacia arriba antes de meter la mano impaciente para acariciar sus pechos. Ella gritó en su boca cuando rozó el pezón por encima de la tela de su sujetador y Aaron se apartó para mirarla intensamente. —Nena, los tienes muy

sensibles, ¿verdad? —Antes de darse cuenta se había agachado y Sam cuando sintió su lengua sobre la tela del sujetador chilló arqueándose. Sintió como abría el sujetador por delante liberándolos antes de meterse uno de sus pezones en su boca.

Fue como si la traspasara un rayo y asustada por su fuerza gritó —¡Para!

Aaron levantó la cabeza y se miraron con la respiración agitada.

—¿Esto es bueno para las niñas? Me estoy alterando mucho.

Él se sentó mirándola extrañado. —¿Cuánto es mucho?

—Como jamás en mi vida —dijo preocupada aún con el corazón desbocado—. Mucho más que nunca.

—¿De verdad? —preguntó malicioso.

Se apoyó en sus codos. —Cielo, hablo en serio. ¿Y si es malo?

—Nena, no puede ser malo. Están ahí gracias a eso. —Intentó besarla de nuevo, pero ella se apartó. —¿Me has hecho una cobra? ¡Samantha, que llevo mucho tiempo sin tocarte!

—¡Y yo a ti!

—Igual es por eso. Tomémoslo con calma.

—¿Cómo con calma si estoy al borde del orgasmo?

Él sonrió y acarició su vientre. Sam gimió dejándose caer en la cama y él dijo con voz ronca —Eso es, nena... necesitas relajarte. —Su mano bajó por su ombligo y deseando que siguiera bajando se retorció de placer. Sus leggins fueron bajando poco a poco hasta el borde de su sexo y él la besó justo por encima. El grito de Sam le sorprendió y cuando levantó la vista se sentó en la cama.

Confundida abrió los ojos. —¿Qué haces? ¡Continúa!

—Tienes razón, nena. Te veo demasiado intensa. Mejor lo consultamos.

Se sujetó a él para sentarse. —¿Eso crees? —Se miraron los labios con tantas ansias el uno al otro que se acercaron antes de darse cuenta. —Te deseo.

—Voy a llamar a alguien.

Se miraron a los ojos y ambos exclamaron —¡A Bethany!

Aaron saltó de la cama y antes de darse cuenta había salido de la habitación. Su jersey se había bajado cubriendo sus pechos y se lo quitó para arreglarse el sujetador, pero al final se lo quitó porque total para qué lo quería. Ya que estaba se quitó los leggins y las braguitas tirándolas a un lado. Al escuchar su voz que se acercaba se giró de costado apoyándose en el codo para mirarle de frente. —Que no. ¡Qué no es broma! ¿Te estás riendo? —Entró en la habitación en mangas de camisa y al verla desnuda se detuvo en seco. Sam se sonrojó porque parecía que estaba viendo algo que le agradaba. Le agradaba mucho. Sonrió extendiendo el dedo y le indicó que se acercara. —Así que no hay problema mientras no le duela —dijo con voz ronca antes de colgar y dejar caer el teléfono a su lado—. No hay problema, nena. —Se acercó mirándola como si fuera a devorarla y a ella se le encogió el estómago. Se quitó la camisa casi arrancándosela del cuerpo. —Tu solo dime si te duele...

—Ya no volverías a hacerme daño, me amas. —Alargó la mano y acarició la piel que rodeaba su ombligo.

—Te amo más que a nada.

Sus ojos brillaron de la alegría y le cogió por el cinturón acercándole. —Ven, cielo... Que me tienes que contar las palomas.

—Lo estoy deseando.

Epílogo

El tintineo hizo que miraran hacia el escenario y Albert gritó —¡Viva los novios!

Sam y Aaron se echaron a reír y vieron como sus padres se levantaban de la mesa nupcial con una copa de champán en la mano. —Gracias por venir —dijo Mathew sonriente.

Los invitados aplaudieron y ella feliz observó como sus padres se besaban antes de mirarse enamorados. Su padre se volvió a la audiencia. —Quiero daros las gracias por venir a acompañarnos en este momento tan maravilloso. Creí que no lo conseguiría de nuevo. —Ingrid le miró emocionada. —Pero alguien me enseñó que no hay que rendirse cuando es amor de verdad. Mis hijos.

Sam miró a su marido emocionada y este pasó el brazo por el respaldo de su silla abrazándola a él. —Ellos nos han enseñado que no hay que tirar la toalla, que por muy duro que pueda parecernos juntos somos capaces de superarlo. Que las dudas se resuelven con sinceridad y que el amor nos hace más fuertes si estamos unidos. —Sonrió mirándoles. —Nos han enseñado que el amor lo puede todo y ha sido su felicidad, su tesón y su fuerza para no rendirse lo que me dijo, Mathew no puedes dejarla escapar. —Los invitados se rieron y Mathew miró enamorado a su mujer. —Porque te amo, preciosa.

Su madre emocionada susurró —Y yo a ti. —Le dio un suave beso en los labios y se sonrojó como una colegiala cuando sus invitados se levantaron para aplaudir.

Aaron a su lado la besó en la sien y acarició su enorme vientre. —¿Cómo están mis niñas?

—Encantadas con la boda. Se lo están pasando muy bien. —Le miró con amor. —¿Estás preparado? Mira que ellos parecen un poco agobiados.

Ambos miraron a su hermano sentado en frente con un gemelo en cada brazo mientras su sobrina mayor estaba en brazos de su esposa que intentaba entreterla. Con tanto aplauso de repente los gemelos se pusieron a llorar y David gimió con cara de horror —Socorro.

Se echaron a reír y Sam levantó la vista hasta sus ojos. —¿Estás preparado?

—A tu lado estoy preparado para todo.

En su mirada mostró todo lo que le quería. —No me faltes nunca.

—Jamás.

—Solo a tu lado soy feliz.

Aaron besó suavemente sus labios. —E intentaré que esa felicidad dure eternamente, mi vida.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que lleva varios años publicando en Amazon. Todos sus libros han sido Best Sellers en su categoría y tiene entre sus éxitos:

- 1- Vilox (Fantasía)
- 2- Brujas Valerie (Fantasía)
- 3- Brujas Tessa (Fantasía)
- 4- Elizabeth Bilford (Serie época)
- 5- Planes de Boda (Serie oficina)
- 6- Que gane el mejor (Serie Australia)
- 7- La consentida de la reina (Serie época)
- 8- Inseguro amor (Serie oficina)
- 9- Hasta mi último aliento
- 10- Demándame si puedes
- 11- Condenada por tu amor (Serie época)
- 12- El amor no se compra
- 13- Peligroso amor
- 14- Una bala al corazón
- 15- Haz que te ame (Fantasía escocesa) Viaje en el tiempo.
- 16- Te casarás conmigo
- 17- Huir del amor (Serie oficina)
- 18- Insufrible amor
- 19- A tu lado puedo ser feliz
- 20- No puede ser para mí. (Serie oficina)
- 21- No me amas como quiero (Serie época)
- 22- Amor por destino (Serie Texas)
- 23- Para siempre, mi amor.
- 24- No me hagas daño, amor (Serie oficina)
- 25- Mi mariposa (Fantasía)
- 26- Esa no soy yo
- 27- Confía en el amor
- 28- Te odiaré toda la vida
- 29- Juramento de amor (Serie época)
- 30- Otra vida contigo
- 31- Dejaré de esconderme
- 32- La culpa es tuya
- 33- Mi torturador (Serie oficina)
- 34- Me faltabas tú
- 35- Negociemos (Serie oficina)
- 36- El heredero (Serie época)
- 37- Un amor que sorprende
- 38- La caza (Fantasía)
- 39- A tres pasos de ti (Serie Vecinos)
- 40- No busco marido
- 41- Diseña mi amor
- 42- Tú eres mi estrella

- 43- No te dejaría escapar
- 44- No puedo alejarme de ti (Serie época)
- 45- ¿Nunca? Jamás
- 46- Busca la felicidad
- 47- Cuéntame más (Serie Australia)
- 48- La joya del Yukón
- 49- Confía en mí (Serie época)
- 50- Mi matrioska
- 51- Nadie nos separará jamás
- 52- Mi princesa vikinga (Serie Vikingos)
- 53- Mi acosadora
- 54- La portavoz
- 55- Mi refugio
- 56- Todo por la familia
- 57- Te avergüenzas de mí
- 58- Te necesito en mi vida (Serie época)
- 59- ¿Qué haría sin ti?
- 60- Sólo mía
- 61- Madre de mentira
- 62- Entrega certificada
- 63- Tú me haces feliz (Serie época)
- 64- Lo nuestro es único
- 65- La ayudante perfecta (Serie oficina)
- 66- Dueña de tu sangre (Fantasía)
- 67- Por una mentira
- 68- Vuelve
- 69- La Reina de mi corazón
- 70- No soy de nadie (Serie escocesa)
- 71- Estaré ahí
- 72- Dime que me perdonas
- 73- Me das la felicidad
- 74- Firma aquí
- 75- Vilox II (Fantasía)
- 76- Una moneda por tu corazón (Serie época)
- 77- Una noticia estupenda.
- 78- Lucharé por los dos.
- 79- Lady Johanna. (Serie Época)
- 80- Podrías hacerlo mejor.
- 81- Un lugar al que escapar (Serie Australia)
- 82- Todo por ti.
- 83- Soy lo que necesita. (Serie oficina)
- 84- Sin mentiras
- 85- No más secretos (Serie fantasía)
- 86- El hombre perfecto
- 87- Mi sombra (Serie medieval)
- 88- Vuelves loco mi corazón

- 89- Me lo has dado todo
- 90- Por encima de todo
- 91- Lady Corianne (Serie época)
- 92- Déjame compartir tu vida (Series vecinos)
- 93- Róbame el corazón
- 94- Lo sé, mi amor
- 95- Barreras del pasado
- 96- Cada día más
- 97- Miedo a perderte
- 98- No te merezco (Serie época)
- 99- Protégeme (Serie oficina)
- 100- No puedo fiarme de ti.
- 101- Las pruebas del amor
- 102- Vilox III (Fantasía)
- 103- Vilox (Recopilatorio) (Fantasía)
- 104- Retráctate (Serie Texas)
- 105- Por orgullo
- 106- Lady Emily (Serie época)
- 107- A sus órdenes
- 108- Un buen negocio (Serie oficina)
- 109- Mi alfa (Serie Fantasía)
- 110- Lecciones del amor (Serie Texas)
- 111- Yo lo quiero todo
- 112- La elegida (Fantasía medieval)
- 113- Dudo si te quiero (Serie oficina)
- 114- Con solo una mirada (Serie época)
- 115- La aventura de mi vida
- 116- Tú eres mi sueño
- 117- Has cambiado mi vida (Serie Australia)
- 118- Hija de la luna (Serie Brujas Medieval)
- 119- Sólo con estar a mi lado
- 120- Tienes que entenderlo
- 121- No puedo pedir más (Serie oficina)
- 122- Desterrada (Serie vikingos)
- 123- Tu corazón te lo dirá
- 124- Brujas III (Mara) (Fantasía)
- 125- Tenías que ser tú (Serie Montana)
- 126- Dragón Dorado (Serie época)
- 127- No cambies por mí, amor
- 128- Ódiame mañana
- 129- Demuéstrame que me quieres (Serie oficina)
- 130- Demuéstrame que me quieres 2 (Serie oficina)
- 131- No quiero amarte (Serie época)
- 132- El juego del amor.
- 133- Yo también tengo mi orgullo (Serie Texas)
- 134- Una segunda oportunidad a tu lado (Serie Montana)

- 135- Deja de huir, mi amor (Serie época)
- 136- Por nuestro bien.
- 137- Eres parte de mí (Serie oficina)
- 138- Fue una suerte encontrarte (Serie escocesa)
- 139- Renunciaré a ti.
- 140- Nunca creí ser tan feliz (Serie Texas)
- 141- Eres lo mejor que me ha regalado la vida.
- 142- Era el destino, jefe (Serie oficina)
- 143- Lady Elyse (Serie época)
- 144- Nada me importa más que tú.
- 145- Jamás me olvidarás (Serie oficina)
- 146- Me entregarás tu corazón (Serie Texas)
- 147- Lo que tú desees de mí (Serie Vikingos)
- 148- ¿Cómo te atreves a volver?
- 149- Prometido indeseado. Hermanas Laurens 1 (Serie época)
- 150- Prometido deseado. Hermanas Laurens 2 (Serie época)
- 151- Me has enseñado lo que es el amor (Serie Montana)
- 152- Tú no eres para mí
- 153- Lo supe en cuanto le vi
- 154- Sígueme, amor (Serie escocesa)
- 155- Hasta que entres en razón (Serie Texas)
- 156- Hasta que entres en razón 2 (Serie Texas)
- 157- Me has dado la vida
- 158- Por una casualidad del destino (Serie Las Vegas)
- 159- Amor por destino 2 (Serie Texas)
- 160- Más de lo que me esperaba (Serie oficina)
- 161- Lo que fuera por ti (Serie Vecinos)
- 162- Dulces sueños, milady (Serie Época)
- 163- La vida que siempre he soñado
- 164- Aprenderás, mi amor
- 165- No vuelvas a herirme (Serie Vikingos)
- 166- Mi mayor descubrimiento (Serie Texas)
- 167- Brujas IV (Cristine) (Fantasía)
- 168- Sólo he sido feliz a tu lado

Novelas Eli Jane Foster

1. Gold and Diamonds 1
2. Gold and Diamonds 2
3. Gold and Diamonds 3
4. Gold and Diamonds 4
5. No cambiaría nunca
6. Lo que me haces sentir

Orden de serie época de los amigos de los Stradford, aunque se pueden leer de manera independiente

1. Elizabeth Bilford
2. Lady Johanna
3. Con solo una mirada
4. Dragón Dorado
5. No te merezco
6. Deja de huir, mi amor
7. La consentida de la Reina
8. Lady Emily
9. Condenada por tu amor
10. Juramento de amor
11. Una moneda por tu corazón
12. Lady Corianne
13. No quiero amarte

También puedes seguirla en las redes sociales y conocer todas las novedades sobre próximas publicaciones.